



# **España en la Argentina**

## **(ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)**

**Arturo Berenguer Carisomo**

---

### **Índice**

•

#### España en la Argentina

(Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)

- Prefacio
- Advertencia preliminar del autor
- Capítulo primero

Después de caseros

- Capítulo segundo

La Argentina, desde 1870 a 1880

- Capítulo tercero

El influjo espiritual docente

- Capítulo cuarto  
La actividad literaria
- Capítulo quinto  
El periodismo
- Capítulo sexto  
El desarrollo del espíritu social
- Capítulo séptimo  
El nuevo indiano del siglo XIX
- Capítulo octavo  
El pensamiento español en el Plata
- Capítulo noveno  
Desde la institución cultural a 1936
- Capítulo décimo  
Los últimos acontecimientos

## ***España en la Argentina***

***(Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)***

Arturo Berenguer Carisomo

ARTURO BERENGUER CARISOMO

# ESPAÑA EN LA ARGENTINA

*(ENSAYO SOBRE UNA CONTRIBUCIÓN  
A LA CULTURA NACIONAL)*

BUENOS AIRES  
1953

-5-

△▽

## **Prefacio**

La finalidad de este libro es dar a conocer a las nuevas generaciones la ingente obra realizada por los españoles en la Argentina, después de su emancipación e independencia. Llegados a estas playas de todos los ámbitos de España, se hizo en ellos realidad aquello de que si el hombre domina y vence a la tierra con su esfuerzo y sudor, ésta termina por conquistarlo y absorberlo. Brazos españoles contribuyeron a labrar los campos argentinos, abrieron los surcos donde germinaría el milagro rubio de las mieses y fueron los que exportaron por vez primera el dorado cereal.

Los cien años de vida del Club Español, sirven de cañamazo para que el autor trace, con rasgos certeros y objetivos, ese inmenso quehacer hispánico durante un siglo en estas márgenes del Plata. El doctor Arturo Berenguer Carisomo, argentino de ascendencia española, recopila, en prosa rápida y limpia, lo por los españoles efectuado

en todas las actividades humanas, y destaca, de manera especial, la gran influencia de la vieja España en estas tierras americanas, influencia que no podrán desgastar ni el tiempo ni otros factores, pues se apoya en bases indestructibles como son el mismo idioma y la misma fe.

-6-

La Comisión Directiva del Club Español al propender a su edición espera dejar imperecedero recuerdo de su primer centenario y cree haber cumplido con su misión hispanista.

Antonio Roperó  
Presidente del Club Español

-7-

△▽

## Advertencia preliminar del autor

En las palabras iniciales a una breve *Reseña histórica del Club Español*, en ocasión de su sexagésimo aniversario, exponía aquel ilustre representante de la colectividad hispanoargentina que fue don Rafael Calzada estos juiciosos conceptos acerca de una posible historia de lo que España y los españoles habían significado al radicarse en tierras de ultramar: «pueda decir el historiador no lo que hizo cada español, o cada sociedad española, sino lo que hizo la colectividad entera, estudiándola bajo el punto de vista de su unidad, abarcándola en su conjunto, no sólo como colaboradora del progreso de esta gran nación argentina, sino como mantenedora del buen nombre y honor de España en esta región de América; y el día que eso suceda, el día en que esa historia se escriba, no para vanagloria de nadie, sino para que sepa España cuán apasionadamente han sabido amarla sus hijos residentes en el Nuevo Mundo, siempre habrá que reconocer que el eje de la colectividad, su representación más genuina durante más de media centuria ha sido el Club»<sup>1</sup>.

Este *Club* llega ahora gloriosamente a sus cien años de vida; en el campo de la colectividad otras poderosas -8- instituciones comparten hoy aquel mandato de sostener el «buen nombre y honor de España en esta región de América», como decía Calzada, y quizá sea llegado el momento de intentar aquella revisión conjunta, no «para vanagloria de nadie», sino como especie de meditación retrospectiva a fin de aquilatar lo hecho y avizorar, en lo posible, el porvenir.

No alcanzarán a buen seguro las páginas siguientes el nivel ambicionado por Calzada de una historia completa y definitiva, pero escritas, eso sí, por un argentino que ama a España no sólo por razón de sangre sino por una voluntad de comprensión y una honda vocación admirativa, servirán -en el justo equilibrio que podamos darle- para situar, en sus líneas elementales y suficientes, un factor histórico de singular gravitación y alcance dentro del proceso cultural de la República.

Llega, por último, este centenario y este ensayo conmemorativo en momento propicio: las grandes figuras de la colectividad, sus fundadores eminentes o han muerto o gozan de una ancianidad veneranda; sus hijos, sus nietos, argentinos ya mantienen el fuego sagrado de esa tradición hispana con respeto y honor, pero con la melancólica añoranza de tiempos en que el agrio vivir dejaba un mayor margen de noble ocio para la tarea desinteresada, para el lírico sostenimiento de la idea hispanista. La llama no ha cesado de arder, pero languidece.

El tiempo es ahora oportuno para vivificarla. Cuando nuestra patria se desprende en momento heroico de sus últimos lazos extranjeros, hay sólo uno al que debe continuidad, puesto que nobleza obliga: el ligamento de la sangre, la lengua y la fe.

Este Centenario del Club Español es una prueba de esa continuidad necesaria y definidora; ser leales a la misma es una forma de hacer la patria. Las revoluciones -9- y los destinos se cumplen sólo cuando en su proyección de futuro va como fuente de vida un sentido de tradición y de ser auténticos. Bien dice el proverbio: dichosa la rama que al tronco sale.

La breve historia sintetizada en este volumen quiere ser, por lo mismo, un homenaje al tronco firme e inquebrantable en la gloria esperanzada de la rama.

-[10]- -11-

△▽

## Capítulo primero

### Después de caseros

Debo hacer, necesariamente, otra aclaración. Entiendo, en este ensayo, por *colectividad* no sólo al español de la Argentina reunido en corporación, sociedad o equipo de cualquier naturaleza sino a todo el español que de un modo u otro haya contribuido con su influjo a la formación o modificación, en algún sentido, de la cultura argentina.

En un momento de victorioso individualismo como fue la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del presente no hay otro modo legítimo de plantear el problema.

Por lo tanto, todo español, sacerdote, menestral, industrial, labriego, artista, maestro o escritor que en una u otra forma dejara su huella en la actividad piadosa, social, mercantil, agraria, artística, docente o literaria del país puede ser objeto de este volumen, con la sola condición de que, temporal o definitivamente, arraigara -ciudadanizado o no- como miembro activo de nuestra comunidad. De suyo va que lo dicho del hombre se extiende a sus agrupaciones o sociedades<sup>2</sup>.

Y una última advertencia: al decir *puede ser objeto* dejamos establecida, una vez más, la índole de nuestro boceto, ya consignada en la *Advertencia Preliminar*: no se trata de una historia ambiciosa y definitiva; se trata del apunte dinámico de un fenómeno histórico, visto más como función integral que como inventario minucioso. Por lo mismo, las omisiones onomásticas que se puedan advertir no son voluntarias ni muchísimo menos; son consecuencia inevitable de nuestro programa de trabajo.

Caseros -3 de febrero de 1852- dejó al país inerme, pero constituido. No es del caso enjuiciar aquí los veinte años anteriores de historia nacional. En lo que interesa a nuestro propósito, esto es: en la posibilidad de que la Argentina iniciara su etapa de organización técnica, su acopio de población, su enriquecimiento económico, en una palabra: su estructura moderna, las dos décadas 1830-1850 suponen la sangrienta tarea de reajustar fuerzas vitales demasiado convulsas, de estabilizar la fisiología normal de la Patria, y Caseros -en el fondo, un ápice del mismo fenómeno- no es otra cosa que la resultante, lógica y necesaria, de esa etapa dramática de consolidación política.

Sin problemas de disensión interna o, por lo menos, casi totalmente resueltos por el enérgico *unitarismo* pragmático de la Dictadura (negar esto supone torpe ceguera banderiza) hombres y gobierno podían dedicarse a elaborar el orden, diríamos, cultural de la Nación. Haberlo hecho antes -como se intentó en la inocente y trágica aventura rivadaviana- habría sido instalar figuras de cristal sobre terreno volcánico; en 1852, era trabajar, en efecto, sobre una tierra aún caliente, pero libre ya de fuegos subterráneos y de amenazas inquietantes capaces de desquiciarla.

Por otra parte, la cándida filosofía *del progreso*, -13- quizá infecunda como posibilidad trascendental, mas, sin duda, de poderoso acicate para estimular voluntades en las realizaciones técnicas, llegaba, en el decenio 1852-1862, con todo su alegre reclamo de optimismo y esperanza<sup>3</sup>. Son los años constitucionales para *promover el bienestar general* y legislar *para todos los hombres del mundo*, donde se oye la voz americanista de Tocqueville; el primer viaje ferroviario de *La Porteña*, en 1857, casi treinta años después de que la nueva locomoción se implantara en Europa; las reformas universitarias de viso positivista y comtiano; los planes enciclopédicos para la enseñanza secundaria; el triunfo literario de la novela sobre el poema romántico o la endecha sentimental.

Hora, pues, de hacer, de organizar, de *promover*, palabra que no involuntariamente - como expresión estilística contemporánea- figura en el *Preámbulo* de la Constitución del 53. Hora de agruparse conforme a la más rigurosa ortodoxia democrática, en sociedades de fomento, de ayuda mutua, de simple convivencia humana para impulsar ese *progreso indefinido* que guiaban, desde Francia e Inglaterra, los luminares del materialismo experimental o del encantador evolucionismo spenceriano.

La colectividad entonces más numerosa en el Río de la Plata era, naturalmente, la hispana. Anclados durante la marejada revolucionaria quedaban muchos españoles, liberales y progresistas los más, mirando con buenos ojos esta tierra recién nacida donde se había -14- hecho frente al absolutismo fernandino y se habían consolidado, con mejor o peor fortuna, los principios liberales de las Constituyentes gaditanas de 1812.

Por otra parte, en 1852, el concepto sobre España en el Río de la Plata había mejorado sensiblemente. De dos prohombres de la organización, Alberdi y Mitre, se podía tener la seguridad de hispanofilia; el primero, ya había dicho: «tiranizados ellos (los españoles) como nosotros, fueron nuestros compañeros de opresión, como serán en adelante nuestros compañeros de libertad»<sup>4</sup>, idea que, firmada en 1839, indicaba ya la doctrina del «gobernar es poblar» de las famosas *Bases* de 1853; en cuanto a Mitre, basta su triple labor ciclópea de historiador, gobernante y mecenas para juzgar de su posición frente a España: la ponderada ecuanimidad en el capítulo inicial de la *Historia de Belgrano* (primera edición, 1857); el famoso discurso de 1870, en el Senado, sobre la necesidad de favorecer la inmigración espontánea<sup>5</sup>, y el amparo que dio en su periódico a españoles ilustres como, entre otros muchos, Juan José García Velloso y Ricardo Monner Sans.

Dos figuras, con todo, permanecen recalcitrantes en su hispanofobia: Juan María Gutiérrez y Sarmiento. Del primero hablaremos más adelante; en cuanto al segundo, la expresión más deprimente contra España -si bien fue en él constante invariable- apareció en las páginas de sus *Viajes por Europa, África y América* de 1849.

Un episodio secundario conexo a los *Viajes* del gran sanjuanino da índice del grado de evolución favorable -15- que la *causa* española había alcanzado en el Río de la Plata. Copio de Ernesto Morales: «El librero editor Benito Hortelano, obsequió... un ejemplar del libro de Sarmiento a un oficial de la corbeta española «Luisa Fernanda», visitante de este puerto; y a los pocos días el capitán de ella lo invitó a un almuerzo. Fue Hortelano, y se le recibió con ceremoniosa frialdad. A los postres, un sargento escoltado por dos guardias, trajo en una bandeja el libro de Sarmiento roto en pedazos. Se le hizo al estupefacto librero un breve proceso del cual salió convicto y confeso de «haber cometido un crimen de lesa patria introduciendo un libelo infamatorio de la nación española en donde ondea el pabellón de España». Todos los oficiales, entre bromas y veras, juraron batirse con ese Domingo Faustino Sarmiento donde lo hallasen, y el librero Hortelano se obligó a escribir a Martínez Villegas, entonces en París, y por todos conocido como satírico sin pelos en la lengua ni en la pluma, encargándole que escribiera una refutación»<sup>6</sup>.

Juan Martínez Villergas era, en efecto, un periodista vallisoletano agudo, desordenado y viajero, hombre de cultura vastísima, aunque apresurada. Sin hacerse rogar, a los cuatro meses, respondía al petitorio con un folleto en tres capítulos titulado: *Sarmenticidio o a mal Sarmiento buena podadera*, cuyo largo subtítulo: *Refutación, comentario, réplica, folleto o como quiera llamarse esta quisicosa que, en respuesta a los viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito a ratos perdidos un tal J. M. Villegas*, indica ya la índole zumbona e hiriente del librito impreso en la «Agencia General de la librería española y extranjera» de París, en 1853.

-16-

Como agrega Morales: «El *Sarmenticidio* tuvo éxito», y en poco menos de nada se agotaron los quinientos primeros ejemplares llegados a Buenos Aires. A la causa política de la fracción contraria al ilustre patricio se sumaba la indudable gracia maliciosa de Villergas, y la simpatía con que *lo español* era contemplado de nuevo en las orillas del Plata.

Veinte o treinta años antes no hubiese tenido sentido un episodio semejante, y es que el mismo Sarmiento irradiaba un antihispanismo de secular fibra española. Cuando, en 1875, Villergas llegó a Buenos Aires como resultado de sus altibajos políticos, Sarmiento festejó, inclusive, su flagelante semanario *Antón Perulero* (2 diciembre de 1875 a 31 agosto de 1876), y aun cuentan que alegraba los días ancianos del viejo león en su retiro de Carapachay; pero hay más: al año siguiente de los *Viajes, Recuerdos de provincia* es, sin disputa, el libro más hispano, tradicionalista y castizo que se haya escrito por un hijo espiritual de la Revolución emancipadora. Con razón Unamuno pudo decir de Sarmiento: «El hombre genial que más en español, en más castiza habla española, habló mal de España»<sup>7</sup>.

En esa corriente de franca o indirecta reacción hispanizante, era natural que la colonia intentara sumarse al movimiento del país. La cuestión de la independencia era un problema superado y, salvo espíritus muy suspicaces o mezquinos, nadie veía ya en la península un enemigo o una amenaza. Treinta años después de Ayacucho y bajo reinado tan deleznable como el de Isabel II era delirio pensar siquiera en una restauración colonial. Para España, entonces, se iniciaba una etapa de comprensión fecunda cuyo lento pero firme progreso -17- nivelaría las mutuas relaciones de la metrópoli y los antiguos dominios hacia un plano de gratitud americana por los ingentes legados recibidos, y de recíproco respeto, ya por los valores seculares de lo español, ya por los nuevos que incorporaba a la entidad ibérica el continente emancipado.

Frustrado un intento de 1848, al devolver Urquiza, el 1.º de mayo de 1852, los derechos de reunión a los extranjeros, don Vicente Rosa, antiguo residente español, solicitó permiso para «instalar un centro social y la fundación de un hospital o casa de misericordia que sirviese de asilo a los españoles indigentes». El acuerdo fue dado con fecha 12 de agosto y, sin dilaciones, el 5 de septiembre se inauguraba la *Sala Española de Comercio*, núcleo remoto del actual *Club Español* y de la *Sociedad Española de Beneficencia*.

A don Vicente Rosa -filántropo, hombre de empresa, dos veces condecorado por Isabel II y el emperador Francisco José- se unió pronto la figura patriarcal de Esteban Rams y Rubert, designado primer presidente de la *Sala* recién fundada. Era don Esteban la estampa viva de los últimos conquistadores: recio, emprendedor, con ánimo aventurero, había hecho fortuna en la actividad mercantil y probado su temple en las primeras exploraciones industriales del Chaco argentino; dotó a la naciente fundación con la suma, entonces casi fabulosa de 275000 pesos moneda corriente y le prestó durante dos períodos (1852-1853 y 1863-1864) su ilustre comando, antes de comprometer tranquilidad y fortuna, como un Irala o un Cortés, en la exploración y navegación del río Salado del Norte.

Acompañaron a Rams y Rubert, en la primera junta directiva de la *Sala*, los secretarios don José Miguel Bravo y don Francisco Gómez Díez, y como vocales: Don Saturnino Soriano, el fundador don Vicente Rosa, -18- don Francisco Basabe, don Enrique Ochoa, don Lázaro Elortondo y don Vicente Casares.

Emilio F. de Villegas historia brevemente los cambios de la primera fundación española en el Plata durante sus primeros veinte años de vida: «En la asamblea general celebrada el 31 de diciembre de 1853 se aprobó el reglamento en el que se fijaban los fines de la sociedad, estableciendo que su objeto era el *proporcionar a sus asociados*

*todos los recreos propios de una sociedad culta, el promover los intereses del Comercio y de la Beneficencia y coadyuvar eficazmente al establecimiento de un Hospital Español, así como el estrechar los vínculos de confraternidad hispanoargentina».*

Continúa Villegas: «Disuelta la *Sala Española* de Comercio en 1857, los asociados que estuvieron conformes en sostener un centro recreativo siguieron reuniéndose en tertulia en lo que denominaron *Casino*, propiedad del señor Moor, hasta que, oficialmente, se constituyó bajo la denominación de *Casino Español* el 8 de septiembre de 1866, instalándose en la calle Victoria (actualmente H. Yrigoyen), entre las de Piedras y Chacabuco, siendo su primer presidente don Pedro Sorela y Maury, al que siguió el doctor don Miguel Puiggarí»<sup>8</sup>.

En 1869 -concluye nuestro autor-, recordando su origen, acordó fundar un *Asilo de Beneficencia* o un -19- *Hospital Español*, nombrándose, al efecto, una comisión que llevó a feliz término esta patriótica obra<sup>9</sup>.

Curioso es determinar cómo en estos primeros ensayos de contribución española al desarrollo cultural argentino hay ya un sentido simbólico y anticipado de lo que habría de ser, muy luego, la esencia, el mérito y el fin de esta colaboración: por lo pronto, su primera significación protectora de intereses exclusivamente mercantiles -el gran tirón económico de Indias, perviviente e indeclinable- para transformarse, muy luego, en una actividad cristiana, que si ya no tenía por móvil la fe, tenía la caridad aplicada, lógicamente, al compatriota en tierra nueva pero pronto absorbida y disfrutada por el indígena, y, por último, el hecho sintomático de que la mayoría de los fundadores - Rams, Rosa, Ochoa, Elortondo, Casares- fueron núcleo de históricas e ilustres familias argentinas e, inclusive, motivo de la toponimia nacional. Queda, en consecuencia, documentada la actividad jurídica: *Sala Española de Comercio* y sus variantes; económica: la misma institución y la obra personal colonizadora de Rams y Rubert; científica: la acción universitaria del doctor Puiggarí; y puramente social: el *Asilo y Hospital* españoles que ejerció en el Río de la Plata la colectividad apenas se recobraron los derechos de extranjería, considerados legítimos a partir de 1852 y en paridad de tratamiento legal con el nativo desde la Constitución de 1853.

El impulso no podía ya detenerse: el núcleo español residente en la Argentina comenzó a sentir esta tierra como suya, no con espíritu de soberanía política, sino como patria nueva emanada de la gran civilizadora de Occidente, situación histórica de peculiaridad tan -20- singular que ni siquiera puede filiarse con el fenómeno europeo de la romanidad, ni con la formación moderna de los Estados Unidos.

Singularidad social y espiritual cuyos rasgos irán perfilando los capítulos siguientes.

## Capítulo segundo

La Argentina, desde 1870 a 1880

En la década 1870-1880, registra la vida argentina acontecimientos de significativa trascendencia: la presidencia de Sarmiento (1868-1874); la revolución mitrista de 1874; la presidencia de Avellaneda y la consolidación definitiva de la estabilidad republicana en 1880.

El fenómeno que en este ensayo preocupa no dejará de influir o ser influido por estos sucesos.

Pareciera, conforme a lo visto en el capítulo anterior, que la colectividad española debió quedar en receso o, por lo menos, diferida al ocupar el sillón presidencial un hombre con las ideas de Sarmiento. No fue así, sin embargo; el espíritu del gran luchador sabría sobreponer los intereses vitales del país a la pasión de sus ideas doctrinarias: todo cuanto contribuyera a solidificar las instituciones, su economía, su destino, era canalizado sin distinguos por el ejemplar patricio.

Urge consignar en primer lugar -por su gravitación subsecuente- el estímulo del proceso inmigratorio. De 17046 inmigrantes llegados al país en 1867 asciende la cifra, en el año siguiente, a 29234 para llegar, en 1873, a 76332, con saldo positivo de 58096. De ~~-22-~~ este núcleo fácilmente el 50 % corresponde a inmigración española campesina de la montaña, provincias vascongadas, noroeste y centro de la península, y ello supone, en consecuencia, un aumento vertiginoso del área cultivada y la formación de los más importantes grupos colonizadores. El litoral risueño y la pampa ubérrima fueron los primeros en recibir este contingente, cuando aún el indio era temida amenaza y el cinturón de fortines débil e incauta defensa contra el malón.

Oportunidad sería ésta, si la índole de este ensayo lo consintiera, para entonar un canto lírico, un hosanna en alabanza de este nuevo conquistador silencioso, sufriente, terco y decidido que concluyó por ser conquistado, y, al enraizar definitivamente, dio con sus hijos hombres para la tierra; con sus manos, espigas para los trigales, vigor para la industria, fuerzas para la economía.

En el riego de la inmigración anónima llegó, también, la individualidad destacada de acción tan enérgica en su función creadora como el labriego o el menestral.

Recordemos -en la imposibilidad de una catalogación completa- dos estampas de la época:

El 27 de enero de 1871 se produjo en Buenos Aires el primer caso de fiebre amarilla. Gran aldea aún, sin recursos sanitarios, ni médicos, ni higiénicos, con un estío seco y ardoroso, el mal adquirió en cinco meses proporciones de verdadera catástrofe: 13614 víctimas había causado la peste al decrecer con el invierno en el mes de junio. Una comisión popular donde figuraban desde médicos heroicos, como el sacrificado Manuel Argerich, hasta poetas soldados, como Guido Spano, tuvo a su cargo en un medio inhóspito y rebelde -organizar la defensa contra el flagelo. Soldado anónimo de

aquella lucha fue, entre otros, el médico levantino Camilo Clausolles, fundador del *Instituto Modelo* y uno de los primeros -23- en iniciar estudios sobre el puerto de Buenos Aires, proyecto que exhibió en el entonces Teatro Variedades (hoy Odeón) por el año 1876. Joven y activo, se le ocurrió preparar un servicio nocturno para atender casos de urgencia, y él mismo, sin recursos, los suplía montando guardia personalmente todas las noches durante el angustioso y largo desarrollo de la epidemia.

Era don Rafael León un joven madrileño, ingeniero de caminos, canales y puertos, caballero de la Real Orden de Carlos III, con estudios en París y reputación de sabio matemático quien, en Lisboa, embarcó hacia la Argentina por fines de 1876, para llegar a nuestras playas el 18 de septiembre de 1877. Sarmiento, con ese impetuoso afán de educador dirigido hacia todos los órdenes, acababa de fundar, el 16 de octubre de 1872, la Escuela Naval Militar con ayuda del Comodoro Clodomiro Urtubey, quien se educó en la Escuela Naval de Cádiz, siendo, quizá, el primer extranjero, en este caso argentino, admitido por aquel Instituto. No tenía la Escuela local, ni profesores y apenas alumnos. Funcionó sucesivamente en las cañoneras *Uruguay* y *Brown* y, en 1878, siendo ya presidente Avellaneda, don Rafael, que desde su arribo al país había sido incorporado al claustro profesoral, llegó a ocupar la vicedirección y, en 1880, la dirección de la misma. Él organizó la orientación moderna físico-matemática de la enseñanza, fundamentó el plan disciplinario y, por último, unido cordialmente a nuestra marina de guerra, fue expedicionario al desierto, con el contingente naval, a las órdenes del comodoro Martín Guerrico. Casó con una ilustre dama de la mejor sociedad puntana -doña Elisa Rodríguez- y formó, en tierras del Plata, una sólida familia argentina, que aún hoy conserva vínculos estrechos con familias peninsulares.

Los dos personajes anecdóticos expuestos sirven de -24- índice. Quiero con ellos -tomados al azar de otros tantos igualmente significativos, como pudiera serlo, entre cientos, el coruñés don José María Calaza quien fundó nuestro cuerpo de bomberos hace cien años y lo gobernó por espacio de cuarenta y dos, hasta llegar al grado de coronel- quiero, decía, dar un ejemplo de ese hacer que «el español» como agente individual ejerció en la sociedad argentina de este último siglo. Fue posible incorporar este factor porque, al amparo de una igualdad legal, de una similitud de lengua y creencia -los dos resortes espirituales cuyo desquiciamiento más descentran y atemorizan- el hombre como ser humano se encontró en su propia tierra y, lo que era aún más importante, en su *propia tierra sentimental*, pero con la certidumbre jurídica de que la república no le pertenecía ni política, ni social, ni económicamente. Prueba irrecusable -un poco más adelante volveremos sobre ella- de que el valor *colonia* nunca tuvo en España prestigio ni eficacia.

La inmigración decreció en 1874, año de la última aventura armada para reabrir la grieta de la anarquía; la revolución fracasó y, con ella, el postrer chispazo de una minoría romántica que no se resignaba con su final inevitable ni con su destino cumplido.

Avellaneda inicia, entonces, la primera presidencia argentina que puede considerarse federativa, nacional y orgánica. Crece la enseñanza pública -que él mismo había fomentado como ministro de Sarmiento-, se amplían las vías de comunicación y el país inicia su reversión económica hacia Europa.

Amadeo explica: «En 1878 tuvo lugar la primera exportación de trigo: 4500 toneladas. Avellaneda percibió la trascendencia del hecho y lo anunció al país con un grito de júbilo. Comprendió su significado; las carabelas de los descubridores volvían a Europa cargadas -25- con el oro vegetal arrancado por los inmigrantes»<sup>10</sup>. Detrás de cada grano -como en los tiempos clásicos- estaba la mano de un peninsular latino. La colectividad ponía en ese esfuerzo silencioso de conquista sin dominio el mismo denuedo que, cuatro siglos atrás, habían puesto en la empresa colonizadora los hombres del emperador o de Felipe II.

El palentino Carlos Casado del Alisal, hermano del famoso pintor José, había nacido en Villada el 16 de marzo de 1833. Piloto mercante y bachiller en Filosofía -especie de Hernán Cortés educado en la Universidad de Valladolid- emprende su aventura americana a los veinticuatro años; en efecto, hacia fines de 1857 desembarca en el puerto de Buenos Aires. El Litoral -Rosario de Santa Fe-, entonces bajo el dinámico progreso de la Confederación, lo atrae y allí, ocho años después (1865), forma su hogar argentino al casar con una hija de nuestro famoso librero y escritor Marcos Sastre: doña Ramona Sastre Aramburu.

Hasta concluir la presidencia de Avellaneda, Casado del Alisal va a realizar una obra ingente de economía y organización financiera: la fundación del Banco Casado, en 1868; la iniciación de la gran colonia agrícola de Candelaria; la dirección del Banco Provincial de Santa Fe, en 1874 y 1876; y, sobre, todo, su personal contribución al primer embarque de trigo argentino -el famoso envío del 78- que, muy luego, regularizó periódicamente con buques fletados por él mismo.

El formidable empresario -casta de artistas y rigor de nobleza- va a dejar, necesariamente, como una razón esencial de esta filosofía del inmigrante, su huella en la tierra misma. Colonizar, colonizar pacíficamente y en la risueña esperanza del fruto copioso, era la consigna -26- de aquella hora vibrante en que el trabajo se cantaba como gloria y liberación. «Era el momento ascensional, la hora inquieta del hombre que va a la fiesta, la época clásica de la *élite* gobernante, cuando la burguesía selecta no se había *dopado* todavía con la riqueza<sup>11</sup>.

Los cien kilómetros cuadrados de 1869 -llamados de la Candelaria- parcelados en arriendo a razón de cincuenta pesos fuertes anuales, «con opción de compra dentro de plazos fáciles y prudentes», tenían, en 1874, más de dos mil quinientos pobladores, en su mayor parte italianos y españoles, sin «pulperías» y con doscientos cuarenta y dos arados, sin contar adelantos tan valiosos como la trilladora de vapor inglesa, introducida para estímulo de los labradores el 13 de diciembre de 1872.

Alisal es hombre representativo del momento. Es una de esas figuras civiles cuya fuerza consiste en actuar dentro de la historia realizando, en función privada pero con gravitación nacional, esa tarea doméstica del utensilio y de la técnica. El agro santafecino de Casado necesitaba una conexión vial; «los primeros ferrocarriles penetrando al interior por el camino de los Incas», vuelve a decir Amadeo; era el sueño en realización de la modesta locomotora de Crimea del 57; el grito desesperado de Sarmiento en la famosa oposición del Senado; el orgullo de las dos presidencias de Roca.

Alisal consiguió la ley para su Ferrocarril Oeste Santafecino el 12 de octubre de 1881; inició los trabajos de construcción en septiembre del 82 e inauguraba su primer tramo el 5 de noviembre de 1883. Roca en persona -presidente de la República- fue el jefe de la ceremonia; ceremonia fastuosa y rural del territorio incipiente; -27- página de gesta entre azadones y chambergos de sol, galpones color plomo y enlazadas -quizá por primera vez- banderas argentinas y españolas. El *Correo Español* concluía así su noticia de los festejos -crónica entre humorística y conmovida-: «El Ferrocarril Oeste Santafecino se considera un verdadero prodigio de actividad e inteligencia; es debido a españoles: el empresario señor Casado y los ingenieros señores Firmat y Morell. No es sin orgullo que lo hacemos constar recogiendo la honra que para la colectividad resulta».

Este es el *pioneer*; el fecundador, parte de la patria misma. En próximos capítulos volveremos a encontrarlo, ahora como benefactor de sus paisanos en la Argentina, en esa doble acción de patrias conjuntas, distintas y solidarias, que es uno de los rasgos más bellos y profundos de esta constante histórica resuelta en casos particulares tan sorprendentes, tan admirables. Casado del Alisal murió en Rosario el 29 de junio de 1899. Cumpliendo la voluntad del ilustre obrero reposa en Villa Casilda, centro urbano de aquella tierra labrada y roturada por su empeño: la Candelaria de Santa Fe.

Si este ensayo intentara alcanzar las proporciones de una historia completa y no fuese, solamente, especie de prólogo o simple guion a ese trabajo necesario y ya urgente que corresponderá, como es natural, a un historiador, aquí deberíamos escudriñar en la vida de otros emigrantes que, durante esta década, en el Chaco, en Corrientes, en las soledades de la pampa bonaerense, en Córdoba fueron dignos émulos de Casado del Alisal. Aportes, los más secretos, a la formación interna e íntima de la vida económica nacional. No quede, siquiera sea por su magnitud, sin señalar con breve nota la obra de los Menéndez en la Patagonia, la vasta zona austral a la que dieron su primer signo de riqueza agropecuaria -28- e, inclusive, supieron valorarla como tierra de hondo sentido dramático y poético<sup>12</sup>.

De estas breves apuntaciones ya puede surgir el concepto de que el español arraigado no dio sólo una contribución cultural de tipo crematístico. Es cierto -lo iremos viendo- que en muy buena parte ésa fue su meta y, casi siempre, el móvil de su trasplante americano, pero en casi todos -comerciantes e industriales incluso- hubo, además, un anhelo persistente de cultura espiritual desinteresada.

El progreso educativo que determina una de las facetas más famosas e históricas de la múltiple gestión de Sarmiento se reflejó pronto en la colectividad española de Buenos Aires: el *Club Español*, denominación nueva, como sabemos, de la ya mencionada *Sala Española de Comercio*, transformada en *Casino Español* en 1866 y en *Club* desde el 8 de diciembre de 1872, aprobaba en asamblea tres meses después -el 23 de marzo de 1873- un reglamento por el cual se creaban cuatro comisiones internas con los siguientes fines: a) de fiestas; b) para establecer una escuela internacional de adultos y huérfanos; c) para el estudio de la inmigración española; d) para fomentar y dar a conocer la literatura española. Tenía esta última comisión, además, el encargo de «realizar un tratado literario entre España y esta república, organizar conferencias, cuidar del fomento y organización de la biblioteca social y establecer, de acuerdo con la comisión especial mercantil, una cátedra de Derecho Mercantil y Economía Política<sup>13</sup>».

La tarea de las comisiones c) y d) sólo tuvo realización -29- unos cuarenta años más tarde; parte, llevada a cabo por el mismo *Club Español*; parte, por nuevas entidades cuyo desarrollo y alcances estudiaremos en los capítulos IV y VI.

El *Club*, en efecto, se adelantaba a su tiempo y su momento; aquello era, más que nada, una noble expresión de deseos, que auguraba -como, en efecto, lo fue un porvenir de estabilización definitiva y fecunda para un futuro quizá no muy lejano, mas, entonces, anticipado e incierto.

Y no es que los años de Avellaneda o la primera presidencia de Roca fuesen de recrudescimiento hispanófono. Todo lo contrario. Hemos apuntado el trabajo de la colectividad en la función social, económica, científica e, inclusive, militar de la República; en un medio hostil o reaccionario tal colaboración hubiese sido ineficaz cuando no imposible.

La «generación del 80», la que formó la Capital de la Nación y se educó en los primeros halagos de un país apaciguado y ávido de cultura, aunque ésta sólo fuese a veces polvillo superficial de relumbre, acopió todo su acervo mental entre Francia e Inglaterra. El prestigio científico y literario de la flamante Tercera República francesa; el poder mercantil y colonial de la naciente «era victoriana» engolosinaban a una juventud dorada cuya *peregrinatio ad loca santa* concluía inevitablemente en París. Así pensaba una muchachada ágil e inteligente que andaba pasando la treintena cuando Avellaneda resignó el poder: Lamarque, Wilde, Larsen, Cané, Goyena, etc.

Buena parte de la crítica ha pensado -inclusive orientada por la estilística galicada de dicha generación- que ésta seguía la antigua conducta anti ibérica y beligerante de desafección hacia España y *lo español*. Nada, en cambio, más lejos de la verdad. Su propio -30- jefe en lo político: el joven presidente tucumano confesaba el orgullo de su estirpe: «No sufrió la godofobia de nuestros abuelos -vuelve a decir Amadeo en la bella semblanza-, fue un amigo de España, consideraba la guerra de la Independencia como una guerra civil. Mantuvo una cordial correspondencia con Castelar. Y en los juegos florales de 1881 improvisó el discurso más emocionante que en este país se ha dicho en honor de España»<sup>14</sup>.

La península, por otra parte, recién salida de la segunda guerra carlista, de la república fulgurante y fracasada, e iniciada apenas la restauración del 74, no tenía, en ese momento, energías como para concitar un interés ni ejercer magisterio ultramarino. Pero aun con todos estos impedimentos, y sin contar a tradicionalistas católicos que, como Goyena o Estrada, educados en el verbo y programa de Donoso Cortés, forzosamente continuaban el pensamiento español ortodoxo, los más recalitrantes y *afrancesados* se convertían, apenas su heredada sangre ibérica tomaba contacto con el paisaje o con los hombres del viejo solar. Es el caso de Cané al topar con Núñez de Arce y leer *Sotileza*; es el canto a la lengua del coronel Mansilla; la alegre confianza de Eduardo Wilde en su puntillosa embajada madrileña.

La forja inmigratoria, esta primera etapa de afianzamiento en lo material estaba ganada. *El Club*, en 1873, lo que proponía era un plan de trabajo -no inconveniente por incompreensión o resistencia de los medios intelectuales-, sino carente, todavía, de los medios técnicos, fueren argentinos o españoles, para ejecutarlo cumplidamente. Era,

más que otra cosa, propósito -31- anhelante de una segunda etapa necesaria y, con seguridad, inminente.

Tan inminente que el viejo león, con sus setenta y cuatro años de arrogancia y denuedo, firmaba una página conmovida, en cierto álbum publicado para ayudar a las víctimas de un terremoto en Andalucía, y la cerraba con estas palabras: «Lléganos el rumor de ruinas que se desploman y despejan el suelo de viejos recuerdos. ¿Será que la tierra favorita de Hércules se endereza de nuevo entre las grandes naciones? Ayudémosla a levantarse sus hijos de América»<sup>15</sup>.

Sarmiento, genial como siempre, entreveía ya las horas doradas.

-32-

△▽

## Capítulo tercero

### El influjo espiritual docente

Los años finales del siglo XIX intensifican ese rasgo de comunidad y comprensión mutua entre España y nuestro país, iniciado después de Caseros. Sin que se pueda en modo alguno demostrar, ni siquiera señalar, una dependencia recíproca en los acontecimientos de ambas naciones, es evidente que éstos se imbrican por la paridad de la lengua, de la comunicación más frecuente y, sin duda alguna, del afecto cada día más franco y menos receloso.

Los altibajos dramáticos de la vida política española que van de la revolución septembrina a la restauración del 74, trajeron a nuestras playas hombres de pensamiento y de acción. Muchos llegaron con títulos probados y elocuentes. En los viejos barcos no arribó sólo la masa anónima de una emigración puramente laboral sino que con ella desembarca el profesor, el periodista, el poeta.

Ese tipo de inmigrante intelectual ejerció en la Argentina, y en aquel momento, un influjo decisivo. No debe olvidarse cuál era, entonces, la situación universitaria del Río de la Plata. A pesar de la ingente, de la ciclópea labor del ministerio Avellaneda durante la -33- presidencia de Sarmiento, el país carecía de un plantel eficaz de técnicos. Las figuras europeas en el saber científico y humanístico fueron, en consecuencia, por su larga experiencia adquirida en las viejas universidades, en los institutos célebres o en los periódicos y centros tradicionales, un aporte insustituible.

Por otra parte, hacia el final del siglo XIX, América comenzó a insertarse en la crítica y el pensamiento españoles. La serie de juicios, notas y apuntes, para muchos «excesivamente benévola»<sup>16</sup> de don Juan Valera formaron, luego, los volúmenes de sus *Cartas Americanas*, fechados originalmente en 1889, en las que se descubren y ponderan no pocos valores rioplatenses que en ellas recibieron su espaldarazo definitivo<sup>17</sup>.

A su vez, Menéndez y Pelayo mantenía correspondencia desde el ochenta con escritores de este continente, muchos argentinos, y formaba su rica biblioteca de americanos; por eso: «cuando la Academia Española (le) encargó..., en 1892, con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, la redacción de la *Antología*, que con los prólogos críticos que le puso constituyó una verdadera *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, tenía don Marcelino reunido gran número de materiales y bien conocido y pensado el asunto»<sup>18</sup>.

Significativo es ver en este Epistolario, y emocionante a la par, cómo solicitan el juicio o demandan ayuda del eminente santanderino figuras como Mitre (1892), Adán Quiroga (1898), Calixto Oyuela (1881), -34- Rafael Obligado (1886), etc.; y ello sin anotar las cartas fechadas más allá del siglo XIX.

Esta disposición mental, esta curiosidad, este sentido hispánico universalista tenía ya un antecedente de veinte años atrás cuando la Real Academia, a propuesta de su director don Mariano Roca de Togores, acordó, en junta del 24 de noviembre de 1870, el establecimiento de academias correspondientes en las repúblicas hispanoamericanas.

Tres escritores ilustres fueron designados para organizar la correspondiente argentina: Juan B. Alberdi, Vicente F. López y Juan M. Gutiérrez. Aceptaron los dos primeros y rechazó el tercero en nota publicada a comienzos de 1876 (Gutiérrez había recibido su diploma el 29 de diciembre de 1875) en el diario *La Libertad*, uno de los más leídos de la época. Entre otras razones, Gutiérrez decía: «Aquí, en esta parte de América poblada primitivamente por españoles, todos sus habitantes nacionales, cultivamos la lengua heredada, pues en ella nos expresamos y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos; pero no podemos aspirar a *fijar* su pureza y elegancia<sup>19</sup>, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua metrópoli».

Basta esta inferencia absurda (no *fijar* la lengua por la emancipación política) para comprender todo lo especioso del razonamiento de Gutiérrez. En el fondo, -35- lo que latía era un viejo temor confesional, ya trasnochado, que aparece en la carta privada a Vicuña Mackenna: «... Tendremos una literatura ortodoxa y ultramontana, y no escribiremos nada sino pensando en nuestros jueces de Madrid, como los obispos que sacrifican los intereses patrios a los intereses de su ambición en Roma»<sup>20</sup>. Gutiérrez respondía a un sentido más que antihispánico, a un sentido indigenista político absolutamente descalificado ya en 1876<sup>21</sup>.

Fueron, naturalmente, los españoles de Buenos Aires los primeros en responder al sabio polígrafo argentino. Nuestro ya conocido Martínez Villergas atacó a Gutiérrez en una serie de cartas desde su flagelante *Antón Perulero*, que van del 13 de enero al 30 de marzo de 1876; contestadas, es verdad, con regocijada finura por el propio Gutiérrez con otras diez, publicadas en *La Libertad* del 22 de enero al 6 de febrero del mismo año.

Esta es la posición del periodismo callejero y beligerante, pero igual fue en la crítica científica. Don Marcelino, con esa ecuanimidad serena de toda su vida, dijo en la *Historia de la poesía hispanoamericana*: «Juan María Gutiérrez, que no sólo fue el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente», agregaba, luego, a pie de página, en la nota biobibliográfica: «Fue el único americano que rehusó el puesto de

correspondiente de la Academia Española, acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras»<sup>22</sup>.

-36-

Ciertamente; su amigo Vicuña Mackenna dijo de la actitud de Gutiérrez que era: «escándalo innecesario; casi una gauchada» y Alberdi, su viejo compañero del Salón, añadía: «Yo no me explico ese movimiento de Gutiérrez por un arranque de mera probidad».

Con la aquilatación del fenómeno histórico total que permite la distancia, dos argentinos modernos juzgan casi con idénticas palabras el gesto del gran investigador. Dice Morales: «Pero el ambiente, el literario sobre todo, del Buenos Aires de entonces, no respondía ya a la concepción mental de don Juan María sexagenario. La reconciliación con España era un hecho. Pavón había lanzado al escenario argentino nuevos hombres y para éstos la España de los Borbones no despertaba encono. Era el pasado, el ayer que se conceptuaba superado definitivamente. Para ellos, España no significaba la colonia, con su doble férula virreinal y teologal, férula de *dómine rancio*; España era para ellos la ola de labriegos trabajadores que llegaban a poblar las pampas, la legión de maestros y de intelectuales que venían a ocupar cátedras y puestos de avanzada en el periodismo y desde éste a influir en la lucha política, mordaces, agudos, inteligentes»<sup>23</sup>; y Rafael Alberto Arrieta: «La prevención de don Juan María, formada en años juveniles que respiraban el ardor y el encono de las luchas de nuestra emancipación política, resultaba anacrónica en el segundo año de la presidencia de Avellaneda. Estaban cicatrizadas las heridas y desarmados los ánimos, manteníamos excelentes relaciones -37- con España y maestros de escuela, comerciantes, labradores, periodistas, artistas y universitarios de España vivían arraigados al país e identificados con la sociedad argentina»<sup>24</sup>.

Se agolpan ahora las figuras de esa «legión de maestros» que dice Ernesto Morales. Desde su puesto en la colectividad e incorporados al claustro argentino van a ejercer sobre la enseñanza de fines del XIX un influjo decisivo y esencial.

Elijo -entre los de Egozcué, Isidro Aliac, Martín Dedeu, Ignacio Ares de Parga, Manuel Calvo, Pedro Isbert, Julio Alier, Montero Vidaurreta, Atienza y Medrano<sup>25</sup>, ¡tantos más!- dos nombres del Colegio por antonomasia: el viejo *Central* de Mitre y Eduardo Costa, el de 1863, el de *Juvenilia*, donde se educó la plana mayor y la juventud dorada de la patria finisecular en competencia con el clásico *Montserrat* cordobés o el famoso y revolucionario de Concepción del Uruguay.

No oculto que, en la elección, va escondida una preferencia sentimental: fui alumno de Enrique, hijo de uno de ellos, en quien, según Juan Pablo Echagüe, «siguió flameando la antorcha que dejó encendida el padre»: Juan José García Velloso, y del otro, de Ricardo Monner Sans, discípulo directo en los bancos del -38- *Central*, y como amigo o, mejor, como educando constante lo frecuenté hasta su muerte, llegada el 23 de abril de 1927.

Juan José García Velloso era de Albacete, nacido el 20 de abril de 1849, y, completados sus estudios en Navarra y Madrid, llega a la Argentina durante la presidencia de Avellaneda. Al tener éste «noticias de las excelsas condiciones del joven

maestro, lo nombra profesor de latín y griego en el Colegio Nacional de Rosario, ciudad donde constituye su hogar. Amplía luego allí mismo su labor docente ejerciendo las cátedras de retórica e historia de la literatura española durante el rectorado de don Eusebio Gómez»<sup>26</sup>. Se dio a conocer -eran los tiempos felices en que un buen discurso o unos versos emocionados valían la notoriedad- el 10 de septiembre de 1882 leyendo unas quintillas en el banquete de la colectividad española a Casado, con motivo (ver [Cap. II](#)) del Ferrocarril Oeste Santafecino.

Entonces es llamado a Buenos Aires para dirigir *La Prensa Española*. En 1884, Roca lo designa profesor en el Central y la Escuela Normal de Profesores y es él quien redacta los primeros programas de gramática y literatura que alcanzaron, con muy leves retoques, hasta la reforma iniciada hacia 1925. Fundada el 13 de febrero de 1896 la Facultad de Filosofía y Letras, en un claustro ilustre donde figuraban argentinos como Lafone Quevedo, Horacio y Norberto Piñero, Daniel Peña, Alejandro Korn, Ernesto Quesada, Juan Agustín García, Velloso ocupa la cátedra de Historia de la Literatura Española, cátedra que desempeñó hasta su jubilación en el año 1904.

Rodeado de afecto, de respeto, de admiración, moría -39- el maestro, a los cincuenta y ocho años, el 9 de diciembre de 1907.

Los libros de García Velloso han gravitado, sin duda alguna, sobre el pensamiento argentino: *Hojas de laurel*, colección de sus poesías premiadas en aquellos esplendorosos «Juegos Florales» de fines del XIX, poesía a lo Quintana, de estro ancho y épico, cargada de un iluminismo inocente y empotrada en el molde, rotundo de la estrofa de Núñez de Arce:

Ved allí el Indostán, ved sus ciudades,  
ayer de lujo y majestad cubiertas,  
hoy asilo de torpes liviandades,  
que guardan a través de las edades  
polvo de tumbas y de razas muertas;

y sus *Lecciones de Literatura Española y Argentina*, publicadas en 1900, que fueron -hasta la divulgación del *Manual* de Fitzmaurice, diez o doce años después y los cuatro tomos de Rojas, entre 1917 y 1922- la fuente directa de información en aquella asignatura para todos los estudiantes argentinos, durante la primera década del siglo. Es posible que las *Lecciones* no tengan un fuerte rigor científico ni que su juicio crítico sea de una ponderada y metódica exactitud, pero llevaban la inapreciable ventaja de estar escritas en un castellano vigoroso, y con esa generosidad de verbo elocuente que, para traición y desgracia del pensamiento nacional, nos ha robado -sin darnos, por otra parte, sus ventajas- la enteca frialdad laboratorista y disecante del sistema investigador alemán, mal trasplantado y peor germinado entre nosotros.

El vibrante albaceteño, llegó, incluso, además, a una actividad monitora dentro del ambiente literario argentino fin de siglo: prologó los primeros sonetos de -40- Leopoldo

Díaz: *Los Genios*, 1888, con lo que dicho queda fue, en cierta medida, el mensajero de los parnasianos en la Argentina y, por lo tanto, de la primera formación modernista; descubrió y puntualizó los valores intrínsecos del *Martín Fierro* más de un cuarto de siglo antes que Lugones lo hiciera (artículo de *La Prensa Española* del 22 de octubre de 1886); leyó e impuso a Martín Coronado en las tertulias de Rafael Obligado y en el teatro criollo; contribuyó a la divulgación literaria de Joaquín V. González como lo testimonia su mutua correspondencia<sup>27</sup>.

Podrían sintetizarse sus aportaciones a la cultura argentina con estas bellas palabras de Jean Paul: «Muchos años de constante dedicación y nobles realizaciones llevaba cumplidos entre nosotros, incorporado definitivamente a los destinos del país en el cual nacieron sus hijos, país al cual él mismo invocó a veces con acentos filiales»<sup>28</sup>.

Así dijo:

Tan sólo pido al cielo  
para tender las alas,  
que dos banderas sean  
sudarios de mis ansias.  
Roja una y amarilla,  
otra la azul y blanca:  
ésta la de mis hilos,  
aquélla la de España<sup>29</sup>.

Este motivo -una constante estilística de aquella hora- que inclusive se prolonga en la techumbre del salón de honor del *Club Español* pintado por Julio -41- Borrell, informa un poema de Ricardo Monner Sans, editado muy poco después de su llegada a la Argentina: *Mis dos banderas*<sup>30</sup>.

No sin temblor en la pluma evoco en este momento -a un cuarto de siglo exacto de su muerte- aquella figura ejemplar de caballero y de maestro. Natural de Barcelona, donde naciera en 1854, treinta y cinco años tenía cuando llegó al país por 1889. Mitre lo incorpora a *La Nación* y, en 1892, lo designan profesor del Colegio Central. Desde entonces -salvo un breve interregno de cinco años (1894-1899) en que dirige el Instituto Ibero-Americano de Adrogué- enseña la lengua y la literatura españolas con fe y dignidad inquebrantables hasta el año 1922 en que, jubilado, siguió infatigable su nunca interrumpida labor de publicista.

Tuve el honor inmerecido de haber sido uno de sus discípulos predilectos, precisamente en los dos últimos cursos de su ejercicio docente; lo alcancé, pues, más allá de la madurez: en plena gloria y casi con la impronta de los próceres.

Escribo mirando el retrato que, junto al de mis padres, nunca falta en mi despacho y aún me conmueve recordar cómo, a sus setenta años de ciencia y de magisterio, sabía acercarse bondadoso, pulcro, incorruptible de forma y de pensamiento al alma joven,

primeriza y desprevenida de sus discípulos. En ese poder suasorio, lento y dulce, pero con fuerza de prensa hidráulica, consistió su eficacia normativa en treinta años de cátedra argentina.

A poco de morir, con precisión el 8 de junio de 1927, la *Revista de la Universidad*, que entonces dirigía -42- aquel joven penacho del pensamiento argentino: Buenaventura Pessolano, caído cruelmente a los cuarenta años, publicó un breve ensayo mío titulado: *Ricardo Monner Sans: El Hombre - La Obra*<sup>31</sup>. Fue escrito casi en plena congoja y por ello se resentía del reparo que le opuso *El Diario Español* en su amable reseña: «el desorden expositivo»<sup>32</sup>. Era verdad, pero de aquel desorden (se trataba, y no justifico sino que explico, más de una explosión lírica que de un estudio metódico y tenía yo entonces, como hubiese dicho Darío, *la grata edad* de veintidós años no cumplidos) de aquel desorden, repito, me complace extraer dos reliquias que aún hoy firmaría con gusto; dice la primera: «En el año 1921, hice yo mis primeras armas literarias y me acogí a su férula bondadosa.

Desde entonces fue mi director espiritual y a él debo las observaciones más sutiles, las advertencias más justas, el caudal de noticias más rico que un maestro puede ofrecer a su discípulo»; y esta otra: «La gramática es una ciencia legendariamente tediosa; carente de perspectiva. Abrirle un campo visual más alegre era una empresa heroica.

Don Ricardo la emprendió con una fe inquebrantable y logró darle cima.

Ahí tenéis las *Notas al Castellano en la Argentina, De Gramática y de Lenguaje, Disparates usuales en la conversación diaria, Barbaridades que se nos escapan al hablar*, y esa millarada de folletos no más allá cada uno de ocho páginas, donde los resquicios y vericuetos más trasconejados de nuestra vieja lengua se hallan escrutados con deliciosa y cautivante mirada»<sup>33</sup>.

-43-

Recojo estas lejanas aseveraciones porque estoy seguro que son el recuerdo vivo que dejó don Ricardo en todos los que fueron y seguimos siendo sus discípulos. Con esa gracia redentora mantuvo hasta el fin su influjo en el empeño realmente quijotesco de purificar nuestro español, no con un deprimente exceso de intolerancia, pero sí extremando un rigor puntilloso con las transgresiones alarmantes.

Antes de la nueva metodología para la enseñanza del idioma -en realidad divulgada, después de 1932, por los tres tomos de Montoliú -la *Gramática de la Lengua Castellana* de don Ricardo, aparecida en 1893 y que alcanza, veinte años después, su vigésima edición, era manual corriente entre los estudiantes argentinos, como lo fueron hasta mi época de bachiller sus preciosas *Conversaciones sobre literatura preceptiva*, publicadas en 1911.

Incorporado a la vida docente nacional y a su medio humano -era un verdadero regalo verle por las calles porteñas pasear su porte de Madrazo con los libros inseparables, el paso elástico y la testa de impecable rasgo español- publicó, en 1903, uno de sus trabajos más densos y significativos: *Notas al Castellano en la Argentina*<sup>34</sup>. Inspiradas en las *Apuntaciones Críticas* de Rufino J. Cuervo, escudriñan el vocabulario corriente entre nosotros a comienzos de siglo con vigoroso análisis lingüístico y con una

generosa amplitud comprensiva y vindicadora. No es palmeta de academicista empacado sino vigilante conciencia que separa, dentro del nuevo medio filológico, el grano de la paja. En la disputa, aun no aquietada, entre *criollistas* e *hispanistas* en materia de lengua, optó por la única -44- posición natural y fecunda: la resultante entre dos fuerzas que, muy por el contrario de ser divergentes, sumadas ofrecen enormes posibilidades de riqueza y desarrollo.

Esa vigilancia del maestro puso durante mucho tiempo dignidad y decoro incluso hasta en la forma de algunos escritores de renombre, ofreciendo un peñasco seguro y sólido, inquebrantable, donde sujetar las revueltas ideas estéticas y lingüísticas de este último cuarto de siglo; a buen seguro que sin ese apoyo, en el medio filológico joven y débil de nuestro país, el caos introducido por las reformas y los *ismos* vertiginosos de estos últimos años hubiese sido mucho más grave e irreprimible.

Dos hombres de nuestra tierra juzgaron de este modo las *Notas al Castellano en la Argentina*. Recién aparecidas, Miguel Cané: «... por más empedernido pecador galicista que yo sea y por más que me lo hagan sentir a cada instante los que tienen derecho de hacerlo por su feliz y envidiado casticismo». «Léxico amplio y hospitalario, sintaxis inflexible y pura». En esa fórmula cabe la América entera y se salva el respeto a «*la madre lengua querida*, en la que han escrito gentes que, por el momento -que me parece va a durar una edad geológica o dos- no tiene punto de parangón con la que vive»<sup>35</sup>; y casi veinticinco años después, Arturo Costa Álvarez: «Más tarde ataca a la intransigencia purista sosteniendo en *El neologismo* la necesidad de legitimar las voces nuevas, en las que no ve sino los naturales retoños de toda lengua viva. He ahí cómo, en esta lucha suya contra ambos bandos, al dar a cada cual una parte de la razón disputada, ejerció una acción -45- conciliadora, que, aceptada por unos y por otros, fue su triunfo»<sup>36</sup>.

Triunfo que, afortunadamente, aun podrán certificar muchos de sus discípulos argentinos.

-46-

△▽

## Capítulo cuarto

### La actividad literaria

La sensación de plenitud con que vivía el país después del ochenta promovió una intensa actividad literaria. Era natural que los españoles tuviesen dentro de ella una participación ejemplar: conocían los secretos vivos de la lengua, venían de estar en contacto inmediato con las figuras eminentes de la península, y, sobre todo, cumplían con la vieja ley poética, verbosa y elocuente de la raza.

Los certámenes literarios ya se habían reanudado después de fraguada la organización política. Martín García Merou<sup>37</sup> evoca el promovido entre los estudiantes

del Central por su rector José Manuel Estrada, en 1878, y un segundo, al año siguiente, ganado por Benigno Díaz, hermano del luego eminente premodernista Leopoldo Díaz.

El ambiente estaba, en consecuencia, bien dispuesto para que llegaran los famosos *Juegos Florales* de fines del XIX. Es la fiesta típica finisecular: los viejos teatros de felpa roja y techos artesonados con pinturas -47- alegóricas de matronas opulentas, coronas de laurel y rondas de ninfas; poesía de estilo sonoro y oratorio, de silvas indefinidas que redondeaban conceptos claros, tribunicios sobre el genio de la raza, del trabajo, de la agricultura; luz de gas que ponía un brillo calcáreo y ceremonioso, sin detonancias ni agrios, sobre la gasa y el terciopelo; inclusive la moda: faldas borrascosas, encajes y abalorios, peinados monumentales junto a pecheras todavía escaroladas, chisteras y plastrones daban estuche a todo el ceremonial palatino de una fiesta que transigía muy bien entre su vieja resonancia cortesana -con reina, pajes y «corte de amor»- y la democrática necesidad del premio anónimo discernido por jurados.

El primero de los *centros regionales* españoles fundado en América, «incluso antes que el de La Habana»<sup>38</sup>, fue el *Centro Gallego*, en 1879, de carácter recreativo-cultural. Su vida corta y agitada, no siempre comprendido y con los primeros tropiezos para organizar el caudal más denso de la inmigración, anota, con todo, «algunos hechos simpáticos y descollantes» como recuerda Rodríguez Díaz en su *Historia* citada.

El 12 de octubre, por su valor simbólico y su histórica resonancia afectiva, era fecha indicada para certámenes literarios y evocaciones solemnes. Para dicho día del año 1881, el *Centro Gallego*, dirigido por aquel hombre modesto pero diligentísimo que fuera don Joaquín Castro Arias, organizó los primeros *Juegos Florales* con todo su ceremonioso aparato provenzal y galante.

Componían el primer jurado Lucio Vicente López, el futuro autor de *La gran aldea*; Juan Carlos Gómez, el fogoso e ilustre uruguayo que abogaba por la -48- unión de ambas repúblicas y Carlos Guido Spano. Presidió el acto Nicolás Avellaneda, hasta hacía un año jefe del Estado, y su discurso, según *La Nación Española* del día siguiente: «es luz, es fuego, es entusiasmo, ardor y sentimiento; poesía y verdad poética». Como es muy sabido, Olegario Víctor Andrade ganó la flor natural por la famosa *Atlántida*, y, en ejercicio de los clásicos derechos poéticos, designó reina del torneo a su hija Eloísa, entonces de quince años. La crónica de *La Libertad* comentaba: «Fue esta una escena preciosa a la que en nuestro sentir sólo faltó el beso paternal que Andrade debió imprimir sobre la frente pura de su hija, que lo coronaba»<sup>39</sup>.

El fondo de la tela era el adecuado: el entonces flamante Teatro de la ópera -frente dórico, oros en el techo, empaque de lírica grande- que, al decir de un cronista, cuando Avellaneda pronunció su vigoroso elogio a España y sus poetas -parecíanos como que se desplomaba<sup>40</sup>.

Adrede copió de las crónicas lo que hoy nos parecería más acusadamente cursi y resabiado, pero, si quitamos todo el aparato ornamental de la fiesta, el que, por otra parte, tenía entonces vigencia emotiva y seriedad auténtica, nos queda un singular beneficio: el que mediante estos certámenes organizados por la colectividad española residente se fueran asentando famas literarias y descubriendo valores insospechados. En los *Juegos* de 1881, el otro premiado por su *Canto al arte* fue un muchacho, entonces

veinteañero, quien, habría de ser con el tiempo uno de los más notables polígrafos argentinos: Calixto Oyuela.

-49-

El clamor verdaderamente sonoro de esta primera fiesta llevó al *Centro Gallego* y al infatigable don Joaquín Castro Arias a repetirla por dos veces: el 12 de octubre de 1882 y de 1884.

En ambas ocasiones, un español conspicuo en la Argentina -de quien volveremos a ocuparnos- don Rafael Calzada pronunció el discurso inaugural, y quizás por vez primera se dijeron en aquel lejano octubre del 82, y en el Teatro Nacional, estas palabras tan repetidas luego en ocasiones semejantes: «... estamos, también, en la fiesta de la confraternidad de dos pueblos estrecha e indisolublemente unidos por la sangre, por la lengua y por la historia. La América española ostentará siempre como su máspreciado timbre de nobleza, el nombre de aquella esclarecida tierra que por darle vida, no tuvo reparo en prodigar generosamente la suya. Cuando lleguen a las playas de mi patria los ecos del entusiasmo con que en suelo americano habéis recibido la iniciativa de la asociación española a que se debe este fausto acontecimiento, ellos repercutirán con inmensa simpatía y con júbilo indecible en todos los corazones»<sup>41</sup>.

Y en el viejo Colón, en 1884: «... que la madre patria, cuya musa viene a confundirse aquí con estrecho abrazo, y en prueba de fraternal amor, con la musa americana, contemple el maravilloso progreso de este pueblo, que es sangre de su sangre, con lágrimas del más ardiente júbilo y con el corazón henchido de entusiasmo»<sup>42</sup>.

En efecto, confundidas ambas patrias, este certamen del 84 premiaba a Juan José García Velloso por su poema *Las libertades comunales* -arresto vibrante -50- en los moldes de la lírica civil de Chenier o Quintana- y el «Soberbio canto» -copio un adjetivo de Merou- titulado *El viaje eterno*, uno de los tantos gajos del árbol huguesco, el Hugo de la *Légende des siècles*, que tanto mal ha hecho a nuestro siglo XIX según Menéndez Pelayo, del entonces joven poeta Joaquín Castellanos.

Los altibajos del *Centro Gallego*, la fiebre de negocios y materialismo resuelta con la revolución del 90, la tragedia española de la guerra de Cuba suspendieron estas fiestas de poesía y confraternidad.

Pero, en 1904, la *Asociación Patriótica Española* -cuya historia sintetizaremos en un próximo capítulo- rehabilitó, como un último resplandor de la hoguera romántica casi apagada, el fasto de los *Juegos Florales*, los últimos de prestigio social realizados en Buenos Aires. Fueron, como veintitrés años atrás, en el Teatro de la Ópera, ya para entonces transformado por don Roberto Cano en esa hermosa sala que fue joya por tanto tiempo del aderezo porteño; hablaron el entonces presidente de la *Patriótica*, Antonio Atienza y Medrano, el conde de Casa Segovia y, en uno de los discursos floridos y musicales de sus treinta años que lo hacían en el acto famoso: Belisario Roldán: «España, la madre, yo la salud; y desde esta tribuna alzada por sus hijos en aras del arte y sobre campo amigo, interpreto caros sentimientos nacionales al enviarte el homenaje insospechado de los votos argentinos»<sup>43</sup>.

Al fondo del escenario, dosel con arco en forma de cola de pavo real para ajustar el grupo de la «corte de amor» con su reina: Mariquita Edelmira Sánchez, y en los extremos dos pajecillos de jubón y melena según el modo más aproximado posible al reglamento -51- de la *Sobregaya* sancionado en Toulouse. Fue premiado con la flor natural aquel salmantino labriego del verso sonoro: Gabriel y Galán -opuesto como bandera castiza a los avances del *modernismo*, que se decía afrancesado- por un *Canto al Trabajo*, mezcla curiosa de oda horaciana a lo Fray Luis con sones tomados -él que era conservador y católico- de la más candorosa poesía marxista. Leído en la ceremonia por la voz argentina de Calixto Oyuela, fue durante mucho tiempo pieza casi obligada para recitadores aficionados o profesionales.

Mas los *Juegos Florales* de 1904 no tuvieron ya el eco de los del ochenta. Requerían para su triunfo la ingenua solemnidad, la confiada alegría, la seguridad y la fe en el valor de algunos ideales que mantenían con enérgico fervor los hombres de fin de siglo, y, además, un tipo de poesía tribunicia, caudalosa y martilleante cada vez más denunciada y agrietada por la delicuescencia, el esfumado, el medio tono «impresionista» del novecentismo. Suponían una entrega sentimental noble, franca y desinteresada a la magia retórica, puramente retórica de marco y contenido. Nada más opuesto a lo que vino después. Cuando hoy, a setenta años de los primeros *Juegos* de 1881, se han querido revivir, el frío técnico, deportivo, incluso el atuendo moderno sin empaque ni brillo, gris y monótono, casi *comunista*, le han dado a la vieja fiesta del esplendor y la cortesanía un aspecto helado y opaco de espectro que no puede ni quiere resucitar.

Las Sociedades españolas, perimida esta forma de fiesta legendaria, continuaron su actividad intelectual por medio de veladas literarias, aprovechando las fechas significantes del Dos de Mayo, el Doce de Octubre, los acontecimientos peninsulares o la llegada al país de hombres ilustres.

-52-

Antecedente curioso de tales agasajos es, entre muchos otros -y valga éste sólo por vía de ejemplo- el dedicado a Edmundo D'Amicis cuando arribó a estas playas el 1.º de abril de 1884. Venía el afamado narrador ligur con los recientes laureles de su libro *España*, publicado, en Milán, 1873 y traducido, en Madrid, por el año 1879. El *Club Español* le ofrendó una medalla de homenaje, y, con expresa complacencia de Roca, visitó Villa Casilda, centro urbano de la colonia de Casado del Alisal en Santa Fe. El futuro autor de *Cuore* recordó muy luego todos estos pormenores en su libro *Sobre el océano: Viaje a la Argentina*, traducido, en 1889, nada menos que por Giner de los Ríos<sup>44</sup>.

Creo, sin embargo, que una de las grandes palestras utilizadas por la colectividad para irradiar su influjo, durante la segunda mitad del XIX, fue el teatro.

Espectáculo secular de la raza, punto máximo de su programa de distracciones, escuela y pedana y, muchas veces, cátedra del dogma y, su mejor timbre literario, el teatro español en ningún momento dejó de tener su repercusión en América, aun en los tiempos más tempestuosos y difíciles. En el Río de la Plata, puede decirse fue su presencia casi ininterrumpida, y el trasplante de intérpretes, autores, empresarios

arraigados definitivamente a la Argentina siembra fecunda o, por lo menos, abono indispensable de los que, al fin, surgió nuestra propia dramática.

-53-

Urquiza<sup>45</sup> para reanimar a Buenos Aires después de Caseros trajo al viejo teatro de la Victoria -inaugurado con el *Macías* de Larra el 24 de mayo de 1838- una compañía de ópera francesa de Mr. Henou, en el mes de marzo, y otra, llamada con urgencia desde Montevideo, de dramas, comedias, bailes e ilusionismo, en mayo, dirigida por Mr. Dupré. Ni éstas, ni la española de García Delgado, a pesar de su lucido estreno el 10 de diciembre del 54, consiguieron levantar el decaído tono del arte dramático.

Sólo la inauguración oficial del tan esperado Colón, en abril de 1857, reanudó la corriente de público y concitó de nuevo el entusiasmo por el teatro. Tres años después llegaría al Plata una actriz española que concluiría por incorporarse definitivamente a la sociedad argentina: Rita Carbajo.

Reproduzco algunos párrafos del estudio que le dediqué no ha mucho tiempo<sup>46</sup>:

*El Nacional* de fecha 25 (junio de 1860), anuncia: El señor Berenguer ha tomado ya el teatro San Felipe y Santiago de Montevideo para llevar a la compañía Torres que actualmente funciona en el Victoria. La sustituirá con partes que han debido salir de España el primero del presente junio, compuesta de la señora Carbajo como primera dama... que (vendrá) a hacer posible la reproducción entre nosotros de las mejores piezas del repertorio español, amenizando al mismo tiempo las largas horas de invierno que atravesamos. ¡Bienvenidos sean!

Rita venía de veintidós años: había nacido en Málaga en 1838, fue actriz a los catorce años, y a los -54- diecisiete, en 1855, primera dama. Tenía una belleza dulce y bravía, una figura grácil de junco esbelto, una natural elegancia, que conservó casi intacta, y bien la recuerdo, hasta sus luengos años postrimeros, y era, por sobre todo, de un ejemplar señorío... con una ingénita prestancia de matrona española, que la hizo ser muy pronto más madre de seis hijos que actriz; más abnegada ama de casa que comedianta<sup>47</sup>.

... Se anuncia su arribo a Buenos Aires el 18 de octubre, y el día 20 de ese mes de 1860 se presentaba al entonces muy exigente público porteño con *La campana de la Almudaina* y la inevitable *peti-pieza* (dirigida por el gracioso Cuello), punto final de toda representación dramática.

El éxito de la Carbajo fue instantáneo. *El Nacional* comentaba a los dos días del estreno: «... la señora Carbajo, que a una bella figura reúne dotes artísticas que la harán ser, muy pronto, la favorita del público». Clarividente y

notable vaticinio. Rita Carbajo no habría de volver a España...

Se adueñó del corazón de los porteños y, sobre todo, de las porteñas, que hasta copiaban sus modelos en el vestir... y un crítico decía de la Carbajo que *pocas veces pudo señalarse, como en ella, una dama de teatro aceptada sin discusión, aplaudida sin reserva, admirada y respetada por todos*<sup>48</sup>.

Estrenó obras de autores argentinos -entre ellas, la segunda de Martín Coronado en su viejo Teatro de -55- la Victoria el 15 de junio de 1878: *Luz de luna y luz de incendio*<sup>49</sup> -y «tuvo hasta el tino, raro entre el gremio, de saber retirarse a tiempo».

El gobierno argentino premió su labor con una cátedra de declamación en la que se jubiló para morir, octogenaria, en la calle Piedras de Buenos Aires, muy cerca del teatro de sus triunfos, el 9 de abril de 1919.

Recuerdo que hace cuarenta años en mi examen oficial como alumno particular de primer grado, rendido en la escuela de Pueyrredón y Sarmiento, en 1912, la maestra examinadora se interesó con viva simpatía por mi parentesco con Rita Carbajo, quien había sido su profesora de declamación y recordaba con hondo cariño; y que, veinte años después, el 17 de septiembre de 1931, en una conferencia dada en el ya desaparecido Club del Progreso sobre el teatro argentino, muchos viejos consocios de la famosa institución -hoy ya muertos casi todos- rememoraban con emoción no disimulada las horas doradas de los éxitos de Rita en los escenarios del Victoria o el Alegría.

No consigno por mera vanidad, o prurito anecdótico estos recuerdos personales: es que ellos acreditan con testimonio vivo el influjo social, moral, estético de estas señeras figuras de España enraizadas a la vida y al pensamiento de los argentinos. Y, ése, y no otro, es el objeto de estas apuntaciones.

Muchos cómicos de la compañía Berenguer-Carbajo quedaron muy luego soldados a la emoción y recuerdo de los porteños. A Jaime Vilardebó, primer actor dramático, su compañero de la temporada inicial, lo evoca entrañablemente Lucio Vicente López (al través de una exaltación romántica a *La flor de un -56- día*, el famoso drama de Camprodón) en una de las páginas más cálidas de *La gran aldea*<sup>50</sup>; y fueron mimados: el tuerto Carmona, que murió luego de cuarenta años de tablas argentinas, en 1918, y don Fernando Cuello, el elegante y gracioso Cuello, que en mis recuerdos queda por tradiciones orales como una especie premonitoria de los galanes cinematográficos modernos envuelto misteriosamente en el frac y la levita del setenta y tantos.

En la década siguiente, es curioso observar cómo escritores españoles radicados en el país se entrometen, desde la tribuna del teatro, en la política nacional. Sin un análisis detenido, inoficioso e impropio dada la índole de nuestro ensayo, recordemos: *La*

*codicia rompe el saco* del catalán José Borrás, aclimatado en San Luis desde 1868, periodista temible de punta acerada, luchador infatigable hasta su muerte, acaecida en la misma provincia hacia 1912.

Otro catalán brioso y agilísimo, Casimiro Prieto Valdés -a quien volveremos a encontrar como periodista- estrenaba, en el Alegría, *El sombrero de don Adolfo*, «caricatura político-dramática en un acto y en verso» sobre el tema candente de la revolución, del 74 y la elección de Avellaneda<sup>51</sup>.

La obra, prohibida por la Municipalidad, ocasionó un largo expediente judicial en el que opinaron -57- figuras como José María Gutiérrez, secretario de Mitre, y Santiago Estrada, en el ataque y defensa, por vez primera en el país, del derecho administrativo a la censura teatral<sup>52</sup>.

Por último, la «revista bufo-política» de Eduardo Sojo -a quien, asimismo, veremos en la liza periodística por su semanario satírico *Don Quijote*- titulada: *Don Quijote en Buenos Aires*, estrenada en octubre de 1885, llena de alusiones y claves a figuras del momento: Pellegrini, Bernardo de Irigoyen, Dardo Rocha, etc., nos pone casi en las vísperas de la revolución del 90.

Y cuando pasó la crisis, el último decenio del siglo dio, desde el campo del teatro, el más poderoso, fresco y estimulante tónico hispano a la vida dramática argentina con el inyectable verdaderamente enérgico del llamado *género chico*<sup>53</sup>.

El público de Buenos Aires ya había saboreado, y tuvo por ella singular afición, a la famosa *zarzuela grande*, que alcanzó su época de gloria en la década que va de 1860 a 1870. Entonces, *Jugar con fuego*, *El juramento*, *Los diamantes de la corona*, *El dominó azul*, *Los madgyares* -sobre todo esta última que popularizó el reciente teatro de la Alegría, en 1870- eran la golosina del porteño elegante y los nombres de Camprodón y Olona como libretista o los de Oudrid, Gaztambide -58- y Arrieta como compositores alternaban, en el buen catador de aquella hora, a la par de los de Verdi, Meyerbeer o Rossini.

Pero este influjo era el común de la afición musical siempre alerta en Buenos Aires; la *zarzuela grande* -salvo el caso singularísimo de Asenjo Barbieri- murió para siempre, pasado su minuto de fasto (con la única excepción de la inmortal y enhiesta *Marina*), precisamente por su falta de personalidad y su flagrante similitud con las formas más comunes y románticas de la operística italiana.

No fue lo mismo, en cambio, el famoso y aun glorioso género chico. Su fuerza germinadora, lo que lo hacía fecundo y aprehensible estéticamente era su enorme voltaje castizo; el haber vitalizado las esencias más enérgicas del sentir popular hispánico<sup>54</sup>.

El teatro Apolo de Madrid -inaugurado en 1873- llevaba una vida lánguida y asmática hasta la temporada de 1886 en que se estrena *Cádiz*. El éxito de la pieza en un acto con letra y música estaba asegurado y fundado el *género chico*, con algunos atisbos desde el 60, pero que, a partir del estreno de *Cádiz*, iba a conocer una opulenta edad de oro. Tres años después, el 19 de marzo de 1889, la aparición de *El año pasado por agua* abría toda una época en la historia del teatro español e inauguraba la famosísima *cuarta*

*de Apolo*, gloria del Madrid verbenero y galante de la Regencia, en la década final del XIX.

«Uno de los recursos más originales de *El año pasado por agua* -dice Deleito y Piñuela- fue sacar en escena a Julio Ruiz haciendo el papel de... Julio -59- Ruiz, con alusión a su vida privada y aun a sus debilidades y vicios, que él ostentaba sin pizca de aprensión y hasta con orgullo»<sup>55</sup>, sobre todo en la mazorca famosa, conocida en el mundo entero:

Hágame usted el favor de oírme  
dos palabras...

El nombre de Julio Ruiz nos vuelve, otra vez, a Buenos Aires. Los dos últimos teatros levantados en la capital porteña a fines de la centuria -desaparecidos hoy por el avance de la *Nueve de Julio*- fueron, en 1891 y 1893, respectivamente, *La Comedia* y *El Mayo*, y ambos fueron, por su hora y momento, centro de compañías españolas y catedrales del género chico.

Los dos, curiosa coincidencia, fueron inaugurados por Mariano Galé, nacido en Murcia en 1850, y radicado en Buenos Aires desde 1888. Hombre fino, actor educado a la antigua, respetuoso de la letra y del decoro escénicos, fue el primero, entre nosotros, en montar su repertorio con propiedad y con relieve artísticos. Desde *El baile de la condesa* de Eusebio Blasco con que se lucía, en 1891, hasta su última temporada, en el Victoria, por 1909, todo -el repertorio final de Echegaray, el teatro realista y macizo de Galdós -*Electra* fue para Galé un éxito detonante- la primera hora del ingenio benaventino llegaron a Buenos Aires, al país, por el conducto de su labor infatigable, digna y sazónada. Era artista de alma, de los que saben comprender e investigar; por eso quiso mantener el repertorio argentino en paridad con el español; llevó a las tablas *Justicias de antaño* y *Un soñador* de Martín Coronado y a pique estuvo de ser, también, portavoz de la famosa *Piedra de escándalo*; recordemos, por último, *Atahualpa* -60- de Nicolás Granada, el 5 de noviembre de 1897. El estreno de *Atahualpa* tiene importancia. La obra en sí no acaudala gran mérito -es profusa e históricamente deficiente-; duró tres días en el cartel y la crítica no le fue muy benévola, pero aquí no nos interesa el problema estético sino la señal histórica. Granada está considerado el patriarca del teatro nacional; su primer drama de aliento, concebido dentro de un ambiente histórico americano, obra de montaje complicado y atrevida para un medio teatralmente europeizado e indiferente aún al sentimiento indigenista, llegaba al público por intermedio de un gran actor español hacía diez años incorporado al país y dispuesto a dar todos los días la batalla de sus convicciones.

Estos meandros de la historia, estos menudos episodios -triumfos o derrotas- son los que certifican el proceso de un influjo, de una acción espiritual sobre un pensamiento o una conducta.

Galé -retirado y viejo- aun se animó, en 1918 y 1919, a *dirigir*, si tal palabra cuadra a un actor tan díscolo, personal y poco dirigible como era Parravicini, dos temporadas del ingenioso bufo. No tuvo arrestos para más. Pobre, olvidado -con la romántica aureola de los grandes cómicos de su tiempo- murió el 11 de octubre de 1922 en el hospital Ramos Mejía. Supo darnos hasta ese tributo del olvido y de la indiferencia con que el pueblo suele pagar a sus ídolos<sup>56</sup>.

Entretanto, el teatro argentino convalidaba su -61- etapa europea y daba los primeros pasos hacia un auténtico ser nacional.

El *género chico* fue, sin duda alguna, uno de los grandes agentes de aquella transformación.

Muchos de sus intérpretes españoles: Julio Ruiz, insuperable en su propio papel de borracho; Félix Mesa, elegante e irreprochable; Enrique Gil, asimilado por igual a interpretaciones hispano-criollas; Rogelio Juárez, tan pronto haciendo *El dúo de la Africana* de Miguel Echegaray como *Los políticos* de Nemesio Trejo<sup>57</sup>; José Palmada, el de *La alegría de la huerta* y los sainetes de aquel madrileño trasplantado a Buenos Aires que se llamó José López Silva; muchos de estos intérpretes -decía- o permanecieron largas temporadas entre nosotros, como el primero, de quien muchos artistas nuestros copiaron gracia y donaire, o anclaron definitivamente en estas tierras, como el último, que murió regentando, en la calle Callao, un establecimiento de cigarrillos y billetes de lotería.

Además de esta enseñanza escénica viva y presente, el garbo del *sainete* despertó la vena popular de nuestros autores. El mal había sido hasta ese momento permanecer demasiado fieles a un romanticismo temático, puramente exterior y verboso, sin enraizamiento nacional ni poder fecundo en nuestro medio. La *zarzuela*, con sus tipos, costumbres, dichos, música llenos de sabor terruñero y de gracia conmovedora, dirigía la vista hacia la gran fuente de lo autóctono y popular.

-62-

Quizá no haya en el hecho ninguna relación de causa a efecto, pero la comprobación cronológica no deja de tener sugerencia: *La verbena de la Paloma* (algo así como la *Iliada* del «género chico») se estrenó en Buenos Aires la noche del 20 de abril de 1894 (se había lanzado en el Apolo de Madrid dos meses antes: el 17 de febrero) en la salita hoy llamada Liceo, entonces Rivadavia, con éxito tal que pronto se daba en tres teatros simultáneamente y a funciones colmadas. *La Verbená*, como todos sabemos, es un sainete de típicas y vivísimas «costumbres madrileñas»; pues bien, a comienzos del 96, Leguizamón estrenaba *Calandria* -«costumbres campestres»-; Enrique García Velloso: *Gabino, el mayoral* -«costumbres porteñas»- en 1899; y, como una lógica consecuencia, Granada estrenaba una fina «comedia de costumbres argentinas»-, medio y psicología, suma de las experiencias anteriores, que debe considerarse la piedra liminar de nuestro teatro: *¡Al campo!*, simbólicamente en setiembre de 1900.

Al morir el *género chico* había contribuido, con esa curiosa simbiosis hispano-criolla en la que vivió durante su apogeo, a separar del tronco peninsular la rama del teatro argentino; había acunado los comienzos de una actriz que habría de ser, indistintamente, gloria de ambas carátulas: Lola Membrives; había dado soltura al verso

e independencia creadora al destrabarnos de nuestro empaque romántico, rígido y ya estéril<sup>58</sup>; había, por último, propuesto un material estético de calor humano, verdad y gracia populares con el que, -63- al fin y al cabo, se hizo, a poco andar, lo más serio y permanente del teatro criollo.

Un aficionado a los símbolos esotéricos podría sacar partido de este episodio muy conocido: Abelardo Lastra era otro de los tantos españoles que, como Gil o Juárez, se había adueñado con rara habilidad de los tipos criollos. Enfermo ya, estrenaba la noche del 21 de junio de 1900, el Sargento de *El chiripá rojo* de Enrique García Velloso. Al caer herido, en el último cuadro, por el puñal de la heroína con verdad impresionante que el público aplaudió sorprendido, comprobaron a los pocos minutos cómo la muerte fingida había sido real. Lastra no se levantó de aquellas tablas de la Comedia, más feliz, quizá, que Molière o nuestro Casacuberta muertos ambos a poco de abandonar el escenario.

El final de Abelardo Lastra era, en efecto, la conclusión de una época y el comienzo de otra. Se oían ya cercanas las sirenas del nuevo Siglo<sup>59</sup>.

-64-

△▽

## Capítulo quinto

### El periodismo

La época se prestaba como ninguna otra para ese periodismo audaz, beligerante, valiente, con más de trinchera que de gabinete, con más de fortaleza o atalaya que de mesa de redacción. Los constituyentes del cincuenta y tres habían sancionado expresamente para «todos los habitantes de la Nación»: el derecho de «publicar sus ideas por la prensa sin censura previa» (Art. 14), y este derecho se respetaba con extremo celo, no tanto por la letra constitucional como por reacción al aherrojamiento y «dirigismo» de la década anterior.

Los españoles estaban bien preparados para el ejercicio. Desde la *Gaceta*, el *Semanario patriótico*, el *Memorial literario*, papeles aparecidos durante la guerra de la independencia y las conspiraciones antifernandinas, sabían de coro la frase hiriente, el latiguillo, la caricatura que destruye o el azote que marca, como sabían de la pluma bien cortada para el suelto de guerrilla o el artículo sesudo. Pronto llegaron los que habrían de luchar en la brega a la par de los compatriotas.

Conoce nuestro lector, desde el capítulo primero, -65- a Benito Hortelano. Librero, editor, periodista, puede considerársele como el iniciador de la prensa española en el Río de la Plata, después de Caseros.

Es curioso que sus primeros combates los librara desde una publicación satírica titulada: *El padre Castañeda*. Es bien sabido que este buen padre, en vida, fue aquel

exaltado franciscano antijacobino y monárquico, el único en defender la causa española durante la hora más encrespada de la revolución y primeros conatos de la guerra civil. Célebres han quedado en la historia los titulares de algunos periódicos fugacísimos con los que el buen Castañeda -no muy en la mansedumbre de su seráfico maestro- atizaba el fuego de la anarquía; por ejemplo; *El Despertador Teofilantrópico Misticipolítico* o este otro aún más desatinado y delirante: *El desengañador gauchipolítico federimontonero chacuaco-oriental y puti-republicador de todos los hombres de bien que viven y mueren descuidados en el siglo XIX de nuestra era cristiana*.

En ese tono mordaz y bravo el periódico que llevaba su nombre, y quizá para seguir la efímera virulencia del fraile evocado, vivió del 20 de marzo al 13 de mayo de 1852, y vaya un botón de muestra para acreditar cómo las gastaban sus redactores. Para atacar a *La Camelia*, primera tribuna *feminista* argentina, publicada y escrita por Rosa Guerra, directora del Colegio que regenteaba Miss Bevans, le soltaban la siguiente amable cuarteta:

Y hasta habrá tal vez alguno  
que, porque sois periodistas,  
os llamen mujeres públicas  
por llamaros publicistas<sup>60</sup>.

-66-

De sus cenizas -había tirado trece números «contra el gobierno», dirigido por Victorica, Eusebio Ocampo, Navarro, Viola, etc.- surgió *El Español* fundado por Benito Hortelano<sup>61</sup>.

*El Español* es, por ende, el decano y punto de partida de la prensa hispana en el Río de la Plata y debemos respetar en Hortelano, como apuntamos al iniciar el capítulo, al promotor de la misma con una «actuación periodística» -copio palabras de Galván Moreno- «de las más destacadas de esta época»<sup>62</sup>.

Según dejamos dicho, más aficionado a la buena tipografía, a los libros y a la pulcritud editorial que al dicitario panfletario, en un momento de enconada lucha, en que las hojas nacían y morían con rara violencia, conviene inscribir algunas otras publicaciones de Hortelano más en consonancia con su espíritu apaciguador y erudito. Así, por ejemplo:

*El Catálogo Comercial y Guía de la Ciudad de Buenos Aires*, aparecido en 1850 o *La Ilustración Argentina* (diciembre de 1853 a abril de 1854) de carácter literario-documental, en la cual Mitre publicó sus *Viajes y descubrimientos*, y que, en su segunda época de 1856, dio cabida a las firmas de Mármol, del propio Mitre y de Juan María Gutiérrez.

-67-

Por último, *La España*, nuevo grito de combate para defender a la península isabelina en su aventura de 1866 contra el Pacífico, sostuvo violentos altercados con *La Tribuna*, *El Nacional*, etc.

Gresca impresa sin mayores consecuencias, pone término a la acción de Hortelano, puesto que, desde este momento, perdemos su rastro periodístico e, inclusive, su presencia como librero y editor en Buenos Aires.

La colectividad más numerosa, como sabemos, a partir del sesenta se manifestó por otros órganos; recordaremos: *El Eco Español* (2 de febrero-30 de noviembre de 1861), el curioso papel titulado -con un cariñoso argentinismo hoy corriente- *El Gaita* (junio de 1861) de vida efímera, el cual «aboga por las instituciones liberales y la armonía hispanoamericana»<sup>63</sup> y, por último, en 1865, *La Razón Española*, germen de una nueva etapa en este periodismo hispanoargentino.

Hasta la aparición de *El Correo Español* no encontraremos ninguna manifestación de importancia en los años que corren de 1865 a 1872.

La dramática historia de *El Correo Español*, la calidad de los hombres que tuvo en su dirección y redacción, la fuerza con que, en algunos momentos, tomó parte en la vida argentina y, desde el Plata, en los acontecimientos de España merece que le dediquemos algún espacio en este capítulo.

Isabel II cayó destronada por la revolución de setiembre de 1868 -*la gloriosa*-; un instante, un momento nada más, se tuvo la sensación muy castiza de que «empezaba una nueva era», pero, casi enseguida, las fracciones políticas rompieron la unidad inicial, y -68- se perdió entre discursos, agitaciones, revueltas y conatos todo el beneficio revolucionario. Un federalismo incipiente, mal fraguado y peor entendido, lanzó a las provincias en un torbellino de pequeños pronunciamientos sofocados a duras y terribles penas por la Junta Central Revolucionaria. Málaga, la *República Malagueña*, soportó la más sajante de estas represiones. Dirigía la *revuelta republicana* un joven sacerdote, orador impetuoso y liberal formidable, el cual se había atrevido a lanzar desde el púlpito -a pesar de la vigilancia de los tiempos de Narváez- un sermón tremebundo en unas honras fúnebres al general Torrijos, fusilado por la reacción fernandina en Málaga, el año 1831.

Se llamaba el tonsurado Enrique Romero Jiménez -el «cura Romero» como exigió ser nombrado después de 1868, pues «en un régimen democrático e igualitario, debían desaparecer las jerarquías y dignidades, aun las de sacristía»- y levantó a sus paisanos en la romántica cruzada de la *República Malagueña* con una arenga elogiada, a su hora, nada menos que por Castelar.

Caballero de Rodas sofocó la intentona y entró a sangre y fuego por el Perchel el 2 de enero de 1869; el 11 de febrero el «cura Romero» era sentenciado a la pena de muerte. Amigos, cofrades entusiastas de su elocuencia consiguieron librarlo de la prisión, y de paisano (nunca más volvería a vestir la sotana) embarcarlo en una ballenera la cual, sorteando mil peligros, pudo dejarlo sano y salvo en Gibraltar. De ahí pasó a Lisboa y de ésta a Burdeos, y aun hizo alguna nueva tentativa federal en compañía de José Paul y Angulo -de quien pronto nos volveremos a ocupar- dentro de la península.

Muerta la madre, don José Mascías, comerciante de Buenos Aires, español y a la sazón en Burdeos, le aconsejó la prueba de América. No resistió la tentación -69- el espíritu aventurero de Romero Jiménez, y a Buenos Aires llegó en mayo de 1872.

Languidecía, entonces, un periódico que ya hemos nombrado: *La Razón española*. Romero, sin recursos casi, con una teoría romántica e improvisada del periodismo, tomó aquellas menguadas fuerzas para lanzar, el 29 de julio de 1872, su *Correo Español*.

Fue, como los del tiempo, un diario quemante, belicoso y admirablemente bien escrito. Romero Jiménez tuvo, en esta hora rioplatense de su vida, tres pasiones de cuño ideal: su mujer, el general Mitre y España, y de las tres dejó en el periódico y en la vida señales candentes.

El idilio esproncediano con la primera merece dos palabras: Eloísa González, hija de un coronel de la guardia civil, sevillana y ciega de nacimiento, había sido un ideal platónico de Romero Jiménez en sus tiempos de clérigo revolucionario; cuando se creyó asentado en Buenos Aires, arriesgando vida y dinero, volvió a España para buscarlo. Burlando la vigilancia paterna, gracias a las artimañas de un chulango madrileño tuerto y avisado, casó con Eloísa; a los dos meses de la boda, realizada en Gibraltar, regresaba a Buenos Aires. Eloísa, muy inteligente, discreta, con esa tierna resignación que suele, por divino milagro, otorgar la ceguera puso en la vida del fogoso periodista decoro y armonía, y le dio una hija nacida en las trágicas circunstancias que pronto veremos.

Por Mitre empeñó su diario, sus recursos y hasta casi la vida. Jiménez puso al trabarse con las cosas argentinas, el mismo ardor, la misma fogosa elocuencia que había puesto durante sus juveniles empresas malagueñas. Volcado a la campana mitrista, el desastre de La Verde y la fracasada conspiración Bockar dismantelaron el periódico, y Romero, con un grupo de -70- adictos, hubo de escapar a Montevideo para volver, después de la conciliación famosa de Avellaneda, a reanudar la brega desde el reabierto *Correo Español*.

Incontables son las lanzas que rompió por España. Sin espacio para enumerarlas sólo una de ellas nos interesa aquí: la que blandió sin tregua contra los hispanófobos recalcitrantes que aún pululaban por la década de 1870 a 1880. En este sentido, no hubo español que no recordara por mucho tiempo el ardor con que Romero supo defenderlos y la violencia puesta por el caballero malagueño en algunas causas a su hora célebres; por ejemplo, la defensa de Josefa Zuquílvide, una muchachita vasca injustamente acusada por robo de alhajas, o la campaña, por momentos violentísima, abogando la edificación definitiva del Hospital Español.

Tenía en la redacción españoles muy pronto fundidos a nuestro medio. Véase cómo se expresaba Modesto Rodríguez Freire, uno de sus miembros de la primera hora, cincuenta años después en el número homenaje que *El Diario Español* dedicó al *Correo* el 29 de julio de 1922: «... lo digo con toda mi alma, ungida de fe y de españolismo y también de argentinismo puro, alto y sincero, bien y abundantemente comprobado en los casi cincuenta años<sup>64</sup> que llevo de residencia en este país querido y apreciado, donde me extendí en hijos y nietos y donde en comunión de confraternidades que hoy ven surgir poderosas lo mismo aprendí a jugar al mus que al truco, vestir guante y frac

elegante, de irreprochable corte, que ponerme la bombacha campesina, usar la alpargata, tomar la manquera de un arado... y hacerme gente».

O Don Casimiro Prieto Valdés, a quien ya conocimos en nuestro capítulo anterior por su discutido -71- a propósito *El sombrero de don Adolfo*, que le dio pie para un periódico satírico en el mismo año (1875) y con idéntico nombre cuyo subtítulo rezaba: «Semanario impolítico de caricaturas. Se admiten desaffos a \$100 el cubierto. Se dan palos, pero no se reciben»<sup>65</sup>. Hombre culto, humorista fino, con ese humorismo catalán melancólico y retozón, había nacido en Reus el 27 de octubre de 1847. Llamado por sus tíos a Buenos Aires para hacer de él un grande y maduro escribano, se dio desde su arribo, en 1867, a la brega periodística con una gracia y valor inextinguibles. De la revista *España* en donde hizo sus primeros ensayos pasó a *La Nación Argentina* y cuando, en 1870, Mitre fundó *La Nación* incorporó a ella una variada sección de anécdotas, cuentos, epigramas, etc., en la cual Prieto popularizó el célebre seudónimo de «Aben Xoar». Desde ese momento, en *El Correo Español* de Romero Jiménez, en el *Antón Perulero* de nuestro conocido Martínez Villergas, en *La Nación*, como hemos dicho, su ingenio agudísimo dio para las notas más curiosas y entretenidas<sup>66</sup>.

Mas no se limitó a este chisporroteo satírico la obra periodística de Prieto Valdés: en su rinconcito de *La Nación* dio cabida a los primeros versos de Gervasio Méndez, de Martín Coronado, de Rafael Obligado, y, en 1877, editó por primera vez su luego difundido -72- *Almanaque Sud Americano* que alcanzó veintiséis años de vida, comúnmente llamado el *Almanaque Prieto*, donde alternaron las firmas de Campoamor, Núñez de Arce, Castelar, la Pardo Bazán a la par de las de Mitre, Obligado, Cané, Andrade, Oyuela, etc. Cincuenta y nueve años de vida y treinta y nueve de América tenía Prieto Valdés al morir, en Buenos Aires, el 11 de marzo de 1906.

La tercera gran figura de la redacción de *El Correo Español* era don Justo S. López de Gomara, pero don Justo merece entrar en estas páginas con todo el vigor que su notable personalidad reclama.

Ya dije que en una de sus últimas tentativas políticas españolas, Romero había andado en aventuras con José Paúl y Angulo.

Era éste un liberal intransigente, verboso, altanero y valiente como buen jerezano. Crudo, picado de viruelas, con antiparras azules, dado a veces a la bebida, Galdós en su *España trágica*<sup>67</sup> lo retrata con carbón indeleble. Amigo del general Prim, quien lo sentaba a su mesa, sostenía el jerezano con marchosería andaluza que él *había hecho* la revolución de setiembre. Esta idea concluyó por enloquecerlo y durante la agitación federal de fines del 68 y albos del 69, Prim se vio obligado a desterrarlo. Errante anduvo por Lisboa, Londres y París concibiendo los planes más descabellados, tiempo en el que conoció fugazmente a Romero Jiménez. Volvió a España en el setenta y en aquel año terrible se dedicó al ataque contra Prim, su antiguo camarada, desde *El Combate*, periódico de una violencia rayana en el delirio, que noche tras noche era asaltado por los de «la porra», fracción monárquica -73- amadeísta dirigida por Felipe Ducazcal -el famoso empresario de teatros y periodista, redactor de *La Iberia*-, y a quien Paúl hirió en un duelo a pistola. Importa este último antecedente.

Galdós, al ingerirlo en el plan novelesco de *España trágica*, señala muy bien la brutalidad, intemperancia, arrebatos sádicos del jerezano -temible tirador- cuando

llevaba encima unas copas de más o lo absorbía una discusión sobre cualquier asunto, y la bondad, diligencia, eficacia, dulzura en cuanto se cruzaba con una situación apremiante o humanamente dolorosa. El valor, el arrojo, el brío caballerescos lo conmovían y ablandaban al punto de resignar todo su empaque y endemoniada arrogancia.

Confirmada la candidatura de don Amadeo para rey de España, Paúl y Angulo cerró *El Combate*, no sin antes disparar una última andanada furibunda contra Prim y el amadeísmo, para entrar directamente a conspirar. Los acontecimientos, como es sabido, se precipitaron vertiginosamente: don Juan Prim fue asesinado y moría la noche del 30 de diciembre de 1870, el mismo día en que ponía pie en Cartagena Amadeo I; éste abdicaba en febrero de 1873; la primera República vivió su angustiada agonía de año y medio, y el 29 de diciembre de 1874 (habían pasado cuatro años exactos de la muerte del general que derrocó a Isabel II) se restauraba la monarquía borbónica con Alfonso XII.

Todo el liberalismo -a pesar de la cauta prudencia de don Alfonso- debió buscar asilo en el extranjero. Para América embarcó, entre muchos otros, Paúl y Angulo; anduvo deambulando por el Pacífico, Uruguay y la Argentina; al fin, a Buenos Aires llegaba, por segunda vez, en los comienzos de 1880.

*El Correo Español*, a pesar de sus altibajos económicos y políticos, lucía con orgullo sus ocho años de -74- vida; hasta ese momento había sido la hoja española de más larga duración en el país. El encuentro de los dos viejos camaradas septembrinos fue cordial. Cuando al concluir la presidencia de Avellaneda estalló la revolución de junio del ochenta, ambos colaboraron en la organización de la Cruz Roja e, inclusive, Romero ofreció a Paúl la casa e imprenta del diario para hospital de sangre. ¡Fácil es imaginar, dentro de esta tarea auxiliar, cómo herviría el pecho de los empecinados revolucionarios al ver rebullir en los cachorros la sangre del viejo león!

La amistad, posible entre ambos, no duró mucho; por la conocida violencia de Paúl. Éste se había propuesto competir con el *Correo*, y en una ruidosa asamblea llevada a término en cierto local llamado «El Coliseo» había fundado *La España Moderna*. Pasada la tregua impuesta por los sucesos del ochenta, los dos periódicos, hasta ese momento chocados con ligeras escaramuzas, se enardecieron en brava polémica relativa a ciertos problemas concernientes al recién inaugurado Hospital Español. El 11 de agosto de 1880 por la noche se encontraron Paúl y Romero en la sala de lectura del *Centro Gallego*. A propósito de un suelto aparecido en el *Correo*, el jerezano interpeló duramente a Romero e intentó escupirle. El duelo quedó concertado esa misma noche a pistola -arma elegida por Romero Jiménez- y a muerte. Los contendores se enfrentaron, en Montevideo, el 13 de agosto por la tarde. Al segundo disparo, Romero -sin caer- confesó estar herido seriamente en el pecho. Paúl, rasgo muy de su temperamento, arrojó al suelo, maldiciendo, la pistola homicida.

Romero encargó a uno de sus testigos, joven madrileño, recién llegado al país -Justo Sanjurjo López de Gomara- que con Rodríguez Freire sostuvieran *El -75- Correo* hasta quemar la última tabla de la imprenta. Una semana sobrevivió al lance el fogoso malagueño. Dramática coincidencia: el 20 de agosto nacía en Buenos Aires su única hija -la angustia de aquellas últimas horas era para Jiménez el que tuviera vista, como, felizmente, así fue- y el 22 moría en Montevideo. Tanto se había adueñado Romero

Jiménez del alma argentina con la arrogancia de su diario, la nobleza de sus campañas y el arranque de su pluma que, cuenta la historia, hasta el entierro de Mitre no se vio en Buenos Aires muchedumbre y duelo popular como el que acompañó a Enrique Romero Jiménez al ser trasladado al panteón de Socorros Mutuos el 24 de agosto de 1880.

Una verdadera furia se desató contra Paúl y Angulo. Gomara -que entonces no había cumplido veintidós años- tomó valientemente la dirección de *El Correo Español* y firmó el mismo veinticuatro un editorial violentísimo titulado «¡Asesino!». Fue la señal del ataque; sobre Paúl cayeron los dicterios más tremendos. Aprovechando el misterio que siempre rodeó al atentado contra el general Prim, y conociendo sus andanzas por aquella hora, incluso se le imputó una participación directa en el mismo. El jerezano se defendió «contra todos y contra su propia conciencia -lo digo usando palabras del mismo Gomara- durante cuatro meses; probando realmente un carácter de luchador de temple excepcional, víctima de sus propios impulsos, lo que hace más evidente la crueldad de sus luchas y sufrimientos al sucumbir vencido»<sup>68</sup>. En efecto, Paúl y -76- Angulo capituló en *El Nacional* con un artículo titulado: «No puedo más» y se entregó, mediante uno de sus arrestos sentimentales, a los hombres de *El Correo Español*.

Lo que era ya sombra de Paúl y Angulo, en otro mundo y en otra época, se iba atenuando y borrando con el andar de la historia. Murió oscuramente un día sin nombre de 1892.

Entretanto quien imponía su prestigio, hidalguía, temple, en la colectividad, era López de Gomara. Casado, en Buenos Aires, a los veintidós años con doña Mercedes Lugones -don Justo había nacido, en Madrid, el 6 de mayo de 1859- la presidencia del General Roca le dio cargos de importancia, y hombre claro, activo, de un singular don de gentes llegó a ser figura principalísima, no sólo en la colonia, sino en el país por su capacidad, simpatía y posición económica.

Sobrevino, entonces, la crisis y revolución del noventa. Gomara se sumó a los ardorosos muchachos de la «boina blanca» y de estas andanzas, con su corolario de caída financiera, persecuciones y desorientación, sacó Gomara la zozobra de *El Correo Español* que entregó a don Rafael Calzada, la pérdida de su fortuna, el quebrantamiento de la salud, y, como una especie de alegato simbólico de aquellos días de julio, su breve pieza *Valor Cívico* publicada el mismo año 90 en las claudicantes prensas de *El Correo* a poco de su estreno en el viejo Goldoni<sup>69</sup>.

-77-

Buscando salud y reposo marchó con los suyos a Mendoza por el año 1894. Bastará una simple enumeración de lo que hizo en la hermosa provincia cuyana para comprender la significación del aporte que López de Gomara trajo a la cultura argentina. Desde *El Porvenir*, periódico que contribuyó a fundar, sostuvo la candidatura de Emilio Civit, que fuera muy pronto una de las gestiones más dinámicas de la provincia; se lanza al cultivo de la vid y a la fabricación del vino como precursor de la hoy formidable industria; establece y dirige «El Ateneo», e imitando a los viejos de su estirpe, funda, el 31 de mayo de 1896, la villa Nueva de Guaymallén, ahora una de las más ricas, bonitas y floridas de esa verde y engalanada tierra que es Mendoza; le da su Banco Agrícola; el Instituto Agronómico; los talleres Municipales de cerámica y tejidos. Es, a la par, funcionario como síndico del Banco de la Provincia, colono,

industrial, periodista, historiador -ha escrito, entre otros muchos, un drama, *Curupaity*, en 1892, y otro, *Savonarola*, en 1901- y, por último, poeta y amigo indiscutido.

Esta tensión de trabajo, que hubiera hecho de Mendoza su rincón definitivo, fue cortada repentinamente, en 1902, por la muerte de su hija mayor: Mercedes. No pudo soportar el descalabro. Era así, impertérrito y frío para la lucha pública; tierno, delicado y de sensibilidad exquisita para los dolores íntimos. Fue lo irreparable. Abandonó cuanto tenía, y volvió a Buenos Aires ese mismo año.

En *El Diario* de don Manuel Láinez, ese glorioso refugio de todos los poetas, periodistas, dibujantes y hombres de talento de fines y comienzos de siglo, encontré Gomara un amparo. La noche sobre las mesas -78- iluminadas con lámparas de pantalla verde, el olor fresco de la tinta de imprenta, el suelto apremiante, la noticia inminente, el olfateo lejano de la posible y ardiente polémica eran la morfina de Gomara; su paraíso; su razón de ser. No en vano, periodista de raza, se había hecho en horas de angustia y de combate.

*El Diario* lo galvanizó nuevamente. En 1903, fundaba *Páginas de España* y, en 1904, retornando los moldes de su viejo *Correo* -mantenido a duras penas y con grandes angustias económicas por Calzada o por Fernando López Benedito, otro benemérito del periodismo hispano entre nosotros<sup>70</sup>- lanzaba *El Diario Español* que habría de sobrevivirle.

Vano y prolijo resultaría ahora enumerar los actos de arrojo, el denuedo, la honradez verdaderamente espartana con que don Justo mantuvo sus principios desde las columnas, ya pobres ya ricos, según soplaran los vientos nacionales o peninsulares, de *El Diario Español*. En el citado número -homenaje de mayo de 1933- hay abundante material que así lo acredita, y hay un artículo -firmado por anónimo J. C.- cuyo título es: «Algunos aspectos y anécdotas de la vida de Gomara» en que ese menudo anecdotario del vivir cotidiano y personal perfilan con nitidez un carácter muy entero, muy sensible, muy hondo y muy español.

-79-

Manolo Carlés -a quien Gomara llamaba *el indio*- decía de éste que el gallego Gomara era más «criollo que el zapallo amargo»; el Congreso de 1913 -idea de don Justo con el objeto de confederar los cientos de mutualidades españolas del país; ingenua y lírica tentativa para cuajar una idea absolutamente necesaria pero incomprensible al «regionalismo» hispano- proponía, en su sesión del 8 de mayo, «Que *El Diario Español* de Buenos Aires es el órgano oficial de la colectividad en la República Argentina. Que su Director, el señor Justo López de Gomara, por sus levantadas propagandas por y para España y por la unión y prosperidad de sus hijos de América, es buen benemérito patriota, muy merecedor de una alta distinción: del gobierno español». Gomara sólo consintió en que se aprobara la primera parte de la propuesta; esto es, la declaración oficial de su *Diario* como órgano de los españoles en la Argentina.

Murió don Justo Sanjurjo López de Gomara el 11 de agosto de 1923. *El Diario Español*, convertido en Sociedad Anónima y administrado por sus cuatro hijos argentinos: Justo, Eugenio, Augusto y Ricardo, continuó dirigido por otro argentino,

don Casimiro Prieto Costa, hijo de nuestro ya conocido Prieto Valdés. Medio siglo después entraba casi en el patrimonio intelectual de la Argentina aquella lejana fundación romántica de Romero Jiménez.

Y con altibajos económicos, hijos de otra época convulsa, desapareció de la prensa porteña en el mes de julio de mil novecientos cuarenta y siete. Había vivido setenta y cinco años exactos, menos un día, a la par de nuestro periodismo aquel viejo papel tan noble, tan desinteresado, tan español y tan criollo al mismo tiempo.

Salvo tentativas parciales, revistas de entidades, órganos esporádicos, ninguna de las publicaciones de la -80- colectividad ha tenido, ni creo pueda ya tener, la indudable gravitación que sobre una época de nuestra vida pública ejerció *El Diario Español*.

Y es razonable que así sea: mientras el periódico nacional no llegó a madurez y apogeo, cada publicación atendía a los intereses de un grupo, y salía más como pieza de propaganda, como ariete de combate que como medio de información. Cuando la estabilización social, política y, sobre todo, económica de comienzos de siglo fortaleció a nuestras grandes empresas, cuando las pasiones decrecieron a medida que se imponía un sentido mercantil, informativo y propagandístico del periodismo, los grandes diarios absorbieron a todos los otros. Éstos no podían luchar por falta de recursos con la potencialidad informativa, el plantel de colaboraciones y el torrente de avisadores de los de mayor volumen. Permanecen sí las hojas publicadas en lenguas extranjeras porque sus colectividades, cada día más numerosas, gustan leer en el propio idioma, cuando no son adquiridas por el *snob* -ayer, francés; hoy, inglés- tan ingenuo como para suponer que eso da tono, pero el diario «en español» sufrió, como era inevitable, una competencia absorbente y, a la postre, aniquiladora.

Mas en la historia de nuestra cultura, sería torpe ingratitud negar su influjo en un momento decisivo. En la hora de nuestra organización nos enseñaron cómo se hacía ese periodismo urgente, del minuto, corrosivo, que mueve las pasiones, enardece los ánimos y deja roncha urticante; formaron discípulos en esta pedana democrática del siglo XIX que si, libre, acarrea muchos trastornos; aherrrojada, deprime los ánimos y corroe los temples; nos dieron el tono de la burla, la fuerza del grito, la certitud del impacto como la gracia del donaire o la sensatez del editorial, y ellos, que venían de ese desgarrado siglo español de las luchas civiles, -81- la vida en el potro y el alerta continuo, se sumaron a nuestra historia con su capacidad de combate, su experiencia dramática y su verbo elocuente.

Y hombres de España, fueron -en su momento- hombres de la Argentina como maestros o como soldados<sup>71</sup>.

## Capítulo sexto

### El desarrollo del espíritu social

También lo fueron como hombres de pensamiento cristiano y de generosa solidaridad humana.

Las dos ramas de la primera *Sala Española de Comercio*, estudiada en el capítulo inicial, nacieron con buen signo y se desarrollaron con robusta naturaleza. Para el alma y el cuerpo fueron, respectivamente, el *Club Español*, así denominado desde el 8 de diciembre de 1872, y la *Sociedad Española de Beneficencia*, nombre con el que se la consagra el 18 de noviembre de 1857 al tomar el cargo de su organización definitiva el entonces Vicecónsul de España, don Vicente Casares y Murrieta. Para el alma, ya que el *Club* atendía principalmente a la comunidad social, espiritual y cultural del español en Buenos Aires, así como la función primera y más importante de la *Beneficencia* fue la fundación de un Hospital destinado al inmigrante sin recursos. El espíritu de comunión, de apoyo mutuo adquiriría en la colectividad, pese a desavenencias y recelos momentáneos, si bien algunos muy violentos, un tono de profunda y hermosa solidaridad.

Toda entidad corporativa pareciera adquirir significado -83- y trascendencia cuando conquista su casa propia. Es el signo que le da personalidad y decoro; por eso -previo a un ligero análisis de la función de ambas entidades- será bueno detallar la historia de sus domicilios: *El Casino Español*, ya lo sabemos, ocupó un inmueble, hacia 1866, en la calle Victoria entre las de Piedras y Chacabuco, barrio, como veremos en el próximo capítulo, característico del comercio y la industria hispánicos en nuestra Capital, para trasladarse, el 7 de marzo de 1873, una vez constituido como Club, a la calle Perú 83. Luego de un rápido retorno a la calle Victoria, en 1878, durante la presidencia de don Rafael Calzada (1886-1891) -prohombre ilustre de la colonia y de quien será urgente volver a ocuparse- el Club se instaló en un elegante y lujoso local sobre la misma calle Victoria el 28 de octubre de 1887, para radicarse definitivamente, el 2 de mayo de 1895, en el palacio de don Manuel Durán, calle Piedad (hoy Bartolomé Mitre) esquina Artes. En estos dos últimos inmuebles conoció el Club horas doradas inolvidables en ese fin de siglo armonioso y solemne de la Regencia española que habría de concluir con la agria estridencia de Cuba. Enseguida volveremos sobre ello.

Desde 1867 hasta 1869 la *Sociedad de Beneficencia* llevó una vida precaria, -«tan silenciosa -dice una crónica- que por momentos parece no existir». A partir de 1870, en cambio, su movimiento se acelera y su acción específica comienza a ser fecunda: adquirido un magnífico solar en las esquinas de las calles Belgrano y Rioja, se colocó la piedra fundadora del futuro Hospital el 30 de junio de 1872. Tras no pocas luchas, incomprensiones y enconos; tras la ardorosa campaña de Romero Jiménez en el *Correo*, según vimos en el capítulo anterior; tras el recaudo de no pocas donaciones de argentinos y españoles, el Hospital se inauguraba para la -84- festividad de la Inmaculada, el 8 de diciembre de 1877, siendo padrinos don Martín Berraondo y doña Josefa de Udaeta. Con cincuenta camas fueron ya atendidos 378 enfermos durante el primer año de funcionamiento (1878) del flamante local.

Esta es la síntesis *material* de las dos fundaciones españolas más importantes de Buenos Aires hasta finalizar el siglo XIX y primera década del XX.

Digamos ahora dos palabras acerca de su vida espiritual en lo que atañe a su reflejo sobre la vida argentina.

La *Sociedad Española de Beneficencia* ha ejercido un ponderado y noble influjo filantrópico no sólo sobre la colectividad sino sobre la población de Buenos Aires. El cuerpo médico estuvo siempre formado por argentinos y españoles, y algunos servicios

-como los famosos de cirugía de Avelino Gutiérrez- llegaron a ser ejemplares en el país y, casi, en el mundo. Muchos inmigrantes y muchos compatriotas ya ancianos recordarán con gratitud la casa de la calle Belgrano, la de las alegres torres moras blancas y verdes, como recordarán aquella venerable institución de la Hermana Josefina -Jefa de las Hermanas de Caridad administradoras del instituto- la que durante largos e ininterrumpidos cuarenta y cinco años puso su caridad cristiana, su inteligencia lúcida, inagotable bondad y tierna diligencia al servicio cordial de los enfermos.

Sobre un fragmento de roca de la Cueva de Covadonga, traído por los esposos Saralegui, se construye el hospital anexo de Témperley sobre siete manzanas de terreno donadas en el partido de Lomas de Zamora por aquel gran español que fue don Elías Romero -fundador de una de las tiendas más sólidas, elegantes y responsables de Buenos Aires- quien dispuso para tal efecto un viejo ofrecimiento hecho a la *Beneficencia*.

-85-

La piedra fundamental se colocó en 1908 y la inauguración del nuevo anexo se hizo el 9 de noviembre de 1913. Hospital para enfermos crónicos y ancianos sin familia, tanto españoles como argentinos, cuyo crecimiento paulatino se va haciendo en la medida del progreso económico de la Sociedad.

Si la fría enumeración estadística puede ser un dato comprobatorio del nivel alcanzado por un organismo, daremos -ya que en el caso del Hospital Español no hay otra forma de acreditar sus merecimientos- algunas cifras esenciales del ejercicio de 1951:

5369 enfermos internados en el local central de Buenos Aires;

271 enfermos permanentes en Témperley;

3333 internados gratuitamente y

2036 como pensionistas de Socorros Mutuos;

411057 consultas y curaciones en los consultorios externos;

327521 fórmulas despachó la farmacia.

De los 5369 enfermos internos, 3136 fueron españoles; 2128, argentinos; y 105, de otras nacionalidades.

Al cabo de cien años de vida, la fuerza probatoria y elocuente de los guarismos es superior a cualquier otro comentario.

Concretemos, ahora, algunos episodios del *Club Español* que bien merecen no pasar inadvertidos en el curso de esta breve historia.

En 1892, durante la presidencia de don Pedro Costa Torres, tuvieron lugar las solemnes fiestas celebratorias del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Nuestro país pasaba, entonces, la primera magistratura a don Luis Sáenz Peña, quien se hacía cargo del gobierno precisamente el 12 de octubre de ese año recibéndolo de don Carlos Pellegrini, en momentos muy -86- vidriosos para la tranquilidad pública, consecuencia aún de la crisis y revolución del 90. Su participación, por lo mismo, en el gran acontecimiento no fue muy lucida. Se sumó, todavía, un hecho accidental y desdichado: un convoy de la armada argentina compuesto por varias unidades iba a saludar al pabellón español como homenaje a la patria descubridora. Sin que nunca se aclararan las causas, naufragó el torpedero «Rosales», lo que causó un sensible claro en la armada nacional. El movimiento producido en el país con tal motivo fue recogido por el *Club* al iniciar una suscripción con el fin de adquirir un nuevo buque con destino a nuestra marina de guerra.

En ese plan de mutua colaboración, de acercamiento definitivo entre ambas patrias: fundadora y heredera cuadra, ahora, destacar un episodio que tuvo resonancia en el ambiente hispanoargentino de ese año neutro de 1900 que, según convenga, puede tomarse como el postrimero del siglo XIX o el augural de nuestra centuria. El caso del Himno Nacional Argentino.

Cinco años antes, durante las fiestas mayas de 1895, en el teatro Goldoni de la plaza Lorea (el hoy Liceo) se había producido un tumulto de inusitadas proporciones. He aquí cómo inicia la anécdota Viale Paz: «Murmurábase que, al cantarse el Himno, la compañía de Clotilde Perales, formada en su mayoría por españoles, entonaría solamente la última estrofa, por cuanto se consideraba que la frase *a sus plantas rendido un león* era afrentosa para su nacionalidad»<sup>72</sup>, y cómo la continúa Taullard: «... la Perales en vez de presentarse en escena a cantar el Himno como era de práctica -87- trajeada de blanco y celeste, vistió de seda amarilla con adornos punzó y una gran cinta negra cruzada al pecho... empezó el Himno, pero no por el principio sino por el fin, por la última estrofa. ¡Esa no! ¡Que cante la primera! -vociferaba una parte del público (los criollos). ¡Que la cante! ¡Que siga! -gritaban los del bando contrario. La Perales, como si tal cosa, siguió no ya cantando, sino chillando, con el rostro congestionado, hecha una furia... pero el colmo fue cuando, cambiando la letra del verso, dijo:

Y a sus plantas rendido «un ratón».

¡Aquello fue un infierno! El «paraíso» y la platea divididos en dos bandos, como en tiempos de godos y criollos, convirtieron la sala en un verdadero campo de Agramante... La Perales abandonó precipitadamente la escena, arrojando la bandera argentina que tenía en sus manos la que recogió al vuelo la tiple Lina Estévez, la única argentina que había en la compañía, quien cantó la estrofa, ella solita, como Dios manda»<sup>73</sup>.

Con todo, se sabía que el propio autor del Himno había manifestado a su hijo, el historiador Vicente Fidel, que aquellas estrofas «debían modificarse porque tuvieron un propósito cuya oportunidad había pasado». Y así fue cómo el propio Vicente Fidel López -muerto su hijo Lucio en las trágicas circunstancias conocidas, precursor de la noble idea- llevó de nuevo el proyecto ante el General Roca, en su segunda presidencia.

Éste -no en vano le llamaron *El zorro*- encontró una sagaz fórmula conciliatoria. Los considerandos del decreto, firmado en Acuerdo de Ministros el 30 de marzo de 1900, establecían que: «algunas frases del Himno Nacional... mortifican el patriotismo del pueblo español y no son compatibles con las relaciones internacionales de amistad, unión y concordia que hoy ligan a la Nación Argentina con España» y que: «si bien no puede modificarse el texto oficialmente consagrado por una sanción legislativa, entra en sus facultades determinar cuáles sean las estrofas del mismo Himno que deben cantarse en los actos oficiales y festividades nacionales».

Con todo el escollo residía en no suprimir ninguna estrofa y en no cantar el verso final de la primera octava -pues en su integridad no se cantaba casi nunca-. Roca obvió la dificultad ordenando que sólo se entonasen «en las fiestas oficiales o públicas, así como en los colegios y escuelas del Estado» los cuatro versos iniciales de la primera estrofa y los cuatro finales de la última, más el coro. Tan inteligente solución dejó a todos conformes.

El *Club Español*, que ese mismo año había retribuido -bajo las presidencias de don José Solá y don Luis Urrutia- las manifestaciones de afecto que nuestra fragata-escuela Sarmiento había provocado durante su visita a España con un banquete al entonces Intendente Municipal don Adolfo Bullrich, compartía, el 3 de junio, con la «Sociedad Española de Beneficencia», la «Asociación Española de Socorros Mutuos», la «Asociación Patriótica Española» y la «Cámara de Comercio Española», la colocación de una placa en la tumba del malogrado Lucio V. López como primer iniciador de tan feliz conquista, al propio tiempo que las sociedades mencionadas, tomando la representación de la colectividad, -89- entregaban al Presidente de la República, general Julio A. Roca, un pergamino recordatorio; esto último por iniciativa de la «Patriótica Española».

Durante las presidencias (1902 a 1904) de don Anselmo Villar y don Rafael Escriña, el *Club* siguió ligado al hacer de la vida pública nacional: obsequió a Augusto J. Coelho, iniciador y director-gerente del Banco Español del Río de la Plata, lo mismo que al ilustre don Francisco Cobos, miembro eminente de la colectividad a quien el propio *Club* nombró delegado ante el gobierno español para gestionar -ilusoria esperanza aún no realizada por desgracia- la erección de una Universidad hispanoamericana.

Y en el año 1905 ocupó por vez primera la Presidencia una figura que habría de ejercerla, con leves interregnos, casi por espacio de veinticinco años: Fermín F. Calzada. De cautivante simpatía, abogado ilustre, *club man* en el sentido más siglo decimonono y anglosajón del vocablo, Calzada era el hombre indicado para esa función entre mundana, académica y social que debía realizar un Casino con el prestigio que ya tenía, entre la sociedad porteña del novecientos, el *Club Español* de Buenos Aires. Cedió a veces el sitio a compatriotas conspicuos -don Ramiro Pico Bordoy, don Augusto Aranda- pero casi hasta su muerte, acaecida el 10 de septiembre de 1938, el *Club* y don Fermín estaban como identificados.

Lo conocí, avejentado, pero siempre fino y galante, hacia mediados de 1928 sin aquella barba renegrada y «de respeto» que luce en su retrato más conocido; era todo un mundo de añoranzas el que hablaba por aquel español tan conocedor de tiempos más brillantes.

Dos acontecimientos tuvieron lugar durante esta larga gestión de Calzada profundamente ligados al historial de nuestra patria: en el Club funcionó, luego de -90- una magna Asamblea allí reunida, la «Comisión Española del Centenario Argentino», «con el encargo de levantar un grandioso monumento que sea símbolo del inquebrantable afecto de la colectividad española hacia la nación Argentina». El Club contribuyó -en 1912- con diez mil pesos para el bellissimo símbolo que, inaugurado en 1916, se yergue hoy en el centro mismo de los jardines de Palermo. Pero el verdadero acontecimiento fue el solemne banquete del 27 de mayo de 1910 dado en los salones del Club a Su Alteza Real la Infanta doña Isabel de Borbón, Embajadora Extraordinaria, como sabemos, de Su Majestad Alfonso XIII, a las fiestas del primer centenario de la independencia argentina.

El gobierno español quiso sellar definitivamente el pacto de amistad con su hija del Plata, y el Rey envió nada menos que a una Infanta Real, su tía doña Isabel, mujer de extraordinario don democrático, simpática y popular, madrileña de alma como la madre, y que estaba, entonces, en el apogeo de su cautivante y zumbona malicia.

El banquete en el Club se recuerda como una de esas fiestas que hacen época en los anales de una sociedad. Quinientos comensales rodeaban la mesa aquella noche en que hacía oír aires de ambas tierras la orquesta de los hermanos catalanes Fontova, uno de los cuales, León, fundó el famoso Conservatorio donde se educaron tantos músicos argentinos, y murió siendo profesor de música del Colegio Nacional de Buenos Aires.

Entre los asistentes, como miembro de la *Sociedad Española de Socorros Mutuos* y antiguo socio del *Club* desde que se radicara en Buenos Aires, al dejar su cargo de médico de la «Transatlántica Española», estaba el doctor don Francisco Carisomo. ¡Cuántas veces le habré oído el relato de aquella noche! Era un placer verle, tan señor, tan atildado, tan reposado, tan gaditano, rememorar -91- con voz pastosa y cálida los detalles cautivantes, mientras, en gesto viejo y olvidado, atusaba como un hidalgo las guías del bigote opulento y cano.

En este mismo escritorio americano donde trabajo -que fue el de su consultorio- se guarda por una de sus gavetas un cigarro habano envuelto en cuidadoso papel de plata que él no quiso fumar -impenitente fumador como era- y conservó y legó como reliquia de aquella noche, memorable en la historia de las relaciones hispanoargentinas.

El otro gran acontecimiento fue la erección del elegantes edificio que hoy ocupa el *Club Español*. El terreno se compró en 1907 y, luego de realizado un concurso de planos, se encargó la dirección técnica de la obra al arquitecto Enrique Folkers. La piedra fundamental se colocó solemnemente el 27 de septiembre de 1908, actuando como padrinos el doctor Calzada y su esposa y consagrando el acto fray Marcolino Benavente, Obispo de Cuyo. El 8 de mayo de 1911 se inauguraba el edificio en privado, y, en público, con un gran banquete en el Salón de fiestas, el 24 de ese mismo mes como homenaje a la Comisión Directiva creadora de la anhelada casa, ofrecido por otro notable de la colectividad: Don Manuel Llamazares.

Desde entonces se haría monótona y repetida historia la actividad del *Club*: conciertos, conferencias, bailes, sesiones de cine, partidas de tresillo, de billar, de malilla, cenas, agasajos, despedidas... la vida.

El edificio, el palacio ahí está como ornato de una de las más hermosas avenidas de Buenos Aires y del mundo. ¡Cuántos al verle recordarán con melancolía un momento de emoción civil, una noche de regocijo artístico, unas horas felices, entre buenos amigos, luego de la diaria brega, o en el mentidero del bar o entre la carambola resonante o a la espera del «codillo» traicionero!, -92- ay, y cuantas madres, ¡abuelas ya!, recordarán a sus hijos, ¡a sus nietos!, al ver de lejos la cúpula rojiza y brillante que en el té íntimo del fastuoso «salón árabe» o en la vuelta del vals, cuando se mareaban las pinturas murales con la zambra gitana o la feria andaluza, nacía, ya remoto y nostálgico, el idilio fecundo. Que no es menos importante, en su quehacer de argentinidad, lo que el *Club* ha cumplido desde su tribuna o su gestión pública como lo que ofreció, para anudar sólidas familias cristianas e hispano-criollas, con la acción mundana de sus reuniones y saraos.

Una nueva fundación de la colectividad reclama ahora nuestra diligencia.

Durante los años 1896 y 1897, la colectividad española se conmovió frente a los primeros intentos separatistas de la isla de Cuba. Divididas las opiniones, como es natural, acuciados los separatistas por un tal Arístides Argüero -a lo que se supone enviado de los que llamaban *Filibusteros* cubanos- noche tras noche, luego de la lectura de los telegramas exhibidos en el vestíbulo del *Club Español* entre las once de la noche y las tres de la madrugada, cables que cedía *El Correo Español*, dirigido a la sazón por Fernando López Benedito, se armaban grescas descomunales traducidas en manifestaciones que alcanzaban a los cafés de la Avenida de Mayo y hacían irrupción, entre algarabía y bastonazos, por las salas de espectáculos.

En esta tensión de ánimos, un grupo de muchachos, inmigrantes muy jóvenes en su mayoría, «para contrarrestar los trabajos que llevan a efecto los *filibusteros* en Buenos Aires» fundaron el «Club Patriótico Español» hacia fines de 1895. Como este *Club* necesitaba un organismo y una idea, el 26 de enero de 1896, ocho sociedades españolas («Orfeón Asturiano»; «Submarino Peral»; «Círculo Valenciano»; «Estudiantina Fígaro»; «Orfeón -93- Gallego»; «Centro Asturiano»; «Centro de Viajantes»; «Orfeón») se reunieron en el auditorium del último círculo nombrado (la benemérita sociedad musical que tanto cultivó y divulgó este arte entre nosotros) bajo la presidencia provisional de don José Serantes. Éste fue, en realidad, el acto constitucional de la hoy *Asociación Patriótica Española*. Sus fines, no quedaban muy exactamente definidos, pero, esencialmente, su objeto primordial era buscar apoyo colectivo de la colonia aquí radicada para acudir en presto socorro de cualquier calamidad nacional que ocurriera en la patria lejana o en alivio de cualquiera desdicha que padeciera el connacional emigrado.

Tres días después, esto es el 29 de enero, en los salones del *Club Español* se organizaba la entonces llamada «Liga Patriótica Española», cuya primera Comisión Directiva, presidida honorariamente por el entonces Ministro Plenipotenciario de España don Juan Durán y Cuerbo, la constituyeron las siguientes figuras:

Presidente: Fernando López Benedito; Vicepresidente: Modesto Rodríguez Freire; Tesorero: Manuel Méndez de Andrés; Protesorero: Gonzalo Sáenz; Secretario: Rosendo Ballesteros de la Torre; Prosecretario rentado: Remigio Ochoa; Vocales: todos los presidentes de sociedades españolas y los directores de publicaciones españolas: Manuel Castro López, Rodrigo García Morán, Francisco Grandmontagne, Rafael Calzada, Juan B. Goñi, Manuel Durán, Juan J. Gutiérrez y Manuel C. Llamazares. Estos nombres

pueden constituir, históricamente, con muy pocos más, el *nomenclator* de lo más significativo en la colectividad española hacia fines del siglo XIX.

Una entusiasta asamblea llevada a cabo durante la tarde del 22 de marzo de 1896 en el Frontón abierto sobre -94- la Plaza Euskara del *Laurak-Bat*<sup>74</sup> aprobó los Estatutos, redactados por don Rafael Calzada, organizó la Comisión definitiva y aprobó, en fin, el nombre de *Asociación Patriótica Española* que aún hoy ostenta.

El 11 de abril del mismo año, la *Patriótica*, ahora presidida por don Gonzalo Segovia, conde de Casa Segovia, inició su primer acto de trascendencia: la suscripción nacional para la compra de un buque de guerra con destino a la marina española. No es del caso reseñar en este libro las dramáticas alternativas por las que pasó la patriótica cuanto costosa y atrevida iniciativa<sup>75</sup>. Hubo durante la difícil gestión dudas, recelos, escaramuzas, y, al mismo tiempo, actos de verdadero fervor como el del lechero famoso que empeñó toda su hacienda para llevar el producto a la suscripción abierta con la única condición de figurar en la misma sólo como: *un español*.

Entretanto la guerra parecía inminente. Estalló, por fin, en abril de 1898. El crucero -bautizado con el nombre de *Río de la Plata* -aún no había sido entregado. Una nueva Comisión de urgencia -que presidió don Ramón Sardá- inició la noche del 26 de abril de ese año, en los salones del *Club Español*, una «Suscripción Nacional» «para contribuir a la que ha encabezado en Madrid Su Majestad la Reina Regente y concurrir a ella con todos los fondos de reserva de que dispone la *Asociación Patriótica Española*»<sup>76</sup>.

Sólo en la noche memorable del 26 se recaudaron 375000 pesos moneda nacional e inmediatamente se -95- giraron a Madrid 3763443 francos a cuenta de la suscripción. Durante los meses aciagos de la cruenta cuanto inútil contienda «... la Patriótica acudía a cuantas partes era reclamado su auxilio. Tenía dispuesto el dinero para pagar el crucero *Río de la Plata*, enviaba millones a Madrid, socorría a las familias de los voluntarios que fueron a Cuba, se acude a las víctimas de las inundaciones de Valencia, como antes a las de las costas de Galicia, a la Cruz Roja Española, a la repatriación y a la ayuda de muchísimos compatriotas necesitados, a los prisioneros españoles de Filipinas, etc., etc.»<sup>77</sup>.

La *Asociación Patriótica* -y tiene el dato toda la elocuencia incontrastable de los números- había pagado, en diciembre de 1898, 3650000 francos por el barco de guerra y 30000 pesos oro con más 13815 pesos moneda nacional para cancelar la deuda de la *Suscripción Nacional*.

Esfuerzo bellísimo pero estéril; obra perdida. Un sutil malestar y un escepticismo demoledor cayeron sobre España y sus hijos que nunca habían soñado con derrumbe tan repentino. La firma del tratado de París (10 de diciembre de 1898) -la guerra había durado ocho meses escasos- se creyó era, también, el final de la *Patriótica*, como ya entonces comenzaba a llamársela; no se creía que, dado su objeto inicial, pudiera sobrevivir a la catástrofe.

Sin embargo, la misma generosidad de su encomienda; el beneficio positivo que, sin contar sus aportes para la guerra, había procurado a los humildes y necesitados de la colectividad hicieron que la «Asociación», pese al retiro de socios, a la inactividad de las juntas del interior, a disensiones y reproches, perdurara en su noble faena social, y en

cumplir -para aquellos hijos alejados -96- del terruño en azares de fortuna y aventura- el hermoso lema que campeaba y campea en su escudo: *Todo Por la Patria y para la Patria*.

Muchos son los actos que en estos años finales del siglo XIX y primeros del XX acreditan la obra hispanoargentina de la *Patriótica*: su papel descollante en el ya referido asunto del Himno Nacional; su contribución pecuniaria en las terribles inundaciones de los barrios bajos de Buenos Aires en el 1900; la expedición organizada, con el aporte de españoles y miembros del ejército argentino, para rescatar al caballero español Enrique de Ibarreta, capturado por los indios del Chaco, sin contar su infatigable actividad filantrópica, cultural y social<sup>78</sup>.

Durante la gestión presidencial de Don Antonio Arienzo y Medrano -a quien ya conocemos desde el capítulo cuarto- la *Patriótica* realizó tres actos significativos en las relaciones culturales hispanoargentinas: la fundación de la revista *España* (salió el primer número el 1.º de julio de 1903), excelente periódico mensual donde colaboraron muchas firmas ilustres de ambas patrias, dio a conocer a quienes fueron, luego, notables escritores y ha continuado siendo, sólo con muy breves interrupciones, un dignísimo vocero literario con el nuevo título de *Hispania*, que tomó desde 1911, bajo la dirección del profesor Martín Dedeu, hasta el mes de diciembre de 1951, en el que suspendió temporariamente su aparición; en segundo lugar, la representación que de la *Patriótica* llevó a la península Francisco Grandmontagne para dar conferencias -publicadas, luego, en España- sobre las relaciones comerciales hispanoamericanas; y, por último, los Juegos Florales de 1904, ya estudiados en el capítulo tercero.

-97-

Desde 1905 hasta 1910, la *Asociación Patriótica Española* pasa por un período de postración del que se repone para los festejos del Centenario.

La *Patriótica Española*, en efecto, organiza la recepción de sus compatriotas a la Infanta en el puerto de Buenos Aires; prepara el gran desfile de la colectividad frente a su residencia de la Avenida Alvear del día 22 de mayo, y a la noche siguiente se multiplica para la fiesta magna del Teatro Avenida, que resultó una de las más brillantes en el concurso de todas aquellas ceremonias.

A fin de que la augusta visita no quedara sin un recuerdo tangible de aquellos agasajos, una Comisión especial compuesta por tres artistas españoles, Eduardo López Bago, Benito Roig Mallol y José Vila y Prades, prepararon un álbum artístico que, según noticias, figuró siempre con lugar preferente en la casa-museo de Su Alteza, en Madrid<sup>79</sup>.

Desde ese año -en que la inmigración española acrece solicitada por las halagüeñas perspectivas del país y la reafirmación de vínculos que había importado el Centenario- la *Asociación Patriótica*, no decae en su empeño de recibir, orientar y distribuir al compatriota recién llegado; en procurar, facilitar y coordinar su embarco, -98- su repatriación en los casos necesarios, su vinculación con la patria lejana, su atención filantrópica en los momentos de urgente necesidad.

Ya hemos dicho que el hecho social definitivo de cualquier entidad es su instalación en el edificio propio. El de la *Asociación Patriótica Española* contó con un antecedente ejemplar: la donación Casado.

Nuestro ya ilustre conocido y filántropo había enviado a Isaac Peral desde Rosario, el 14 de abril de 1889, «veinte mil libras esterlinas» para «fomentar el admirable invento debido a vuestro genio». Cuando por extrañas razones, aún no del todo aclaradas, Peral -el creador del primer sumergible- abandonó desengañado la prosecución de los trabajos, pese al éxito de las pruebas realizadas en diciembre de 1889, intentó devolver a don Carlos Casado la donación del mes de abril. Sin dar trascendencia al caso y exigiendo secreto, Casado del Alisal sólo consintió en recibir la mitad; reintegró la otra a Peral, como compensación a los desvelos y sufrimientos del heroico inventor de Cartagena.

Nueve años después se iniciaba en Buenos Aires la suscripción que ya conocemos con motivo de la guerra de Cuba. Casado del Alisal donó para el caso doscientas leguas cuadradas de sus campos en el Chaco Paraguayo. Por sugestión de Don Rafael Calzada, que había sido -como él mismo lo dice<sup>80</sup>- padrino de pila de la *Patriótica* y autor de sus Estatutos», cien de esas leguas se destinaron a la Asociación y otras cien a la armada española, por escritura pública pasada ante el escribano Carballada, y firmada el 3 de diciembre de 1898 en la propia casa de Casado del Alisal.

Un largo y enojoso pleito, absolutamente ajeno a la naturaleza y plan de nuestro libro, originó la «donación -99- Casado» -muerto ya éste seis meses después de haber firmado la generosa escritura- zanjado, al fin, sin ventilación judicial, por un acuerdo firmado entre el entonces Ministro de España, Don Pablo Soler y Guardiola y él, a la sazón, Presidente de la Asociación, don Félix Ortiz y San Pelayo, el 1.º de mayo de 1912<sup>81</sup>.

Con el producto de esa donación, en el solar de la calle Bernardo de Irigoyen 668 al 682, la *Patriótica* construyó, por fin, el hermoso edificio que aún hoy ocupa, en cuyo piso central instaló el Salón de Actos de amplia traza castiza, y en el cual habría de realizarse en el futuro toda una etapa intelectual y social de la vida española en la Argentina.

Bajo la presidencia de don Augusto Aranda se inauguró el inmueble el 8 de noviembre de 1916. Luego del discurso de don Augusto -otro de esos hombres preclaros de la colectividad tan sereno, tan señor y tan hidalgo que era una verdadera lección de cordura humana, de ejemplo noble y de dignidad severa tenerle por amigo- habló don Rafael Calzada para evocar la figura de Casado y como enviados rosarinos -la tierra adoptiva del gran palentino- hablaron nuestro dramaturgo y polígrafo David Peña y don Faustino Infante. Dos poetas radicados entre nosotros, que en nuestro país cumplieron toda su labor de bardos patriotas, Venancio Serrano Clavero y Julián de Charras, cerraron la serie de oraciones. Pocos años después un busto de Casado del Alisal, obra del escultor Blay, se colocaba en el vestíbulo inmediato al salón de actos.

Y en este local, por el largo espacio de treinta y cinco años, ha continuado la *Asociación Patriótica Española* ejercitando sus nobles fines de responder, cada vez que necesitó el concurso de sus hijos, al llamado de la -100- patria; de defender el honor de España y amparar a los que de ella llegaban; de fomentar la solidaridad

hispanoamericana como de prestigiar la influencia moral y espiritual de España en América vigilando la divulgación de conocimientos, la tarea educadora, el fomento del arte, las letras, la industria, la artesanía, y, en general, como reza el duodécimo punto de sus propósitos, empeñando sus fuerzas a fin de propender por todos los medios posibles al bienestar moral y material de los españoles en la República Argentina, teniendo por mira los intereses de España y la vinculación hispanoamericana.

No quedaría bien integrado el historial de esta benemérita *Asociación Patriótica* si no evocáramos a quien durante sus últimos veinticinco años fue su alma máter, su nervio y su motor: Gabriel Cano. Este dinámico muchacho, llegado de Almería para trabajar en el campo, pasa en él sus primeros años de Argentina hasta que, al lado de Ortiz y San Pelayo, llega a la gerencia de la *Patriótica*. Fue, desde entonces, un paño de lágrimas al que difícilmente recurrieron sus compatriotas sin encontrar consuelo: irradiando simpatía, con ímpetu y fuerzas de una juventud que en él parecía eterna, tenía amigos, camaradas por todos los rincones, y con igual diligencia, inteligencia y tacto organizaba un alto curso de cultura española como diligenciaba cariñoso el pasaje «de llamada» para la viejecita montañesa que venía a reunirse con los suyos. Espíritu fino, lúcido y de inacabable bondad fue Gabriel Cano -Canito como le decían- en este último cuarto de siglo de la vida de España en la Argentina un agente de enlace, de coordinación, de vibración insustituible. Una traidora dolencia -que confiado en su robusta e indómita naturaleza ni se ocupó de vigilar- nos lo llevó, aún no cumplido su medio siglo de vida, el 21 de agosto de 1952. La -101- *Patriótica*, la colectividad han perdido un hombre de esos que pocas veces se vuelven a encontrar.

Benemérita y de arraigada solidez la *Asociación Española de Socorros Mutuos* -la cuarta gran entidad de España en la Argentina- es, como organización mutualista, una de las primeras si no la primera fundada en nuestro país.

Don José María Buyo era uno de los tantos españoles que, hacia 1857, andaba en aventuras por tierras de América. Cuando la mutualidad era, aun en la misma Europa, casi una utopía, Buyo, venciendo dificultades verdaderamente tremendas, fundó la «Española de Socorros Mutuos» de Montevideo, y pasó, luego, a Santa Fe y Rosario para realizar la misma tarea.

Su idea, su prédica prendió en la tertulia que un grupo de españoles -la clásica peña- mantenía en la «tienda de campo» de don Manuel López Pazos en la calle Rivadavia entre las de Suipacha y Esmeralda. Sumando a los contertulios figuraba don Felipe Muñoz, a la sazón dependiente de la casa importadora del doctor Felipe Ochoa.

Influido Muñoz por Buyo, con quien se carteaba, acerca de los métodos *mutualistas* y sus ventajas lanzó la idea en la tertulia de López Pazos, y en natural lucha contra la indiferencia, el escepticismo y el medio logró mover la voluntad de don Vicente Casares. Casares, uno de los primeros vicecónsules honorarios de España en la Argentina después de la revolución de mayo, era un vizcaíno de Somorrostro llegado muy joven al país y dedicado al comercio de cabotaje. Era enérgico, tozudo y valiente. Por su empeño, el domingo 20 de diciembre de 1857 convocó, en un teatrillo llamado «El Porvenir», la primera asamblea la cual reunió apenas sesenta españoles; presidían Casares; el doctor Toribio Ayerza, médico y el farmacéutico, doctor Juan Arizabalo. La -102- sociedad quedó formada gracias al fogoso discurso de Muñoz, pero el entusiasmo decayó bien pronto.

Sin apocarse los ánimos, el 1.º de enero de 1858, en la casa de don Enrique Ochoa, tuvo lugar una segunda asamblea que constituyó la entidad definitivamente dejando organizada la primera comisión con la presidencia de don Vicente Casares y la dirección de don José Flores. fue su primer médico, el doctor Toribio Ayerza, natural de Guipúzcoa, llegado al país a los veinticinco años y, como sabemos, fundador de una ilustre familia argentina, y primer farmacéutico el ya nombrado doctor Arizabalo, nacido en Jalapa (México) en 1814, con largos años de residencia en las provincias vascongadas, y que, a los cinco años de su llegada a la Argentina, en 1845, fue nombrado profesor de la Escuela de Farmacia y, más tarde, catedrático de Química en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

Al año, esto es el 31 de diciembre de 1858, la *Española de Socorros Mutuos* contaba con 43 socios y un capital de 11463 pesos moneda corriente.

Larga y monótona historia se haría ahora puntualizar la intensa actividad mutualista de esta sólida entidad que cuenta con su panteón para socios -uno de los más hermosos del cementerio del Oeste- y con un soberbio edificio social de consultorios externos y sanatorio, en las calles Alsina y Entre Ríos, que, tras no pocos sacrificios, se inauguró el 26 de octubre de 1918, bajo la octava presidencia continuada -verdadero ejemplo de inusitado fervor y clara inteligencia- de don Fernando García<sup>82</sup>.

Con sus ininterrumpidos noventa y cinco años de -103- vida, es hoy, sin duda, *Socorros Mutuos*, como se la llama corrientemente, una de las más poderosas dentro de su tipo en el país. Con filiales en el interior, respetada y admirada, tiene para el que esto escribe -lleno de amor y respeto- hasta el entrañable motivo de que su nombre esté ligado a la historia de la institución: durante muchos años, en efecto, hasta jubilarse, el doctor Francisco Carisomo fue médico en el radio octavo de la *Asociación Española de Socorros Mutuos* -donde, asimismo, trabajaron tantos argentinos- junto con otros nombres que, por haberlos oído en mi casa desde niño, me son queridos y familiares: Carrera Otazu, Moner, Ontaneda, Cabello, Estrach, Villafañe...

Una de las últimas creaciones católicas y filantrópicas de la colectividad -para proteger al huérfano, la mujer desvalida, casa de educación y asilo del desamparado- es el *Patronato Español*, fundado el tres de diciembre de 1912, y cuyo edificio se inauguró en diciembre de 1920, bajo los auspicios de sus fundadores: el padre Segismundo Masferrer y don Félix Ortiz y San Pelayo<sup>83</sup>.

-104-

Bien puede verse que el apogeo del espíritu social de la colectividad -lo que mejor define y concreta a un grupo humano- se da en los años que median entre los centenarios de ambas independencias: la revolucionaria y la jurídica de 1910 y 1916.

Quizá estos signos promisorios hicieron comprender a España que era llegado el momento de mantener con sus hijas de América ese trato de igualdad a que se hacían acreedoras por su vigor, su lozanía, su espíritu como por la dignidad con que habían sabido recoger y enaltecer la herencia hispana recibida en hombres, en instituciones, en ideas.

Y si el año 1910 nos envió a una Serenísimas Infanta Real de Embajadora; en 1916, su simple representación ministerial la elevaba definitivamente al rango de embajada en la persona de don Pablo Soler y Guardiola.

Una peregrina tesis de Ortega y Gasset, aun no del todo perfilada, sostiene que el español de América -aun el lejano, el conquistador, y quizá éste más que el moderno- deja de ser español para convertirse en una entelequia nueva que vuelve luego sus ojos a la tierra natal con mirada de asombro, redescubridora, como si, en realidad, nunca hubiese pertenecido a aquella comunidad social.

Ortega quiere dar a entender con ello, quizá, que el español, al desasirse de España e intentar la aventura de América pierde lo esencial de sí mismo.

Todas las teorías son buenas, pero no siempre coinciden con la historia. Aunque América tuviese ese -105- enorme poder absorbente y disolvente hay algo insobornable en el fondo de esta gran comunidad occidental que forma lo hispanoamericano; algo que no creo destruya ni el desplazamiento ni la separación: el espíritu de común patria cristiana y el ansia viva de empresa: Castilla y Teresa.

Creo que el amor solidario queda bien demostrado en la síntesis de un hacer tan vivo y humano como el que acaba de explicar este capítulo; pero estos mismos hombres se echaron a caminar por las calles y caminos de mi patria y fundaron ciudades y abrieron brechas y crearon hombres. España perdura en la aventura.

¿Podrán dejar de ser quienes eran aquellos que, rezando en español y hablando en castellano, hicieron lo que hicieron por nuestra patria, pensando en España y trayéndola en el alma para vivificar esta otra tierra que amaban como aquélla?

Sobre la teoría -hermosa y audaz teoría- ondea, venturosamente, un campo de trigales, una bandera azul y blanca y un rumor de cunas que siembran, que agitan, que mecen manos españolas soñando en España para gloria y prosperidad de la Argentina<sup>84</sup>.

-[106]- -107-

△▽

## Capítulo séptimo

El nuevo indiano del siglo XIX

Primero fueron los conquistadores. Hazañas casi mitológicas; bronce de epopeyas. Pero, enseguida, cuando se volcó el cuerno de la abundancia, la figura del *indiano* se hizo célebre por España y, casi, por el mundo. La literatura del «siglo de oro» registra, complacida y humorística, ese tipo humano, nuevo y fabuloso, del hombre enriquecido con su tráfico de metales, de negros o de especias.

No es muy halagüeño ni prócer el retrato que de este primer *indiano* ofrecen los textos de los siglos XVII o XVIII. A desmerecerlo contribuían, por partes iguales, el desprecio en que se tuvo al trabajo servil durante la hora imperial y la calidad humana llegada a las Indias en los primeros tiempos de la conquista.

Enormemente ricos algunos, eso sí, pasaban, en la aristocrática sociedad hispana del XVII, por ignaros vanidosos, afectados de maneras y groseros de alma, cuando no se les sumaban las prendas de la tacañería e, incluso, las de haber ganado sus rubios doblones con tal codicia -108- que no habían puesto valla a ningún recurso para satisfacerla<sup>85</sup>.

Tal indiano correspondía, como es natural, al enriquecido con oro de México, plata del Potosí o lingotes del Perú, el célebre *perulero*, sin bajar nunca a los llanos sin oficio ni beneficio del Río de la Plata.

El fracaso de la enajenada expedición de Mendoza puso veto a las bravías zonas del Mar Dulce, y sólo a fines del siglo XVIII, centro del contrabando y atisbo de una ganadería en ciernes, el último virreinato de España empezó a interesar como objeto de riqueza, una riqueza a la postre más entrañable y duradera que la brillante, pero efímera, de los emporios auríferos.

Era ya tarde. La revolución de mayo cortó ese primer conato de una nueva colonización española de tipo agrario. Pasó medio siglo; la única siembra durante esos cincuenta años -salvo la proliferación fabulosa y semisalvaje del ganado- fue la sangre de las montoneras.

Ya sabemos cómo, en la década del sesenta al setenta, se restablece otra vez la corriente suspendida, mas, entonces, dos nuevos factores -desconocidos en los siglos coloniales- habían cambiado el signo de los hombres: el trabajo y la idea democrática.

Trabajar fue, durante la segunda mitad del XIX, un título de nobleza. La fórmula individualista y casi «darwiniana» del *self-made-man*, era como una acicate para la voluntad en tensión. Muchos caían. No importa. Quizá uno de los grandes males del mundo moderno sea haberle quitado a los hombres esa ilusión de triunfo y desempeño de fortaleza, para reducirlos a un grupo pasivo, de aborregamiento encogido y blandujo, que todo -109- lo espera de una protección superior innominada. Especie de inmenso orfelinato donde cada uno tiene mansamente asignado su minúsculo puesto en el reparto de la gran sopa boba comunal.

El muchacho de aquellos años era, por lo general, un montañés, un labriego hecho al sol, a la lluvia, al mucho hacer y a la poca molicie; no temía las grandes jornadas de trabajo; la inteligencia despierta y el temple bien fundido; sin nefastas ambiciones de señoritismo, ni diabólicas voces que le hiciesen creer, para malearlo y envilecerlo, en fabulosos placeres de Jauja; era fuerte y honrado. Tenía lo que tienen hoy muy pocos hombres: salud y alegría.

A todo ello se sumaba la posibilidad igualitaria de la tierra americana. No luchaba con prejuicios de religión, ni de nobleza; bastaba con saber trabajar. No era lucrar con una mina desde la posición brutal del encomendero, ni, tampoco, era traficar con infame mercadería humana. Era la tierra siempre bendita, y era ir jalonando, fundando pueblos, creando industrias, desarrollando comercios. Todos podían llegar. Y llegaron muchos,

muchísimos, desde el terrón, de la nada, al patriarcado y a las direcciones, larga, tesonera, sacrificadamente adquiridos.

Se lanzaron sobre la pampa. Era el desierto, entonces apenas acotado por las más espectaculares que eficaces campañas de El Restaurador. Nosotros tuvimos, también, nuestro *farwest* con su mundo genesiaco de razas indomables, tierras sin nadie, peligros constantes y, con todo, fuente de segura riqueza.

Ya, con Casado del Alisal, hemos visto al nuevo tipo del indiano colonizador en gran escala sobre la zona ubérrima del Litoral.

Vamos a consignar ahora -siguiendo nuestro plan esquemático y no de inventario - algunos otros que -110- avanzaron sobre la tierra inhóspita antes de la campaña de Roca, y en dura brega con la distancia, el abandono, la falta de recursos y la amenaza del indio.

He aquí, por ejemplo, cómo recordaba don Galo Llorente -una de las grandes figuras de la colectividad en este empeño de domar industrialmente la pampa- algunas hazañas de aquella época heroica: «El año 1868 ya se trabajaba en Chivilcoy, decididamente bajo el amparo de la civilización. Las firmas comerciales ampliaban sus negocios consolidados, y compartían su bienestar con su personal, que, además de casa y de pensión pagadas, tenían un buen porvenir, con sólo ser honestos y laboriosos. La economía y la disciplina eran, eso sí, indispensables: «Usted gana diez pesos, nos decían, pero debe educar su voluntad y reducir sus necesidades para no gastar el total. El cajero será el de la casa, que llevará su cuenta, y no habrá fiestas sino muy raramente, pues precisamente el domingo es cuando más se trabaja, por darse cita los paisanos, y pobladores del campo, para comprar en el pueblo todo lo que necesitan».

«Así -continúa- nos cantaban la cartilla, y se cumplían sus preceptos con fe y»; para concluir, luego de otras consideraciones: «... y con todo esto, reinaba el contento y había entre todos lealtad y afecto»<sup>86</sup>.

Torroba hermanos y Llorente se establecieron por fines del sesenta en Chivilcoy y en Mercedes, «con el fusil y la vara de medir, dignos compañeros en la conquista de la tierra argentina», como decía don Galo. Don Silvestre Torroba, «hombre ilustrado, de gran empresa y muy respetado y querido por los naturales» -según de él afirmaba don Félix Ortiz y San Pelayo<sup>87</sup>- fue, en -112- realidad, el promotor de este avance comercial y civilizador al que pronto se sumaron Esteban Arena, los hermanos Villafañe y algunos otros.

Las poblaciones crecían lentamente sobre la verde felpa desierta o el denso pajonal abrumador: Suipacha, El Bragado, finalmente, 9 de julio, la barrera más avanzada de la frontera interna, culminaban en centros de importancia cuando, después de 1880, fueron ligados por el ferrocarril Oeste.

Los españoles continuaban abriendo sus famosas casas de *ramos generales*. A 9 de julio llegan nuestros conocidos Villafañe, Martínez y Bustelo, hermanos; don Ramón Ibarra y los infatigables Torroba-Llorente quienes han extendido ya una fuerte organización por toda la zona central del Estado de Buenos Aires.

En Los Toldos -las célebres tierras de Coliqueolo- establecimientos se introducen casi en la tierra misma del indígena. Entonces se consolidó la firma Llorente absorbiendo la de Torroba y sus antiguas dependientes formaron la nueva entidad Murel, hermanos.

Llorente rememora en su artículo, henchido de historia viva: «Rápidamente iba avanzando el progreso y se formaron los pueblos de Pehuajó, Carlos Casares y algún otro, hasta establecer contacto con Trenque Lauquen, que era la frontera misma de la civilización y la barbarie, y adonde había ido valerosamente el comercio español, en largas jornadas, a fuerza de energía y sufrimientos, en las pesadas carretas tiradas por bueyes, a través de la inmensidad de la pampa, muchas veces entre pajonales que la cubrían».

A la par, la misma tierra ofrecía su opimo beneficio. Agricultores muchos de ellos, se afirmaban en los almacenes de campaña -donde compraban desde la reja nueva del arado hasta el pañuelo de colores para lucir muy de tarde en tarde en alguna *kermesse*- a fin de -112- ir cultivando la tierra conquistada. Al criollo, por esencia nómada, solitario, ganadero, se entreveró el sedentario labriego hispano -¿por qué no registran nuestros libros de oro los nombres de José Mora, Adolfo Lawson, Manuel Arana, Máximo Fernández, y tantos otros?- y sobre menguadas parcelas de tierra a la espera del incendio, el rapto, la ira cobriza del malón, fueron creando lenta, afincadamente la zona triguera y maicera del país.

Muy luego del 76 y la campaña pacífica de Roca los campos crecieron con ritmo de fábula; la roturación heroica ya estaba hecha.

Los Llorente y los Villafañe siguieron sembrando ese trabajo e invirtiendo nuevos pueblecillos, a la par que de su tronco comercial salían nuevas ramas independientes; llegaban a Junín, Chacabuco, Lincoln, Rufino, y es tal el sentido de gran familia, de obra en común, realizada mediante recursos propios, de solidaridad con la nueva tierra que la firma Llorente, en recuerdo del viejo conquistador, funda Villa Torroba que pronto, como todas, será pueblo y, a comienzos de siglo, casi ciudad.

Superada la crisis del 90 se hace imposible, en un libro como éste, puntualizar la expansión de los consabidos almacenes de *ramos generales*, casas de españoles en su mayor parte, que pululan por todo nuestro campo.

La redacción de *El Diario Español* al insertar el artículo de don Galo lo apoyaba con unas consideraciones que bien merecen transcribirse como resumen de lo antedicho: «Esta sencilla y modestísima exposición, hecha a nuestro ruego por un meritísimo veterano, quizás el más activo del viejo comercio español, envuelve considerable interés para quien reflexione sobre los sacrificios que supone haber formado en la extrema vanguardia de la conquista de las pampas, avanzando sin cesar, exponiéndolo todo por el noble anhelo de llevar cada -113- vez más lejos los beneficios del progreso. A sus nobles y valerosos soldados saludamos en la persona del digno patriarca señor Galo Llorente, y a cuantos sobreviven de aquellas gloriosas épocas...».

Y el propio y bien designado patriarca cerraba sus apuntes con estas palabras aleccionadoras: «Con el sistema de coparticipación en los negocios, han brotado infinitas ramas del viejo tronco del comercio español, el más generoso y previsor que

conoce mi larga experiencia, y, al mirar la obra cumplida, veo que los viejos tenemos el derecho de sentirnos tranquilos y satisfechos con el ejemplo legado a nuestros sucesores, descansando en la merecida confianza con que, a su vez, prosiguen en la ventajosa situación de los días nuevos, la obra que comenzamos en los de más dura prueba».

No es difícil trazar -sin conocer la menuda historia de cada uno- el perfil de sus vidas. Solían llegar en esas terceras de los barcos de inmigrantes, aun siendo muchas veces de familias de la clase media, por el drama corriente: escapar a las terribles «quintas», a los horrores de la guerra civil, a Marruecos cuando no a quiebras de la casa: sequías, destrucciones o, más sencillamente, al espíritu insomne de aventura que singulariza a nuestra stirpe.

Los esperaba la vida; a veces, raras veces, un pariente lejano, un amigo de la casona familiar; las más, un paisano de la aldea o del pueblo, que tenía «unos años de América». La ley de inmigrantes hacia poco o nada; ni siquiera orientación.

Entonces, afuera, a luchar, a vencer. En la casa de *ramos generales* -dependiente para todo: barrer, limpiar, cargar, vender, estibar- se trabajaba de sol a sol y se cobraba poco. No había, desde luego, en qué gastar. Muchas veces, de cama, el mostrador; en contadas ocasiones -farolillos, pito, gaitas, pólvora en salvas- -114- las *romerías españolas* en las que «el gallego» -ya apaisanado- recordaba con bombacha, chiripa y botas o con su trajecillo de pana dominguera la lejana *muñeira*, la reverente sardana o, para aclimatarse, la zamba criolla o un vals de pianillo con manubrio.

El patrón -quien, a su vez, había hecho la misma historia- lo asociaba pronto. Solía ser despierto y diligente. Eran gallegos finos o cántabros sesudos; muchos, vascos de una honradez pétrea o montañeses con voluntad de roble. A las veces, levantinos con doble vista; en menor escala, castellanos y pocos, muy pocos, andaluces, pero que, si salían buenos, valían por cuatro.

Entonces comenzaba la era de cachazuda hormiga ahorrativa, peso tras peso; centavo tras centavo. Un día, sin apremio, fuerte, a lo gran señor -que lo era de alma- levantaba vuelo; amistosamente; en muchas ocasiones alentado, dirigido e, incluso, aconsejado por su viejo patrón. La *competencia* no tenía por aquel tiempo, esa brutalidad *yanquee* de guerra a muerte, sin piedad.

La nueva firma por lo general -había tiempo y no existía ese afán venenoso, deprimente de adquirir riqueza fulminante ni ese sensualismo grosero del dinero por el dinero mismo- prosperaba en lentitud grave de acrecentamiento sólido: abuelos, padres, hijos, nietos. Se formaban generaciones enteras que soldaban una tradición.

Llegaba, entonces, la hora patricia: la casa en Buenos Aires; la entrada en el *Club Español*; la dirección de Bancos; las grandes fundaciones. Hubo en todos un señorío innato tan radical y auténtico que comprendieron el significado de aquella vida y, sobre todo, tuvieron ese don que sólo viene con la buena sangre: la gratitud. Y aquella fortuna -a veces muy cuantiosa- tan voluntariosamente ganada la devolvieron en -115- fábricas poderosas, en talleres, en escuelas públicas, hospitales, centros de cultura, obras de arte, sumándolas con emoción y orgullo, al patrimonio de la Argentina<sup>88</sup>.

Era la ocasión de volver a España. Muchas veces estaba allí, todavía, la madre que los vio partir muchachos, sólo con el cielo y la tierra. Donaban templos, casas de labor, obras municipales; a veces, el viejo pueblo, la aldea montañesa o el predio de las rías los recuerda con un nombre, una inscripción, una memoria.

Ya no es el *indiano* zafio y caricaturesco del siglo XVII, ni siquiera el conquistador con algo de mito y mucho de aureola sangrienta; es el señor de nuevo cuño; el hombre de empresa con cordura suficiente, algo de aventurero y su poco de artista y constructor. Hombre para quien las Indias ya no eran la tierra fabulosa del enriquecimiento milagrero a la que, luego de exprimida, se la desprecia, sino la nueva patria ganada; patria de los hijos a los cuales solían llevar a España para que conocieran, en doble unción, el hontanar de la sangre y aprendieran, respetándolo, a querer y respetar la tierra donde habían nacido.

No pongo nombres, lo repito. Estoy seguro que muchos, al leer las líneas anteriores, encontrarán con fidelidad casi uniforme su propia historia o la historia de sus antepasados, que es como decir un largo segmento de la historia argentina.

Sin llegar a los lindes del heroísmo como aquellos jaloneadores del desierto, el comercio español de Buenos Aires tuvo, también, su hora de lucha y de afincamiento.

La historia es casi la misma. Repase el lector los capítulos que nuestro Bernardo González Arrili ha dedicado ~~-116-~~ al *tambero*, al *almacenero*, al *chapelón*, en su delicioso libro: *Buenos Aires 1900*<sup>89</sup>, y verá cómo -sin que haya habido de mi parte intención de pastiche- se superponen los trazos.

Aun hoy, todo un barrio de la ciudad: el que encaja entre las plazas próceres de Mayo y Congreso (la vieja Lorea) y las calles Rivadavia y la antigua Europa, que era, en realidad, el barrio señorial y patricio de la segunda mitad del siglo XIX, sirve de escenario al comercio español. Allí se establecieron los famosos *almacenes al por mayor*, gloria de una época dorada donde enrojecía el pimentón extremeño, colgaban frescos los jamones serranos; se hinchaba legítima la sabrosa butifarra catalana; crujía el claro y sólido arroz de Valencia; se enfilaba la cantábrica industria de la conserva pesquera; ponía su tinte verdiamarillo el denso óleo andaluz, y en recta línea vitrosa y brillante las botellas de Terry, de Domecq, de Garvey, de González Byass prometían el ardor vivificante del sol jerezano.

Pañeros y cortadores en casas que hoy muestran su poder en la misma solidez de sus edificios enseñaron el manejo del buen corte y lanzaron sobre el país su potente industria textil.

Veían cambiar la fisonomía de la «gran aldea»; se formaba un mundo más cosmopolita, galante, exigente. Y contribuyeron al garbo de la misma con sus cafés confiterías de buen tono, desde aquel primero de *La Unión* que Domingo Apellániz fundara en tiempos de Rosas -frecuentado por políticos, hombres de letras, incluso, unitarios conspiradores- hasta los modernos salones, atendidos con exquisito refinamiento, como la famosa *Ideal*, cuya historia es un capítulo de honra ~~-117-~~ para la economía y el sentido social de los comerciantes hispanos de Buenos Aires.

Interminable se haría, casi absurda, una lista de sus nombres. En un azar, que sólo puede servir de pauta y como de índice confirmatorio, recuerdo a Carlos Noel el fundador de la hoy poderosa fábrica de dulces; a la industria textil de Ángel Braceras, Juan Mendoza, Gonzalo Sáenz, Roger Balet, Virginio Grego, Cayetano Sánchez; ¿cuántos más? Pues todos los que de un modo u otro -en la artesanía, el comercio, la industria- contribuyeron a formar de la pequeña capital del ochenta esta ciudad tentacular y enorme de nuestras horas.

Y un día, cuando don Torcuato de Alvear, allá por 1883, comenzó a cavar entre las calles de Victoria y Rivadavia, la Avenida de Mayo, no sospechaba que ésta -inaugurada en 1894- habría de absorber con el tiempo ese tinte hispánico del barrio mercantil e industrial donde nacía para convertirse, a la postre y por antonomasia, en la calle de los españoles; la calle moderna de esta inmensa Buenos Aires donde está el café de sabor madrileño que concita al cómico, al periodista y al literato; la calle donde aún hay *peñas*; donde están los hoteles con nombres peninsulares y la pensión de los recién llegados; donde aún canta la inmortal zarzuela y donde -con visión moderna- el cine proyecta, noche tras noche, para los padres de allá y los hijos de aquí, las rías de Arosa, los puertos de la Mancha, el agua de Granada o, más entrañablemente, el sabor de un dicho, el tono de una región, la nostalgia de un canto o el revuelo de una sevillana.

Todo un barrio porteño, viejo y rancio barrio porteño, que de la antigua industria al *boulevard* moderno no pudo perder -a pesar de tiempos y castigos exóticos- su clásico dejo, su dulce regusto hispano-criollo.

-118-

No quiero despedirme de este capítulo sin saludar a los que, todavía, no triunfaron; quiero decir, a los que en una esfera más modesta están aún en las primeras etapas. Quizá continúen en ella. No importa. La dicha suele estar más en el camino que en la posada. Ese mundo anónimo hace, también, a nuestra patria. Son, como aquéllos, *indianos* de una época nueva donde -por desgracia- se exige del hombre, como una necesidad, esa gigantesca e innominada contribución gregaria.

Corren en mi patria unas denominaciones que, quizás inicialmente ofensivas, han perdido en la actualidad toda su virulencia; más aún, por un fenómeno frecuente en las leyes de la semántica, son hoy formas expresivamente afectuosas: *gallego*, *gaita*, *galaico*; la misma deformación del concreto gentilicio *gallego* -voz de insulto con *godo* y *maturrango* durante la guerra de la independencia- indica su alisamiento y pérdida de contenido malévolos. No lo digo sin pruebas y casi hasta con una punta de orgullo. No quiero -Dios me libre- pecar de soberbia pero estoy seguro que cuando -por mi conducta en la vida, mis aficiones e, incluso, mi acento- el viejo camarada de Colegio, el alumno en su picante nomenclatura privada, el colega de claustro me llama *gallego* no intenta con ello ofenderme; al contrario: va envuelto en el mote, estoy seguro, una cariñosa disposición de simpatía. Sólo una patanía recalcitrante y empecinada o una ignorancia ya casi inconcebible pueden hacer de este *gallego* porteño una absorción peyorativa de toda la península o un pretense insulto ofensivo.

Pues bien, a esa millarada de *gallegos* que en cientos y cientos de actividades hicieron y hacen a la Argentina a la par de sus nativos, con el sueño latente -119- del «retorno indiano», vaya un homenaje de respeto, de gratitud, de esperanza.

Un autor tan nuestro, tan nuestro desde la raíz, tan enérgicamente argentino como el ya citado González Arrili concluye así una de sus estampas del 900: «Mas, en el fondo de sus corazones, ¡qué buenos eran aquellos recién llegados, aquellos chapetones aspirantes a "gallegos" perpetuos! ¡Cuántos y qué largos caminos anduvieron! ¡Cuántos honrados hogares levantaron! ¡Cuántos buenos criollos echaron al mundo»<sup>90</sup>.

-120-

△▽

## Capítulo octavo

### El pensamiento español en el Plata

A comienzos del siglo XX pareciera que el influjo hispánico en el antiguo dominio del Río de la Plata se hubiese extinguido casi por completo.

Es evidente que, desde la Revolución de Mayo, el pensamiento francés adquiere singular prestigio. Si algo pretende el filósofo, el ensayista, el poeta es parecerse lo más posible a un Cousine, a un Saint-Beuve, a un Victor Hugo. Hasta el romanticismo, las escuelas sujetaron un poco el fetichismo con sus latines y sus preceptivas; desde entonces, la invasión galicista pareció decisiva y contundente.

Hilando más fino, sin embargo, se descubre que -fuera aparte el instrumento lingüístico ya de por sí, pese a su galicamiento, distinto y aun opuesto- el fondo de ese pensamiento afrancesado se trasiega -las más de las veces con entera inconsciencia- por alambiques hispánicos: Alberdi es Larra; nuestro Mármol no puede negar a Zorrilla, como Varela es hijo directo e incluso confesado de Quintana y Meléndez. Hay algo superior a la propia voluntad creadora y es, como hemos dicho, la similitud doblegadora y connatural de la lengua.

-121-

Ya hemos visto, en nuestro Capítulo II, el grado de hispanismo que alcanzó muchas veces y aun su entusiasmo casi infantil por España, la tan afrancesada «generación del 80», así como hemos señalado la posición de uno de sus miembros más conspicuos - Miguel Cané- con relación al problema del idioma.

Pero, a comienzos del siglo, el *modernismo* parecía haber volcado la opinión intelectual hacia una corriente galicista sistemática e implacable. En el fondo, nunca estuvo el genio español más cerca del americano en general y del argentino en particular. No cuadra aquí explicar el sustrato radicalmente castellano de la acción rubendariana, su conexión con lo más entrañable de la vieja poesía castiza, el intento y

logro de rehabilitar sus viejas formas, el avance formidable impreso a nuestra evolución poética para llevarla hacia sus expresiones más puras -en el dominio y técnica del verbo como instrumento, que es lo importante- y liberarla de un amaneramiento hechizo, ya sin energías.

Si algo desconcertó este hispanismo declarado y actuante de Rubén fue -entre nosotros- la hispanofobia de Leopoldo Lugones. El izquierdismo beligerante de su primera hora, aquella devoción exaltada por Sarmiento, el noble *argentinismo* de las *Odas* de 1910 le implicaron aquel negar o, mejor, aquel afirmar lo *español* como el mal necesario y genético de todas nuestras instituciones.

Con todo, es curioso, ese argentinismo fue el que, en las obras postrimeras -tal, por ejemplo, los *Poemas solariegos*- lo acercó, necesariamente, a un reconocimiento agradecido y heroico del solar de sus mayores. Léase: el *Canto inicial* y la *Salutación a Embeita*.

Tan honda fue la conducta de Rubén que en la generación discípula de Lugones - como veremos en el próximo capítulo- reflorece un hispanismo poético, -122- literario y aun doctrinario de calidad realmente ejemplar.

Por otra parte, algunos maestros españoles ejercían, desde la alta cátedra universitaria, acción directa sobre la juventud argentina, al mismo tiempo que participaban en el movimiento de la colectividad; maestros que, de hecho, se consideraban incorporados al sentimiento y orientación de nuestra cultura.

Sirvan de ejemplo las figuras venerables de don Avelino Gutiérrez y don Miguel de Toro y Gómez.

Santanderino el primero, de San Pedro de Soba, donde naciera en 1864, había hecho entre nosotros la carrera de medicina y llegado a ocupar en esa Facultad la cátedra de anatomía topográfica. «Eran los mismos médicos argentinos y, especialmente, los que fueron sus discípulos, quienes ponían de relieve los méritos de esa gestión docente, orientada por un puro amor a la enseñanza y a la juventud. Tan arduas tareas no le apartaron, sin embargo, de las actividades exclusivamente profesionales mientras las ejerció, y su labor como cirujano fue tan notable, aun en los primeros años de practicarla, que pronto su nombre se hizo famoso como el de uno de los grandes especialistas de la moderna cirugía»<sup>91</sup>.

No se peca de exageración ni muchísimo menos al decir que la brillante pléyade de cirujanos argentinos -verdadera honra de nuestra medicina: los Arces, los Finochiettos, los Chutros, los Belous, etc.-, fue en muy buena parte la obra coordinadora, ejemplar y exigente de la cátedra de don Avelino.

Hubo de ser nombrado, en 1931, embajador de su país entre nosotros, honor que declinó entre agradecido y humorista; la Academia de Cirugía le dio, en cambio, -123- lo que de veras merecía: el título de -cirujano maestro- en 1944. Cumplía ochenta años de caballerosidad y esfuerzo. Dos después -el 26 de febrero de 1946- moría entre la admiración y cariño de todos.

De Toro y Gómez, eminente lingüista y filólogo, podría asegurarse que fue el primero, entre nosotros, en dar a esa disciplina rigor científico y prestancia universitaria. Desde la cátedra de introducción a las letras, en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, por él regentada hasta que la ocupara nuestro Carmelo Bonet, supo dar un sentido de tradición castiza, de precisión lingüística y de interpretación bibliológica como hasta su magisterio no se había hecho en la Argentina. Famosa fue, por ejemplo, durante años y, en realidad, punto de partida para muchos ensayos posteriores la erudita, honda y, al mismo tiempo, chispeante e ingeniosa conferencia con que, en el tricentenario de la muerte de Cervantes, abrió los actos conmemorativos, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, el 24 de abril de 1916.

Además de estos maestros incorporados al claustro de nuestras universidades -sin olvidar a José González Galé, el querido y por tantos años profesor de matemáticas en la Facultad de Ciencias Económicas; al eminente civilista don Salvador Fornieles, maestro de toda nuestra gran generación técnica de hombres de leyes o al erudito financista Félix Martín y Herrera, casi fundador y creador de tal cátedra en Buenos Aires- además, decía, de estos hombres, ligados oficialmente a la Universidad argentina -por muchos años fue secretario de la de Buenos Aires otro español: José García Fernández-, algunos miembros conspicuos de la colectividad ejercieron una especie de magisterio libre, de docencia hispanista francotiradora que contribuyó -124- en modo utilísimo al afianzamiento y radicación definitiva de estos ideales en el Río de la Plata<sup>92</sup>.

Dos hombres pueden servir de ejemplo en esta labor: don Rafael Calzada y don Félix Ortiz y San Pelayo. Es indudable -lo hemos visto- que muchos otros contribuyeron con su aporte moral y, principalmente, económico a esta obra de solidaridad común, pero yo me refiero aquí, de modo exclusivo, a aquellos que bregaron desde el libro, la tribuna y el ejercicio intelectual.

Sería larga empresa y motivo de un libro específico reseñar la obra de don Rafael Calzada, patriarca de una sólida familia española muy pronto ligada, incorporada y fundida con la sociedad argentina.

Nacido en 1854, asturiano, había llegado al país en plena juventud -como tantos que hemos visto a raíz de la Restauración del 74- con verdadero sentido del trabajo, del porvenir que ofrecía la nueva tierra y de su papel en la naciente colectividad. Unido primero al estudio del doctor Moreno, el que fuera presidente del Senado, a los veintitrés años abrió bufete por su cuenta en compañía de Vicente Varela, Manuel Martínez Alfonsín y Antonio Monzó.

Aquella casa de Florida 63, en el barrio más elegante del viejo Buenos Aires, fue pronto una de las consejerías jurídicas más estimadas y prósperas de la capital naciente; Calzada era un abogado, no sólo hábil, sino de gran versación técnica de modo que, al mismo tiempo de atender el estudio, pudo entrar y pronto dirigir la Revista de Legislación y Jurisprudencia -125- que, hacia mayo de 1879, llevaba ya publicados doce tomos<sup>93</sup>.

Era Calzada uno de esos espíritus curiosos y múltiples del Renacimiento «progresista» del siglo XIX. Republicano ardiente, poeta de no escaso mérito, orador brillante y hombre de empresa a más de letrado, el magisterio no tardó en hacerse sentir.

Organiza la propaganda y colocación de la piedra fundamental del Hospital Español, agasaja a las dotaciones de buques españoles en aguas del Plata; acude en socorro de Martínez Villergas, angustiado y pobre en el Perú; preside el *Club Español* -como hemos visto- a los treinta y dos años, de 1886 a 1891; Gomara, según sabemos, le confía el *Correo* después de su catástrofe personal y financiera; conoce y alienta los trabajos de «un tal» Ameghino, olvidado maestro de escuela, protegido por José Manuel Estrada, el cual vivía entre vértebras disformes y maxilares absurdos en una perdida casa de Mercedes; ejerce, en suma, una especie de acción monitora que, al traducirse en beneficio de la colonia española (sobre todo desde el cargo de abogado en el consulado de su patria natal), se extendía al beneficio cultural de la sociedad argentina.

Si hay una idea, entre todas, que a don Rafael conmueve y enardece es la de la confraternidad hispanoargentina. En ello empleó sus mejores energías y en tal brega aguzó lo mejor y más noble de su pluma, una pluma reposada, sonora un sí es o no narcisista y solemne, pero, sobre todo, bien castelariana a lo siglo XIX y bien nutrida de ese pensamiento armonioso y visionario de aquella feliz hora *de las luces*.

-126-

Al concluir la centena decimonona -en 1900 y en la imprenta de *El Correo Español*- publicó Calzada un tomo de *Discursos* pronunciados entre 1892 y 1899, colección bien definida de lo que era el estilo, la teoría y la prédica de toda su vida. Juegos Florales, inauguraciones de casas de España, veladas literarias, banquetes de confraternidad, beneficios para españoles o ciudades peninsulares, despedidas o regresos de hombres ilustres, en todos resplandece, se insinúa, bravea o simplemente apunta aquel tema dominante, que me parece justo señalar con las palabras de un argentino, Calixto Oyuela, quien dice en el Prólogo a este tomo de *Discursos*: «... en ninguno (de sus temas) se lanza tan íntegramente su espíritu, en ninguno palpita tanto amor y entusiasmo como en el relativo a la unión y confraternidad hispanoargentina e hispanoamericana. Ese fue, desde el primer día de su vida entre nosotros, el objeto capital de su propaganda, el blanco de sus más generosos esfuerzos, la bien templada cuerda de donde arranca la nota más sonora de su oratoria. Poseído de tan gran asunto; penetrado de su trascendencia inmensa para la raza española esparcida por las más apartadas zonas del mundo; seguro de que ni las mayores vicisitudes históricas, ni las diferencias climatológicas, alcanzan nunca a quebrantar la unidad fundamental de una gran raza, sino sólo a crear interesantes variedades de ella; de que es estúpida y criminal tendencia la de dividir lo que es uno, hoy más que nunca, en que todo tiende a unir lo que es vario: llevó adelante su nobilísima empresa, procurando siempre, en la conversación como en el discurso, atenuar asperezas y conciliar razones, sin arredrarse ante las dificultades suscitadas por contrapuestos prejuicios»<sup>94</sup>.

-127-

Don Rafael llegó a actuar casi como una especie de embajador extraordinario entre ambas patrias. Fue a España, en 1901, como delegado de la *Patriótica Española* al Congreso Hispano Americano de Madrid, del que se lo hizo presidente honorario; volvió, en 1905, como diputado por Madrid del partido Republicano al que seguía afecto con imbatible fidelidad; continuó sin tregua su labor en el Plata, donde sus tierras, especie de amable feudo al modo de los antepasados ilustres, llegaron a constituir el pueblo que hoy se llama Villa Calzada.

En aquella paz de sus últimos años, con su enorme archivo, sus recuerdos, la dulce e inseparable compañera llegó, como dije, a calidad de patriarca con larga familia hispano-criolla: nuestro ya conocido Fermín Calzada; César, su hermano o los Méndez Calzada, rama en la que brillaban figuras como Luis, el ilustre abogado, o Enrique, uno de los críticos y humoristas más agudos que hayan tenido las modernas letras argentinas.

Y allí, en su hispanoargentina Villa Calzada como él quería, murió don Rafael el cuatro de noviembre de mil novecientos veintinueve.

Figura de menor volumen literario, aunque de enérgica gravitación en la colectividad y en nuestro país fue don Félix Ortiz y San Pelayo.

Como todos llegó joven a las playas de América; como todos trabajó y luchó denodadamente; como casi todos conquistó una posición espectable, sólida y de acrisolada honradez.

-128-

Músico de exquisita sensibilidad -era un organista severo y elocuente-, tuvo en su vida, a más de ésta, otras dos pasiones que se tradujeron en una conducta concorde de inflexible rigor: su catolicismo militante y su amor a España, vinculado e indisoluble con esta Argentina defendida por él con arrestos de verdadero Quijote.

Hemos tratado ya (capítulo VI) su empeño en el nacimiento y afincamiento de la *Patriótica Española*. De ese tono fue toda su obra como hombre de acción. Queda, para este momento, en que estamos tratando de señalar el influjo del pensamiento doctrinario hispánico, comentar sus dos libros más significativos e incidentes sobre esta conducta.

Son libros de polémica y combate. No hay en ellos ni reposo especulativo ni el desarrollo de una ideología sistemática. Hay sí, una prosa rápida, saltante, ajustada como paño húmedo al pensamiento, sin pompa retórica ni arrequive literario, salvo cuando incide sobre el tema de la patria que pone al instante en su estilo una ternura llena de la florida pompa decimonona; lo que había en San Pelayo, como en tantos españoles, era un periodista formidable, combativo y, en el fondo de su alma, un humorista, un burlón soterrado e implacable -don Félix era vasco- que sabía utilizar esa fuente escondida como fuerza de acción y como energía para mover sus ideales. En la entraña de aquel impecable caballero de levita, guantes de respeto en la siniestra mano, corbata de ancho lazo, sobre la que reposaba la barba cuidadosa en la cara de rasgos abultados, ojos incisivos y frente desembarazada de su más conocido retrato, cabalgaba impetuoso contra yangüeses y galeotes antihispanoamericanos y anticatólicos un desatado Quijote dispuesto siempre a dar la batalla por su Dios y por su dama.

-129-

El *Boceto Histórico de la Asociación Patriótica Española (Desde su fundación hasta la reunión del Congreso de Sociedades Españolas)* editado por la librería «La Facultad» (Buenos Aires, 1914) es, ya lo sabe el lector, una página de hispanidad en la Argentina escrita con apasionamiento, sin mucho rigor en la concatenación histórica,

pero muy bien documentada y, sobre todo, colmada de ardoroso, noble y desinteresado fervor.

Bastará copiar la sincera y elocuente *Dedicatoria* para entender sin más la índole del libro. Dice así: «A España. A vosotros, españoles residentes en la Argentina, factores de estos hechos nobilísimos que yo me he atrevido a darlos a la publicidad, conglomerados y casi sin orden ni concierto».

Lo del «sin orden ni concierto» era, quizá, un fondo de coquetería literaria, más, aunque exista en ello algo de verdad, no puede negarse la utilidad de este trabajo veraz y hondo que testimonia puntualmente uno de los episodios más importantes de las relaciones hispanoargentinas.

*Vindicación de los españoles en las naciones del Plata* (Librería «La Facultad», Buenos Aires, 1917) es, decididamente, un hermoso y vibrante libro de combate.

Juan Antonio Cavestany, poeta, como se sabe, de ripio y barullo, pasó por Buenos Aires con ocasión del Centenario de 1910. De regreso, aprovechando una fiesta del 12 de octubre, se le ocurrió publicar en la revista Unión Ibero Americana un artículo en el que decía lindezas como las que siguen a propósito de los españoles de América: «... aunque muchas veces llevara dentro el germen del millonario futuro, no por eso podía considerarse como un representante de nuestra intelectualidad o (todos lo recordáis, sin duda), a -130- lo que con una frase muy vulgar, pero muy gráfica, solemos llamar "lo peorcito de cada casa": al quebrado, al estafador, al sablista, al que había llegado a tal extremo de descrédito aquí que ya no podía sostenerse en el Mundo Viejo, entonces lo exportábamos al Nuevo, tal vez como muestra de que España no sólo sigue produciendo Quijotes, sino también Rinconetes y Cortadillos»<sup>95</sup>.

Realmente no valía la figura ni el pensamiento de Cavestany como para tomarse la pena de salirle al encuentro, pero ya hemos dicho cuál era el espíritu y la condición de San Pelayo. La primera parte del volumen, dedicado sencilla y reciamente *A España*, de las páginas 15 a 152, es un desmentido y contestación a cuantos pusieron en duda o, a su juicio, no supieron o no quisieron maliciosamente aquilatar la función de los españoles en el Río de la Plata.

A la réplica contra Cavestany agrega don Félix otras de idéntica índole contra Rafael María de Labra, José María Salaverría, Rafael Gasset, Pérez Galdós (por su pintura del indiano en *El tacaño Salomón*) y, por último, contra el mismísimo Miguel de Unamuno. Ortiz y San Pelayo no se muerde la lengua; su florete es directo, preciso y, no puede negarse, lleno de picardía y elegancia.

La segunda parte del volumen (ciento quince páginas compactas de la 147 a la 262) es una larga nomenclatura de españoles (testimonios palpables los llama) que ejercitaron su profesión, industria u oficio en el Río de la Plata. La nómina, que no sigue un orden cronológico ni siquiera modestamente alfabético sino que ha sido armada, con seguridad, al azar de la memoria o de los datos reclamados, según él mismo dice, -131- por carta o verbalmente, está distribuida en los siguientes oficios: médicos, ingenieros, educadores, corporaciones docentes, pintores y escultores, periodistas notables, españoles que se han distinguido en distintas actividades (banca y comercio en su

mayoría), notarios, dentistas, farmacéuticos, músicos, agrimensores, libreros y empresarios teatrales.

Como se ve, la ordenación es arbitraria e inorgánica pero, a pesar de ello, muy útil y significativa. Eso era lo que, como abrumadora prueba de su alegato, perseguía don Félix, quien en el prólogo del libro (por cierto costado por un grupo de españoles ilustres residentes en Buenos Aires) exponía claramente: «Bueno es que alguna cualidad relevante concedan a los españoles residentes en América los mismos que los zahieren. Sin embargo, desconocen no sólo allí, no sólo el pueblo, sino los mismos que han venido aquí a estudiar estos países, cuál ha sido la poderosa acción de los españoles desde la caída de la tiranía, o sea desde el año 1852 hasta la fecha».

Y agregaba: «Y he querido empezar a cegar esa laguna que la ignorancia y el olvido han cavado en la historia de los españoles en América, especialmente en esta Argentina que quiero tanto, acarreando materiales para que más expertos constructores edifiquen el monumento literario que se merecen»<sup>96</sup>.

Su obra, en efecto, es mina inagotable para ese estudio definitivo que algún día se escribirá.

Con todo, y a pesar de esas falsas opiniones aisladas, ya se ha visto<sup>97</sup> cómo, desde las fiestas del Centenario de 1910, la doble corriente del pensamiento hispanoargentino -132- en su flujo y reflujo de España a América y de América a España, era constante.

En el año 1912 se dio, para regularizarla en forma casi permanente, un paso fundamental.

La muerte de don Marcelino Menéndez y Pelayo -19 de mayo de 1912- tuvo en Buenos Aires inmediata y dolorosa repercusión; no sólo por lo que don Marcelino había significado en el redescubrimiento integral de una nueva España, no sólo porque tenía en el Río de la Plata devotos discípulos y fervientes admiradores, sino porque, como hemos visto en nuestro capítulo III, fue don Marcelino de los primeros en dar a conocer en forma sistemática nuestra literatura en Europa. «Leyendo sus cuatro volúmenes -dice Rojas a propósito de la *Antología de poetas hispanoamericanos*<sup>98</sup>- siente uno brotar del alma el agradecimiento. Habla Menéndez de nuestras letras con bondad, con simpatía, con información, y casi siempre con infalible acierto».

Muy pronto voces españolas en la Argentina (Emilio Lattes Frías, Avelino Gutiérrez, Ricardo Monner Sans, Luis Méndez Calzada y López de Gomara), a las que se sumaban las de los propios argentinos se alzaron buscando la forma de concretar un homenaje digno del sabio montañés.

Una comisión -ejecutiva de las que eran presidente y vice, respectivamente, don José María Carrera y don Avelino Gutiérrez, a la par de una extensa junta consultiva, donde figuraba lo más selecto de la colectividad en todos los órdenes de su labor, junto a los hombres entonces más eminentes del pensamiento nacional, -133- sin míseras discrepancias doctrinarias ni de partido, inició los trabajos el 31 de mayo de 1912.

Al año siguiente, el 12 de marzo de 1913, en reunión magna celebrada en el salón de actos del *Club Español*, se concretó definitivamente la forma de hacer digno honor al

maestro santanderino. El doctor Gutiérrez, que había ocupado la presidencia de la ejecutiva por enfermedad de su colega don José María Carrera -otro de los grandes médicos españoles de Buenos Aires-, dijo en esa ocasión: «En definitiva, y así se ha convenido por unanimidad, el homenaje más adecuado a la personalidad de Menéndez y Pelayo, por lo que ha representado en la cultura española e hispanoamericana, debía ser de índole cultural y así, el pensamiento vago llegó a concretarse en la idea de crear en la ciudad de Buenos Aires una cátedra permanente de cultura española.

Una institución de esta naturaleza, en un país de habla castellana como la Argentina, además de recoger los anhelos del gran polígrafo español, encaja a maravilla dentro del problema vital de la España moderna, problema cultural ante todo y espiritual por excelencia»<sup>99</sup>.

Sabias y juiciosas palabras que aún hoy constituyen la fórmula esencial de las declaraciones hispanoamericanas y el único modo de encararlas con dignidad y provecho.

La *cátedra de cultura española*, al año siguiente, o sea en 1914, se insumió en la creación de la *Institución Cultural Española*, cuyos fines se concretaban así: 1) Sostenimiento y dotación de una cátedra que deberá ser desempeñada por intelectuales españoles; 2) Desarrollar aquellas actividades que se relacionen directamente -134- con el intercambio intelectual de España y la República Argentina. El 4 de agosto de ese mismo año se le otorgaba su personería jurídica, y así nacía a la vida intelectual argentina un organismo que habría de tener sobre la misma una formidable gravitación.

El adjetivo puesto es tan desmesurado que exige breve comentario.

No puede negarse la influencia ejercida en nuestro medio por la acción cultural de otras colectividades al través de sus órganos específicos: la *Alliance*, la *Dante Alighieri*, la *Cultural Inglesa* más tarde; pero debe observarse, en primer lugar, que tales entidades nacían con la finalidad esencial de divulgar una lengua y que, por lo mismo, el resultado debía ser, necesariamente, mucho menos enérgico y mucho menos profundo; en segundo lugar, la llegada de maestros representativos de otros países -que sólo muy tardíamente y no siempre con criterio objetivo regularizó «Amigos del Arte»- se hacía en forma esporádica, rara vez desde la tribuna universitaria y, claro está, en lenguas extranjeras; y, por último, el sortilegio de la novedad, el asombro de un extraordinario descubrimiento: el de la sorprendente capacidad intelectual de España, puso a la cátedra de la Cultural en posición de singular prestigio, y, por ende, de persuasivo magisterio.

Lo que América ignoraba y la Argentina le descubrió era ese mágico reflorcer de la Universidad española en el primer cuarto del siglo XX; ese neorenacimiento que no se limitaba a las letras creadoras sino que adquiría robusta presencia en el campo de la filología, la crítica científica, la historia, la filosofía, la medicina, el saber político-social, la ciencia físico-matemática, etc., etc. Era el grupo de hombres educados en la escuela de Giner de los Ríos, de Joaquín Costa; -135- en el método del propio Menéndez y Pelayo; en el ejemplo de Ramón y Cajal y de Ferrán; formado en la severidad de las aulas germánicas, con el rigor de aquella disciplina, mas sin perder toda la gracia y la fuerza de la intuición ibérica; el grupo posterior a la *sana tragedia* «del 98», grupo de una España nueva, juvenil, candente, esperanzada muy distante de la España oficial de entonces, quebrada, palabrera y sin vigor.

Esos «hombres nuevos» solicitados a la Junta para Ampliación de Estudios de Madrid, a las Academias o a los Institutos de Investigación llegaron, pues, a nosotros por medio de la *Cultural Española*, «puesta igualmente al servicio de la cultura argentina, a la que por este cauce se aportaba un nuevo caudal de ideas y conocimientos fáciles de asumir por quienes, no obstante la plausible intervención de otras culturas europeas, no han desmentido jamás su origen y siguen pensando, sintiendo y expresándose con el idioma español»<sup>100</sup>.

Interminable y, como ya sabemos, ajeno a la índole de estas apuntes se haría enumerar toda la acción de la Institución Cultural Española en sus treinta y ocho años de vida. Señalaré únicamente aquellos actos que en forma positiva actuaron sobre nuestra conciencia intelectual:

La cátedra, en 1914, fue inaugurada por el más directo y caro discípulo de don Marcelino: Ramón Menéndez Pidal. Ya es fama cómo la presencia del insigne filólogo comenzó a cambiar el signo de nuestros eruditos en la materia, que concluirían, finalmente, con la creación del *Instituto de Filología* -el 21 de junio de 1923- como organismo dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, bajo el decanato -136- de Rojas, y con el apoyo de la cátedra de la *Cultural*, que en parte financiaba la contratación por tres años del filólogo español encargado de regentarlo. Inauguró sus trabajos Américo Castro y, en el curso del tiempo, lo siguieron maestros de la escuela de Pidal como Millarés Carlo, Manuel de Montoliú, Amado Alonso y, por último, Alonso Zamora Vicente. Bien presente está en la docencia y el pensamiento filológico argentinos la obra cumplida desde el punto de vista técnico, pedagógico, literario, aun patriótico por los maestros y discípulos del Instituto en libros, revistas, monografías e, incluso, en la misma acción viva entre el profesorado de estos últimos veinticinco años.

En igual medida influyeron sobre el pensamiento filosófico y su orientación universitaria los resonantes cursos de Ortega y Gasset, en 1916; nada anticipemos, por ahora, de su sembradura en la estilística argentina del postrer cuarto de siglo porque de ello diremos dos palabras en el próximo capítulo.

El curso de Julio Rey Pastor -muy pronto y por mucho tiempo incorporado oficialmente al claustro universitario argentino- dio un vuelco absoluto, en 1917, a nuestra vieja dirección en los estudios de alta matemática, originando su cátedra un verdadero semillero, seminario, de ilustres discípulos. Idéntica repercusión, por 1920, tuvieron las clases de Blas Cabrera, primer contacto vivo de nuestros físico-matemáticos con los modernos y apasionantes problemas de la energía nuclear. No pocos de los que hoy son eminentes físicos argentinos estudiaron luego en el Instituto Cabrera de Madrid.

Completó esta renovación a fondo de nuestro patrimonio científico el famoso curso de Pi y Suñer, en 1919; discípulo de Ramón y Cajal y de Turró -los dos grandes maestros de la biología española-; Pi y Suñer -137- dejó la honda huella que hoy cava y ahonda con tan maravilloso resultado la escuela fisiológica argentina, a estar por informes que he recogido en Europa, una de las más avanzadas del mundo.

En ciencia jurídica sería ingratitud no recordar a Adolfo Posada, Recassens Siches y a Jiménez de Asúa, bien pronto, este último, sumado a la Universidad argentina.

Y recordar la impresión literaria y mundana del curso de D'Ors en 1921; las nuevas orientaciones de Gómez Moreno, en 1922, sobre historia del arte; los estudios psicoanalíticos de Gonzalo Rodríguez Lafora; o la primera visita del discípulo dilecto de Cajal, don Pío del Río Hortega, en 1925, o la resonancia enorme de Marañón, en 1928.

Puedo asegurarlo porque, en cierta medida, soy tributario de ese nuevo y poderoso caudal de ciencia española que la *Institución* dirigió hacia la Argentina para engrosar su fuente de cultura. Repito que puedo asegurarlo: a la *Institución Cultural Española* debe un bien inmenso nuestra moderna conciencia universitaria. Yo me eduqué con esa pléyade de profesores que habían recibido, a su vez, las lecciones de estos maestros portadores de un nuevo mensaje humanista y científico; mis maestros argentinos renovaban con ellas el caduco signo de la ciencia positivista, oficial y clásica del ochenta; fueron los hombres de «la reforma» de 1918; los del pensamiento vivo y alerta para toda la conmoción del mundo moderno.

*La Cultural* -como todos los hombres y las cosas de mi generación- nacía a la vida y a la lucha con la guerra del catorce. Fue un signo, una providencia y un destino. Afortunadamente en nuestra lengua, sin evadirnos de nuestra modalidad racial, sin claudicar ante formas demasiado extra patrimoniales, aprendimos -138- todos la nueva lección de la hora, la nueva técnica, discutimos los nuevos horizontes -cierto que con la lectura y vigilancia de todo el pensamiento moderno- pero, sobre todo, mediante el contacto vivo, directo, humano con estos hombres de España que trajeron en sus labios de habla concorde la doctrina, el arte, la experiencia por donde abriría su brecha toda la revolución y toda la conducta intelectual del siglo XX.

Cuando un día se escriba, sin apasionamiento ni «posiciones», como quiere la verdadera ciencia, la historia de las ideas argentinas, nadie podrá negar esta formidable - el adjetivo no era inoperante- deuda de gratitud que tiene la patria con la *Institución Cultural Española*<sup>101</sup>.

Esta labor, estrictamente espiritual, de «enseñar en la Argentina» el fondo, el alma cultural de España, fue muy pronto recogida por todas las entidades de la colectividad. El *Club Español*, la *Asociación Patriótica*, los inúmeros centros regionales invitaban a los maestros compatriotas a dar una conferencia, un cursillo en sus salones, sus grandes locales o sus modestos rincones que, quizá, hasta ese momento, habían sido salas de pasatiempo, pistas de baile, habitaciones para el inocente dominó, el mus castizo o la nocturna partidita de tresillo.

Hay algunas notas sugestivas. Lence, en un comentario aparecido en el *Correo de Galicia* (diciembre 14 de 1916) sobre la conferencia de Ortega en el *Club Español: Hacia una España mejor*, señala que la Comisión Directiva, con muy buen gusto y mejor criterio, -139- resolvió esa tarde suspender el baile que era costumbre ofrecer después de tales actos. El menos observador, apunta con gracejo el fino periodista, hubiese podido captar el mohín de disgusto dibujado en la cara de la dorada juventud asistente la que, con seguridad, no había concurrido para otra cosa a la disertación del filósofo.

En lo menudo se denuncia la historia. Un instinto muy claro le decía a los hombres conspicuos de la colectividad hispana en el Río de la Plata que a partir de ese instante,

desde esa fecha de su evolución institucional la verdadera función hispanista en América quedaba limitada a ese dominio superior e inmanente de la cultura.

La Argentina, como todos los países cultivados por España, tiene ya un caudal propio, inalienable, personal de modo de ser, de hechura política, de condición económica, de organización jurídico-social, pero tiene, también, heredado e intransferible, un patrimonio común de cultura ibérica, de conducta piadosa, de lengua viva, de honda y bella tradición humanista que encastan su vigor nuevo, independiente y libre con una de las formas más gloriosas, originales y permanentes del acontecer histórico universal. El sostener y engrosar aquel patrimonio puramente cultural de tradición en la realidad nueva de América es el papel que hoy corresponde a la colectividad.

Sus hijos, argentinos ya, se deben al sentido vivo y en futuro de la patria, pero hay una lámpara, en el hueco más profundo de esa patria, donde arde una llama de siglos que no puede ni debe extinguirse.

## Capítulo noveno

Desde la institución cultural a 1936

Las palabras finales del capítulo anterior deben servir ahora de pauta en lo restante de nuestra historia.

En efecto, la hora de las realizaciones materiales, de la conquista económica, del establecimiento en zonas inexploradas, de intentar, como a fines del siglo XIX, la aventura «del indiano» iba pasando ya en el cuadrante de la evolución argentina. La masa de población nativa, el aporte creciente de otras colectividades, la regularización paulatina, la legislación y apoyo estatales, el progreso, en una palabra, del medio técnico, del individuo «argentino» (hijo del antiguo colonizador pacífico), de la acción universitaria determinaron un cese o, por lo menos, una disminución del viejo hacer práctico de la colectividad en la industria, el campo, el comercio, y una orientación concorde de esos mismos hombres hacia los hechos puros y abstractos de la cultura.

Lo admirable es -vaya dicho con toda mi admiración y vivo respeto- que muchos de aquellos, trabajadores -141- rudos, de brega, apenas con pocas letras y hechos sólo de dolorosa experiencia práctica, comprendieran la necesidad del cambio, intuyeran con extraordinaria clarividencia lo esencial del fenómeno y entregaran buena parte de su fortuna -tan duramente ganada- para contribuir a esa nueva hazaña de su patria nativa en la tierra elegida para patria de sus hijos.

Ciertamente dejaron en los comandos a los intelectuales de la colectividad -los Gutiérrez, los Calzadas, los Gomas- pero es evidente que sin su aporte solidario, generoso e inteligente, a veces sólo con dinero pero muchas veces con esa palabra definitiva que sólo concede la sensatez del mucho mundo y el penoso vivir, la obra no hubiera podido cumplirse. Lo que los movía, y eso es lo admirable, era ese sentido profundo e insobornable del valor integrante y universal del espíritu hispano; y muchos

de ellos, con esa «gramática parda», ese fervor teresiano que todo lo sabe sin nada saber, llegaron, incluso, a manejar con vigor y donaire la pluma o la palabra.

Lo importante era engranar esta acción espiritual hispana con los órganos ejecutores del pensamiento argentino. Con fecha 3 de julio de 1915, la Universidad de Buenos Aires dicta una resolución de singular importancia: aquélla por la cual se autorizaba a la *Cultural Española* «para designar a los profesores, hombres de ciencia o de letras que habrán de dictar en la Universidad cursos o conferencias desde la cátedra de cultura española que sostendrá dicha Institución»; el artículo 3.º de la Ordenanza daba al Consejo Superior de la Universidad autoridad para designar la Facultad donde tendrían lugar los cursos según la índole de los mismos, y el artículo 4.º estatuyó «el agradecimiento de la Universidad por la contribución a sus propias funciones -142- que importa el sostenimiento en ella de la cátedra referida»<sup>102</sup>.

El primer maestro, en consecuencia -y luego del citado viaje exploración de Menéndez Pidal-, que ocupó la cátedra argentina en nombre de España fue Ortega y Gasset, quien dictó su primera clase, en la Facultad de Filosofía y Letras, el 7 de agosto de 1916.

No se pudo elegir con más acierto. Ortega era, entonces, uno de los pensadores más jóvenes, brillantes y elocuentes del claustro de la Universidad Central. El éxito, un éxito casi callejero de obstruirse el tránsito en la calle Viamonte, tuvo una inmediata resonancia en la actividad espiritual argentina. Entonces no traía Ortega más bagaje escrito que las *Meditaciones del Quijote* (1914), *Personas, obras, cosas* (1914) y el primer volumen de *El Espectador* (1916), pero era suficiente como para causar deslumbramiento, vértigo con aquella prosa buida, de un barroco tan nuevo, elegante y suasorio, como con aquella palabra tan fluida y enjoyada, extraño y fascinante modo de acceder a la filosofía en un país acostumbrado a estudiarla por el manual francés traducido o por el vocabulario espeso e intrascendente de los positivistas a ultranza. Unas palabras de Rodolfo Rivarola, al presentarlo el 7 de diciembre de 1916 en el Instituto Popular de Conferencias, acreditan esta sorpresa: «oyéndolo en sus mágicos discursos -decía el viejo maestro-, tan vivos y ricos en imágenes, perplejo queda quien le escucha, entre saber si es éste un poeta que juega con la filosofía o si es un filósofo que viste sus pensamientos con las galas y las flores de la más bella poesía»<sup>103</sup>.

La generación de *Nosotros*, como en parte ocurrió luego con la de *Martín Fierro*, *orteguizaron* de una u -143- otra manera, no quiero decir en lo entrañable del pensamiento, pero sí en la concepción estilística de los temas<sup>104</sup>.

Algunas visitas anteriores -la de Blasco Ibáñez y la de Altamira, por ejemplo, preliminares al Centenario de 1910- no tuvieron ni con mucho esta repercusión inmediata, decisiva y tenaz como tuvo la de Ortega sobre una forma muy singular e importante del sesgo espiritual argentino en el primer cuarto del siglo. Luego se discutió mucho el valor en sí de la posición filosófica orteguiana y hubo, incluso, hasta antiorteguismo; lo que nadie discutió nunca fue esa acción ejercida sobre la juventud inteligente desde su visita hasta los primeros años de la tercera decena de nuestra época.

E incluso esta acción extrarradió de él mismo al ponernos en contacto con la famosa *generación del 98*. En la Argentina conocíamos a Unamuno, el cual, inclusive, se había ocupado de nuestro *Martín Fierro* a fines del siglo XIX, y algo había llegado del ático

espíritu de don Jacinto. Ortega, en realidad, pertenecía a la generación siguiente a la *del 98* -concediendo coqueterías que Ortega ha usado, legítimamente, con sus años, aceptaríamos como fecha de nacimiento la de 1883-, pero, por lo mismo, juzgaba a sus predecesores con lucidez de pensador que pertenece a una misma ideología y a una misma serie de coordenadas culturales.

La *vulgarización* en la Argentina de los hombres *del 98* data precisamente de esta época. Ortega nos develó a Baroja, a Azorín, a Pérez de Ayala; nos dio a -144- entender su significado en la nueva España nacida de la catástrofe antillana. Al decir *vulgarización* quiero decir cómo de un círculo muy reducido de entendidos, los escritores de aquella hora, pasaron a manos, especialmente, del estudiantado. Como mi bachillerato comenzó en 1918 puedo testimoniarlo mediante constancias personales: todos nos educamos en la prosa oleosa de Valle Inclán, en los primores azorinianos, en el tono doméstico de Pío Baroja, en ese encanto novísimo y personalísimo de Ramón Pérez de Ayala. Si alguna vez nos lanzáramos a esta comprobación estilística -fuera del influjo orteguiano- veríamos cuánto queda de Valle Inclán en Güiraldes o en el mismo Larreta; cuánto de Azorín en algunos momentos de Capdevila; cómo Pérez de Ayala se refleja en *El mal metafísico* de Gálvez; cómo la poesía de los Machados reverdece en alguno de nuestros poetas posteriores a 1915; todos los cuales fueron, a su vez, los escritores, los maestros argentinos de nuestra generación.

Si bien los educadores de aquellos años -un Monner Sans, un Oyuela- pertenecían aún al modo, al estilo, al pensamiento de la Regencia española, supieron intercalar en nuestras lecturas, con valor y con simpatía, a los nuevos escritores y, todavía hoy, en los programas de estudio y en los pinitos literarios de nuestros muchachos queda un eco azoriniano o un dejo primerizo de acicalamiento modernista<sup>105</sup>.

El 98 en la Argentina obró, a su vez, un neorrenacimiento vigoroso en el campo de nuestras humanidades. No fue esto, en efecto, obra directa de la *colectividad* aquí radicada pero fue sí obra de los intelectuales -145- que trajo esa colectividad, según hemos acreditado, y de la intensificación, desde este momento muy activa, del comercio del libro español en la Argentina.

Los nombres de Juan Roldán, de Pardo, de García Santos, de Crespillo, de Menéndez -factores tan enérgicos en el desarrollo de las ideas criollas como en el arraigo de las obras españolas- deben mencionarse ahora como un verdadero honor de lo que es siempre el orgullo supremo de un país: la mercancía del libro.

«El oleaje editorial de España -dice Arrieta<sup>106</sup>- llegó entonces con ímpetu y penetró el país entero. Barcelona y Valencia «europeizaban» y hasta «americanizaban» a su modo. La casa Maucci divulgaba a los novelistas rusos, franceses, italianos y portugueses más en boga, y entre sus vastas ediciones intercalaba los «parnasos» hispanoamericanos; la biblioteca Sempere multiplicaba entre sus lectores, por medios baratos, los discípulos de la filosofía alemana y del anarquismo eslavo, albergaba con igual tarifa la crónica gacetillera y la crítica magistral, y solía conceder a algunos argentinos la misma popularidad que a sus hermanos de lengua y a los traducidos. Colecciones universales de teatro, de sociología, de turbia literatura en tomitos más o menos borrosos, tapizaban los quioscos callejeros y de los andenes de ferrocarril. Entrada directa a la intimidad del hogar tenían los pulcros volúmenes de piel blanca de

Montaner y Simón, y en ellos figuraban a veces compatriotas que compartían la vecindad de las antiguas epopeyas y de alguna novela moderna y beatífica...».

Y, en 1918, la fundación de la Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones -la famosísima *Calpe*- obra de don Nicolás María Urgoiti fue, -146- en toda el área de Hispanoamérica, acontecimiento de proporciones culturales aún no debidamente valoradas. La *Colección Universal*, organizada por Manuel García Morente, divulgó en ediciones primorosas, asequibles e impecables todo el secreto de la literatura histórica, filosófica e imaginativa; la inigualada *Biblioteca de Ideas del siglo XX*, dirigida por Ortega y Gasset, nos puso en relación, a través del pensamiento alemán especialmente, con las fuentes de la más actual concepción del mundo en historia, filosofía, física, biología, etc.; de tan decisivo predicamento en las aulas universitarias argentinas que, entre profesores y alumnos, corría la frase humorística de que nuestros claustros sufrían un ataque de *calpitis*, enfermedad, a la postre, de esas que son sanidad puesto que dejan reservas y tonifican el organismo para la madurez; lo mismo que, por las mismas fechas, dejó en nuestro pensamiento excitantes fecundos y saludables la notable *Revista de Occidente* y las ediciones de su Biblioteca conexas, uno de cuyos primeros volúmenes fue de una argentina: *De Francesca a Beatrice* de Victoria Ocampo.

Esta activísima correlación produjo, al fin, una honda reacción hispanizante no sólo en la cuidada tendencia castiza de la forma literaria que entonces se inicia, sino, también, en lo puramente conceptual dentro del área humanista argentina.

A comienzos de siglo, es importante señalar el hispanismo activo de dos hombres ilustres en la historia pública argentina: Estanislao S. Zeballos y Joaquín V. González. Ambos, antes del Centenario de 1910, y el segundo desde 1916 especialmente, realizaron una labor de reflujó, de reconocimiento, de ponderación equilibrada para con la obra de España en el Río de la Plata.

-147-

González dictó tres pláticas, entre 1916 y 1919, respectivamente, en el *Club Español, Asociación Patriótica Española y Ateneo Hispano Americano* sobre las relaciones hispano-criollas que, al fin, se sintetizaron en su ensayo de 1921: *España y la República Argentina*. «Hace mucho tiempo -dice- que hablo y escribo en diversos lugares y por todos los medios de publicidad de esta materia, a la que doy una primordial importancia como problema nacional. Creo llegado el momento de fijar esas observaciones, ya que por acercarme a la vejez, acaso no tuviera tiempo de rectificar o corregir torcidas o erradas apreciaciones sobre ellas»<sup>107</sup>.

Y éste fue, en efecto, una especie de testamento político, ya que el sabio maestro riojano moría en diciembre de 1923 tres meses después de que, en Liverpool, se extinguiera la otra gran fuerza de esta reacción hispanista: Zeballos.

A la entrada de nuestro siglo XX la doctrina de estas dos figuras próceres del pensar civil argentino coincidía en que el «tema España» no era simplemente un tópico de banquete, de discurso más o menos florido para la «fiesta de la raza» sino una necesidad, un problema de fondo, de conciencia en la integración de los valores fundamentales de nuestro pueblo; un «modo de ser» que, puesto en quiebra, liquidaría

buena parte de aquellas esencias capaces de darnos un sentido, una personalidad, una conducta en el curso de la historia. El sentir de ambos podría caber en estas bellas palabras de González, que copio *in extenso* porque constituyen una síntesis ejemplar de todo el problema: «Y mi cariño por España y mi convicción sobre la conveniencia y necesidad de generalizar este afecto -148- en toda la masa social argentina, constituyen en mí y en mi acción pública, una dedicación dirigida a una finalidad hondamente nacional».

«Sólo una testarudez tan ciega como estéril podría consentir en seguir alimentando antipatías y repudios que no existieron, ni durante la guerra, sino como resultado de la guerra misma, pero sin entrar nunca en el fondo de la conciencia. ¿Y cómo habría de penetrar en ella un sentimiento contrario a la naturaleza, a la esencia de la familia, de la descendencia y ascendencia nacional, en fin de ese lazo invisible e indestructible que constituye la raza? Luego, es preciso entenderse y plantear la ecuación en sus verdaderos y más sencillos términos: somos hijos de españoles, y ellos guardan el tesoro de nuestra ascendencia nacional, en cuya virtud el pueblo argentino, puede no llamarse un recién venido en el escenario de la civilización y de la historia y ostentar un timbre genealógico, sacado de pura sangre europea, ibero-celta-latino-helénica, que lo entronca con los más altos orígenes de la cultura contemporánea».

(Vol. cit., pág. 24)

La solidaridad hispanoargentina como fenómeno de sentido cultural estaba formada: en 1908, aparecía -Madrid, Victoriano Suárez, Preciados 48, en diciembre- una novela argentina de pronta y universal resonancia: *La gloria de Don Ramiro* de Enrique Larreta. Suárez hizo, en menos de un año, seis ediciones más de esta *vida en tiempos de Felipe II*, donde un joven novelista argentino evocaba con prosa encendida, pura, de extraordinaria riqueza ornamental, tanto que en nada cedía a la de Valle Inclán o a la de Miró, la época más dramáticamente española de España, y descifraba como pocos su entraña y su proyección. El saludo de la más severa crítica madrileña al libro de Larreta consagró aquella vinculación espiritual con un entusiasmo -149- augural, quizás por primera vez concedido tan sincera y generosamente a un escritor del Río de la Plata<sup>108</sup>.

En el año 1916, mi gran maestro el doctor José León Suárez publicaba: *Carácter de la revolución americana (Un nuevo punto de vista más verdadero y justo sobre la independencia hispanoamericana)* breve pero denso libro donde desarrollaba con impecable método y enjundioso rigor de doctrina un punto de vista esbozado por él, en 1909, a propósito de un informe sobre *Enseñanza Secundaria*: la revolución americana no fue una guerra de independencia contra un opresor sino un movimiento liberal y civil contra el absolutismo caduco, producido con igual tensión en toda Europa y más

particularmente en la España de Fernando VII desde la metrópoli hasta el último de sus territorios ultramarinos.

La tesis, compartida por muchos argentinos -Oyuela, Ugarte, Ramos-, nunca tuvo exposición tan clara y exaltada como la tuvo con el libro de Suárez, y bien recuerdo qué calor ponía durante aquellas clases de sexto año en el Colegio Buenos Aires cuando, en su incomparable cátedra de Historia Argentina, llegaba a tocar el tema de las «causas de mayo».

El libro alcanzó muy pronto la tercera edición: «La Facultad» de Juan Roldán, octubre de 1917, esto es al año de la primera y con muy escasas reformas en sus apretadas setenta y una páginas, publicaba (en esta ocasión por acuerdo de la colectividad española) una tirada numerosísima «a fin -dicen los iniciadores- de -150- que circule profusamente, no tan sólo en la Argentina, sino en los demás países americanos de nuestro idioma»<sup>109</sup>.

Por esta nueva brecha cavada sobre el planteamiento de la revolución de 1810, se lanzó pronto la nueva escuela de los historiadores criollos. Había que superar, sobre todo en materia de época colonial, la actitud respetable pero agresiva de López en la conocida *Historia* (1883-1893); de Juan Agustín García en *La ciudad indiana* (1900), aplicación heterodoxa del método de Fustel de Coulanges más hermosa como realización estética que como aportación histórica; de Lugones al través del barroco *Imperio Jesuítico* (1904); del mismo Rojas en sus *Coloniales* de la ingente *Literatura Argentina* (1917), vistos a la luz excesivamente débil y polarizada de fenómenos «teocráticos»<sup>110</sup>.

Había que ir a la técnica nueva, al manejo de los documentos incuestionables, al venero de los libros clásicos, por lo general hasta entonces ignorados, a los repositorios inagotables de Sevilla y Simancas. Entonces descubriríamos, con el amor infundido por la verdadera ciencia, una nueva España.

Así enfocó Juan P. Ramos el fondo de nuestro federalismo en el primer tomo de su *Derecho Público Provincial*; con el mismo criterio científico e imparcial abordó Ricardo Levene -sobre la base de las investigaciones de don Rafael Altamira- sus luminosos estudios sobre ese riquísimo patrimonio del «derecho indiano»; luego de respirar por años el polvo del Archivo de Indias dio José Torre Revello cima a los Orígenes de la Imprenta en *España y su desarrollo en -151- la América española* (1940); no con menos brío rompieron lanzas hispanistas Rómulo Carbia en su férvida defensa de España: *Historia de la leyenda negra hispanoamericana* (1943) o Enrique de Gandía en su copiosa e innumerable labor de polígrafo o los más modernos Sáenz y Quesada, Gabriel Puentes y Vicente Sierra.

Este renacer de lo hispánico no ancló sólo en el reducto histórico; pronto se hizo casi indispensable -como lo fue en los españoles del Renacimiento «la visita a Italia»- el «viaje a España» de nuestros intelectuales; un viaje que tenía, a la par, de romántico, de peregrinación mística y, casi, de desagravio. Por unos años, los viejos burgos amurallados -Ávila o Segovia-; las ciudades de renombre milenario -Toledo, Santiago o Cádiz-; los nombres fulgurantes de Granada, Córdoba o Sevilla compitieron con la Meca dorada e insustituible de París.

Viajaron Larreta, ya vimos con qué resultado; Ricardo Rojas<sup>111</sup>; Manuel Gálvez, quien de regreso publicó *El solar de la raza* (1913)<sup>112</sup>; Ernesto Mario Barreda, el cual vuelve con *Las rosas del mantón* (1917); Arturo Capdevila: *Tierras nobles*, crónicas enviadas a *Caras y Caretas*, reunidas en volumen por 1925; Fernández Moreno, quien pasa su niñez en Santander, para recordar, ya en su patria y en ese mismo año de 1925, la montaña, el vaquerío, la casa solariega con *Aldea Española*, primer premio municipal de poesía de 1926; Manuel Ugarte; Juan José de Soiza Reilly; tantos otros...

-152-

Respuesta quizá infantil, deslumbrada, generosa; un descubrimiento de cosas muy viejas pero admirable por lo sincero; una fervorosa contestación a los cateos que sobre el alma argentina habían ya hecho, desde su punto de vista, españoles como Unamuno, Francisco Grandmontagne, Blasco Ibáñez, Federico Rabiola, Ciro Bayo, José María Salaverría o el mismo Ortega y Gasset<sup>113</sup>.

La reacción hispanizante de esta veintena de años alcanzó al radio de la creación literaria pura. Novelistas y poetas rivalizaron en la depuración de la forma, e incluso en el retorno a un clasicismo lingüístico y temático. Fue una especie de *antilugonismo* soterrado; mientras el indiscutido maestro de la generación pasaba de vendimiar los racimos de Samain a escuchar recoleto el canto de los pájaros criollos: Gerchunoff, nuestro más fino y hondo periodista, se acercaba reverente al *Quijote* en esa encantadora *agenda cervantina* titulada: *La jofaina maravillosa*; en tanto, Arturo Marasso volcaba su enorme erudición sobre los siglos de oro, Banchs retornaba a la Edad Media en ese poemario de *El Cascabel del halcón* o probaba el mármol *garcilascesco* en los impecables sonetos de *La urna*, ninguna prosa más rotunda, castiza, viva que la de Capdevila en sus mejores épocas, como ningún verso más cercano a lo sustancial de la cepa castellana que el -153- «intimismo» de Fernández Moreno o el desgaire de Luis Cané.

Menudearon (Alonso Capdevila, Cantarell Dart, Herrero Mayor, etc.) los libros sobre el castellano en la Argentina. Era la vieja deuda de cultura que se pagaba con el esfuerzo de los hijos en buena moneda de entusiasmo, de aprendizaje, de un fervor que, en la década 1920 a 1930, alcanzó su apogeo intelectual, su más alta tensión, ya que, incluso, la muchachada *vanguardista* y revolucionaria -un Borges, un Villar- habían hecho su noviciado en las peñas, manifiestos y escándalos de Madrid, Sevilla o Granada.

Entretanto, la colectividad española había conquistado para la relación hispanoargentina un galardón oficial de singular mérito: La Unión Ibero Americana, con sede central en Madrid, delegó su representación en los argentinos Ángel Menchaca, José León Suárez y Mario Sáenz para el Congreso Americano de Bibliografía e Historia, celebrado en Buenos Aires del 6 al 19 de julio de 1916. Estos propusieron que el 12 de octubre fuese declarado feriado en todas las naciones americanas de habla española. Las sociedades hispanas de Buenos Aires, a instancias del entonces Presidente de la *Asociación Patriótica Española*, doctor Luis Rufo<sup>114</sup>, recogieron la moción y elevaron un petitorio, con fecha 19 de setiembre de 1917, al entonces Presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen<sup>115</sup>.

Dos semanas después, esto es: el 4 de octubre, se firmaba el decreto para establecer feriado el día 12, día -154- del descubrimiento de América «que -como decía el considerando segundo- se debió al genio hispano -al identificarse con la visión sublime del genio de Colón- efemérides tan portentosa, cuya obra no quedó circunscripta al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista, empresa ésta tan ardua y ciclópea que no tiene términos posibles de comparación en los anales de todos los pueblos».

Un año más tarde, el 15 de junio de 1918, por Real Decreto, que firmaran Alfonso XIII «por la gracia de Dios y la Constitución Rey de España» y el entonces Primer Ministro don Antonio Maura, se decretaba el 12 de octubre fiesta nacional de España con el nombre de *Fiesta de la Raza*<sup>116</sup>.

No menos significación tuvo en los fastos de esta época la inauguración del Teatro Cervantes la noche del 5 de setiembre de 1921 a la que ya nos hemos referido en la nota final del capítulo IV.

Recordemos sólo que ese bello monumento, cuya fachada rememora el plateresco más fino de la Universidad de Alcalá, y cuyo interior resplandece de azulejos de Montalbán, candiles de Lucena, bargueños de Diego Martínez, faroles sevillanos y cerrajerías de San Antonio fue obra de un arquitecto español por largo tiempo residente en la Argentina: Don Fernando Aranda<sup>117</sup>.

-155-

En este mismo teatro, una tarde, poco antes de ser inaugurado, se detenía absorto contemplando el panel del techo central, ilustrado con la torre de Murcia, un joven paisano de don Fernando Díaz de Mendoza que visitaba la sala con pasión de españolismo encendido; era de Águilas, puertecillo murciano casi sobre el límite de Almería, y llevaba algunos años de Argentina. Había llegado a ella exactamente el 1.º de diciembre de 1909.

Fue, en realidad, el último gran caudillo de esta causa hispanoargentina en su momento de triunfo pero siempre necesitada de fieles y leales valedores. Antonio Manzanera, este murciano optimista, animoso, hecho de una sola pieza, si bien luchó por su idea cuando ésta parecía definitivamente asegurada, luchó, en realidad, cuando más carente estaba de figuras españolas que, como las de otrora, fueran capaces de la misma conducta diligente y creadora.

Me explicaré: cuando Manzanera desarrolló toda su actividad hispanófila en el campo del comercio, de la industria, de la radio, del pensamiento argentinos, los grandes propulsores de esta idea, los que habían luchado por ella de una u otra nacionalidad estaban -156- ya en una ancianidad gloriosa, y, por lo mismo, debilitados para la acción: Rufo, Ortiz y San Pelayo, Avelino Gutiérrez, Galo Llorente, cuando no habían ya desaparecido como Rafael y Fermín Calzada, como López de Gomara, como Gonzalo Sáenz o como los maestros argentinos: Zaballos y González, en 1923; José León Suárez, en 1929; Oyuela, en 1935.

La colectividad en el momento de su mayor encumbramiento y prestigio como fuerza de cultura, como elemento incuestionablemente fundido al hacer espiritual y

moral de «lo argentino» iba perdiendo sus hombres más representativos y sus campeones de mayor empuje. Sus herederos eran ya hijos del país, muchos con otro sentido de las cosas, con otra interpretación del fenómeno histórico, y los nuevos hombres de la Madre Patria no es que fueran mejores ni peores que sus predecesores, es que llegaron en momentos difíciles, se encontraron con una etapa dura y adversa para toda especulación puramente espiritual, debieron atender a otras urgencias y, como veremos en el próximo y último capítulo, se limitaron con harta faena y dura prueba a mantener, sólo a mantener, las conquistas pasadas.

En esos años en que la antorcha de la colectividad tambaleaba la recogió Manzanera para agitarla con un denuedo y una capacidad de acción insuperables hasta casi el último día de su vida.

Ya sabemos que no es éste el lugar para trazar una biografía completa de Antonio Manzanera. Sólo quiero dar algún perfil de ese caballero español que comienza por representar entre nosotros a editoriales y revistas de su patria; la próspera bonanza de esa actividad -que no enerva su constante preocupación por las cosas de España, como lo demuestra su labor titánica para que la Argentina participara dignamente en la Exposición -157- de Sevilla de 1929-, lo lleva un día a intentar la filmación de las primeras películas sonoras, habladas en castellano. Para ello aprovechó la «Sacha Manzanera», Sociedad que traía películas mudas españolas y había filmado alguna argentina: *Corazón ante la ley*, por ejemplo. Es una locura. Son los comienzos de 1930; no había recursos técnicos, ni equipo científico, ni hombres especializados. Manzanera es «el indiano» del nuevo mundo experimental. El solo hecho de que ese invento *yankee* pueda ser realizado por españoles, en lengua española y en tierra criolla, lo saca de quicio con una especie de ingenua y fervorosa alegría dionisiaca: todo lo da por hecho, todo está resuelto; no hay dificultades de ninguna clase. Si eso lo han hecho los hombres del norte con un puñado de dólares, ¿cómo no podrán hacerlo los hispano-criollos, los nietos de Pizarro y Mendoza, sólo con un poco de entusiasmo? ¿Acaso los abuelos no colonizaron todo un continente sólo con el valor? El negocio, la empresa fracasan ruidosamente. Manzanera -éste era el señor- pasa de la opulencia casi a la miseria y paga, centavo sobre centavo, hasta su última deuda.

La vida -éste era el español- no le acobarda ni arredra. Sin desalentarse clava otra heroica banderola en estos jalones de la hispanidad. La radiotelefonía es el nuevo juguete de los tiempos; hada misteriosa que se cuela por todas las rendijas llevando su mensaje insistente, mágico, adhesivo. No ha conocido la historia recurso de propaganda más eficaz ni demoledor. El 15 de julio de 1935, funda don Antonio Manzanera *La voz de España*, hora de emisión radial con un *slogan* que era todo un hallazgo nacido no del cálculo sino del alma misma de su fundador: *La voz de España; para que se la quiera más, para que se la conozca mejor*. Luego surgieron otras horas: «Por los caminos de España», -158- «La hora española» -sin duda bellos y dignos programas- pero ninguno tuvo ese aire de fe, de combate, de alta cátedra radial hispánica que supo darle don Antonio.

«Era aquí, en la radio -dijo Enrique de Gandía al despedir sus restos el 25 de setiembre de 1945- en las horas negras de la fuerte política española, el punto de reunión, el ancla salvadora de los españoles de todos los bandos que llegaban de la península. En torno a su nombre se formó pronto un círculo admirable: poetas, historiadores, jurisconsultos, hombres de ciencia y estadistas -los más eminentes de

España- reunidos todos por la simpatía extraordinaria de este español que para los españoles era argentino y para nosotros, argentinos, era un perpetuo embajador espiritual de España»<sup>118</sup>.

Este esbozo debe quedar aquí en suspenso hasta el próximo capítulo. Como un destino, casi como una consigna, le tocó a Manzanera vivir su hora más brillante e intensa de lucha en uno de los momentos más aciagos, angustiosos y difíciles de la colectividad española entre nosotros... y en el mundo.

Durante la etapa de culminación que vamos analizando en este capítulo (aproximadamente los tres lustros que van de 1915 a 1930) los grandes centros de la colectividad rivalizaron todos en un intenso movimiento de tipo cultural. Tomemos como índice sumario, por vía de ejemplo, el *Club Español* de Buenos Aires, centro en esencia de esparcimiento y recreación, donde, a modo de complemento indispensable, se dieron sesiones de concierto tan importantes como aquella realizada el 22 de julio de 1916, homenaje al maestro Enrique Granados, muerto en el hundimiento del *Sussex*, y en -159- la cual Ferruccio Calusio concertó al piano, por primera vez entre nosotros, con el tenor Bottaro y la señorita Tasso, algunos fragmentos de *Goyescas*.

En la tribuna del hermoso salón de fiestas hablaron a su hora Ortega y Gasset sobre *Una España mejor*; Julio Rey Pastor sobre *Pasado, presente y porvenir científico de España*; se alzaron cálidas las voces argentinas de Zeballos y Joaquín V. González; Federico García Sanchiz, en su primera visita, narró *Nuevos Episodios Nacionales*; Américo Castro -durante la noble presidencia de aquel gran señor español que fue don Augusto Aranda- deleitó con unos comentarios sobre el *Romancero* y una sesuda conferencia sobre *Calderón de la Barca*; María de Maeztu, espíritu vibrante y heroico, evocó a *Concepción Arenal* y, dos años después, su hermano Ramiro, a la sazón Embajador de España en la Argentina, explicaba los comienzos de la hoy poderosa Ciudad Universitaria de Madrid. Los años 1928 y 1929 marcan una acción verdaderamente importante: españoles y argentinos están a la par en este contribuir hispano-criollo para cimentar desde la tribuna del Club una cultura concorde: se celebra el cuarto centenario de Fray Luis de León; María Teresa León expone: *La mujer en el hogar y en la vida*; Antonio Sagarna, en las postrimerías de su Ministerio durante la Presidencia de Alvear y a punto de ser juez de la Suprema Corte, explicó sólidamente la doctrina de *Cómo es y cómo enseñamos nuestro nacionalismo*, mientras, casi a renglón seguido, el entonces juvenil y aun ultraísta Gerardo Diego hablaba sobre *Música Infantil* y, pocos meses después, otro hombre joven, entonces recién llegado al país y luego de tanta gravitación en su didáctica lingüística, Amado Alonso, conversaba sobre *Lo picaresco en la novela picaresca*, para cerrar estos dos pródigos años académicos, luego de -160- una conferencia del Padre José María Sánchez Bermejo sobre *Ávila histórica, monumental y panorámica*, con un argentino y un español: Emilio Ravignani quien desarrolla su *Definición histórica del iberoamericanismo* y Fructuoso Cárpena, el famoso profesor murciano, sobre: *La Poesía lírica penitenciaria y el alma del delincuente*. Fue esta última el 26 de octubre de 1929<sup>119</sup>.

Hay años en la historia de los acontecimientos agrupados en una serie o en una dirección que marcan como un punto final o, por lo menos, como un punto y seguido.

Tal fue el año 1929 para los sucesos que vamos narrando en estas apuntaciones. El 11 de mayo de dicho año con solemne pompa se inauguraba el pabellón argentino en la

Exposición Ibero Americana de Sevilla. Asistieron los Reyes en una de sus últimas apariciones gloriosas; Larreta pronunció uno de sus más elegantes y clásicos discursos. El pabellón -aún hoy se lo ve entre ese arbolado romántico del evocador parque de María Luisa- fue obra de un arquitecto argentino de hondo y conocido hispanismo: Martín J. Noel, quien logró llevar a la piedra un ideal estético de arquitectura hispano-criolla explicado ocho años antes, esto es: en 1921, en aquella obra de sabia doctrina y docta investigación: *Contribución a la Historia de la -161- Arquitectura Hispano Americana* que mereciera el premio «Fiesta de la Raza» de la Real Academia de San Fernando. Los argentinos marchaban en caravana a la Exposición sevillana, y, todavía, invade un nostálgico sentimiento de grandeza pasada cuando el huésped de los hoteles «Andalucía» o «Cristina» o cuando el visitante de la barriada de «Heliópolis» piensa que todo aquello fue hecho para recibir a los peregrinos de la opulenta muestra bética.

Pocos sospechaban entonces el rápido y violento giro que muy pronto tomarían los acontecimientos de Hispanoamérica.

Desde comienzos de 1930 comenzó a insinuarse en forma alarmante la crisis argentina. No digo yo que la política esté en absoluto reñida con la serena especulación espiritual; política y humanidades han coexistido siempre; pero cuando la política toma un sesgo revolucionario, cuando deja de ser una función más dentro del Estado para convertirse en una problemática colectiva y beligerante, cuando, por una u otra causa, por una u otra doctrina, embebe toda la actividad pública y privada, entonces es muy difícil sustraer una porción de la voluntad, de la inteligencia, del sentimiento para que, indiferente, continúe esa labor de pura y desinteresada eficacia intelectual, de apartado sentido espiritual.

El hispanoargentinismo era y es una política; sigo creyendo que una política esencial y de fundamento básico, pero, por su misma esencialidad, es una política de horas constructivas lentas y armonizadas, imposible de conjugar con movimientos convulsos y radicales que, como es natural, en su momento sólo atienden a aquello urgente, inmediato y práctico para alimentar sus imperiosas necesidades elementales y ejecutivas.

El «hispanismo» como filosofía de la nacionalidad -162- es una conducta «en el tiempo», y lo que vivió el mundo hispánico desde 1930 en adelante fue un hacer «en el momento». El ritmo debió desequilibrarse necesariamente.

La crisis argentina se resolvió en el movimiento revolucionario del 6 de setiembre de 1930; siete meses después, el 14 de abril de 1931, se declaraba la República en España. Los sesenta y dos años de tregua desde la Restauración del 74 se detenían ante un escabroso interrogante.

La colectividad en la Argentina sufrió un primer choque. Los viejos republicanos - en sus horas de ancianidad y patriarcado- la recibieron con esperanzado alborozo; se hicieron fiestas, homenajes, actos académicos: era la ilusión castelariana de aquellas Repúblicas federales y constitucionalistas del siglo XIX; ignoraban que esta nueva traía, en la cauda, un veneno distinto y activísimo.

Una nueva tregua fue la crisis económica nacional de 1932-1933; el pensamiento comenzaba a girar con barruntos de vértigo en torno a esa luz maléfica y marxista de la que, todavía, no ha podido salir: la economía, el dinero, el cambio...

La República española entretanto -entonces era su Embajador el ilustre, ponderado y eximio escritor Alfonso Danvila- envió algunas representaciones intelectuales.

Recojo sólo -porque, en realidad, ha sido la última gran influencia hispánica sobre nuestra estilística- la visita (1933-1934) de Federico García Lorca. Este muchacho que, desde el *Romancero Gitano* de 1928 había decidido un rumbo en la lírica peninsular, dejó entre nosotros, a través de *Bodas de sangre* y de sus poemarios, un tono inconfundible que aun hoy mismo no ha podido borrarse del todo: Benarós, Borges, -163- Estrella Gutiérrez, Ponferrada, etc., la lista es bastante numerosa sobre todo en los segundones, no podrán negar, antes de sus respectivas evoluciones, la huella indeleble y personalísima del original, y por lo mismo terriblemente pegadizo, cantor de la gitanería granadina<sup>120</sup>.

Cuando Lorca regresó a España, como empujado de trágico sino, el cielo se ensombrecía definitivamente. Al mismo tiempo que monseñor Gomá y Tomás, Arzobispo de Toledo, representaba la tradicional conducta católica de España en el XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, en octubre de 1934, estallaba en pedazos la Cámara Santa de la catedral de Oviedo dinamitada por la huelga revolucionaria de los mineros asturianos.

La precipitación vertiginosa de los acontecimientos desembocó en el 18 de julio de 1936.

El impacto sobre la colectividad fue decisivo. Las ideas se encresparon y enardecieron. El abismo se cavó sin remedio<sup>121</sup>.

La colectividad española en el Río de la Plata había seguido siempre con patriótico fervor y con su característico apasionamiento la vida pública peninsular, puesto que nunca se consideró divorciada del -164- terruño: se había conmovido con el asesinato de Eduardo Dato en 1921; con lo de Annual, en 1922; había discutido el golpe de Primo de Rivera en 1923 y ya vimos con qué criterio recibió la República de 1931. Pero esto de 1936 era ya una beligerancia civil y debía abrir la grieta.

Dolorosamente así ocurrió. Toda especulación quedó en suspenso a la espera de la paz que nunca se sospechó tan lejana.

Ninguna división de opiniones fue más infecunda, más cruel, más enconada y perturbadora para ese ideal de cultura mutua, común, que tanto había costado alcanzar.

## Los últimos acontecimientos

Desde la crisis apuntada en el capítulo anterior, la situación de la colectividad española en nuestro país presenta, aproximadamente, el siguiente panorama: su corriente inmigratoria, ya con merma sensible desde 1931, se paralizó casi en forma absoluta de 1936 a 1946; refluyó sí, durante los años de la guerra civil, una masa de población desplazada por efectos de la misma contienda, mas ya veremos, enseguida, qué caracteres distintos a los de una inmigración regular y fecunda presentó aquel reflujo; rasgos que, con bastante similitud, se dieron en la masa inmigratoria llegada a la Argentina durante los últimos seis años posteriores a 1946; la división interna de la colonia fue, como era natural, muy dura y muy absoluta; aunque algunas voces se empeñaron heroicamente en suturar la grieta e impedir la catástrofe, éste o aquél sello colocado sobre entidades, hombres, asociaciones paralizó, no digamos en forma total, pero sí en forma entorpecedora y violenta toda acción eficaz, toda obra constructiva; la falta de comunicación pronta y segura, completa durante la guerra civil, casi absoluta durante la guerra europea, -166- sólo regularizada hace muy poco tiempo, interrumpió toda aquella interósmosis de ideas de la década anterior, y puso -sumada a recelos, a suspicacias, a temores- en grave zozobra las tribunas, el periodismo, la acción social de los españoles; por último, la crisis económica del mundo, presagiada en 1929, ahincada en 1933 y desatada después del quinquenio 1940-1945 con todo su corolario de falta de divisas, de controles aduaneros, de fiscalización internacional, ha colocado -a pesar de aviones que acercan la península en horas de vuelo- una valla poco menos que insalvable a los hombres, los libros, las revistas técnicas o comunes, el movimiento, en suma, de lo más esencial al influjo benéfico de España en América: la común vibración del pensamiento.

Nada más opuesto al mundo de la *cultura* -única política hoy valedera de los españoles en la Argentina, y entendiendo por tal toda manifestación pura del espíritu en lo intelectual o en lo social- que ese estado de incertidumbre, de porvenir incierto, de solución momentánea o a la expectativa. Realmente si los grandes centros motores de la colectividad -el *Club*, la *Patriótica*, la *Cultural*, la *Beneficencia*- han logrado sobrevivir a esta hora se debe, como es natural, al valor moral de los hombres que los gobernaron y, también, a un arraigo muy sólido, consustanciado dentro de la organización técnica argentina. El momento fue difícilísimo, pero había reservas suficientes para superarlo.

Con este panorama, no precisamente halagüeño, una nueva inmigración de tipo intelectual llegó al país entre 1937 y 1940. Lo mismo ocurrió después de la restauración del '74, pero aquellos llegaron a un país en formación, recién salido de los horrores de una guerra civil, sin profesionales, sin Universidad, por lo menos organizada, sin industria, sin periodismo moderno; -167- el camino se les hizo pronto y no encontraron resistencias ni banderías en los compatriotas. Los hombres de hace quince años hallaron, en cambio, una Argentina hartamente colmada del oficio de escritores, periodistas, profesores, investigadores, poetas que ellos podían ejercer, y, además, a sus propios paisanos hostiles, divididos, recelosos.

La lucha debió ser muy tensa, mas, con todo, no puede negarse que es uno de los últimos tributos que nuestra patria recibió del saber hispánico; un tributo -no cabe dudar- lleno de amargura, de nostalgia, de esa inquietud atormentada por todo el

sismo revolucionario del mundo moderno, pero, al mismo tiempo, aportada a nuestro medio con toda honradez y con toda inteligencia.

Figuras próceres como Ángel Ossorio y Gallardo o Niceto Alcalá Zamora dieron en nuestra tierra los últimos frutos de su larga experiencia de maestros y jurisconsultos, para morir en ella luego de una postrera hazaña llena de austeridad y noble decoro.

Claudio Sánchez Albornoz o Jiménez de Asúa se incorporaron a nuestro claustro universitario, y en él realizan, con silenciosa labor de monjes, una tarea admirable de investigación y de docencia<sup>122</sup>.

La *Institución Cultural Española* fundó, en el año 1941, un laboratorio para el ilustre discípulo de Cajal, don Pío del Río Hortega, donde hasta su muerte, acaecida en junio de 1945, pudo seguir sus investigaciones histológicas y formó, a su vez, continuadores argentinos de la escuela gloriosa, a la vez que publicaba -168- los *Archivos de Histología normal y Patológica* de notable resonancia en la bibliografía médica del país<sup>123</sup>.

Manuel de Falla, ya en Marcos Paz, ya en Alta Gracia -donde buscó reparo a sus pulmones enfermos, a su dolorida neurosis, bajo la sororal custodia de la hermana admirable- nos dio la honra de revisar, sin concluirla, la poderosa *Atlántida*, que se llevó en silenciosa tragedia cuando el barco de su bandera lo condujo de regreso al panteón ilustre de Cádiz.

Aquí escriben, ya maduros, su nostalgia andaluza aquel lejano marinero en tierra, Rafael Alberti; sus obras más severas y elocuentes -*La casa del diablo*, *Tabarín*, etc.-, Jacinto Grau, y ya es casi nuestro un muchacho, sin más bagaje que dos o tres comedias y el premio «Lope de Vega» de 1934 cuando llegó a la Argentina, que por nuestros escenarios ha madurado comedias tan deliciosas como *La barca sin pescador*, *Los árboles mueren de pie*, *La dama del alba*: Alejandro Casona.

Clara Campoamor -llegada en 1937- publica entre nosotros sus notables estudios sobre Sor Juana Inés de la Cruz o sobre Quevedo; nos ha enseñado desde las tribunas más responsables y, actualmente, en el Consejo de Mujeres, dirige a un grupo de muchachas curiosas e inteligentes en cursos de Literatura española.

Pedro Massa -periodista agudo y fino, director actual de la revista *Hispania* de la *Asociación Patriótica Española*- da lo mejor de su inteligencia a los periódicos metropolitanos y publica, en preciosos volúmenes -169- sus notas de arte español sobre costumbres, rincones, pintores, etc.

¡Cuántos más que escapan a la urgente brevedad!: juristas tan preclaros como Mariano Gómez; cartógrafos como Cavallaria; eruditos como Ricardo Baeza; internacionalistas como Pita Romero; novelistas como Pérez de Ayala; pintores como del Pino; también hombres ilustres en formas muy avanzadas y modernas del arte: la propaganda, el cine, la radiotelefonía; asimismo, en la política, la organización obrera, la economía, etc.

Es imposible negar que toda esta promoción incorporada -como la de fines del XIX- a las aulas, las redacciones, los teatros, las sociedades, las *broadcastings*, los *sets* e,

inclusive, muchas de ellas a la función pública administrativa, social o jurídica ha impreso su huella en la moderna ordenación cultural de la Argentina. Vuelve a repetirse aquella razón consanguínea que hace naturalmente más asimilable el pensamiento cuando viene ordenado por un sentido mental hispánico, o si se prefiere, hispanoamericano.

Contribuyó poderosamente a afianzar esta nueva influencia el fenómeno del desplazamiento editorial operado entre los años 1936-1945. Las guerras, civil española y europea, producidas casi sin interrupción en el lapso indicado, obligaron a las editoriales hispanas a buscar puntos de apoyo en los países de habla castellana. Como es natural, por su densidad de población, mayor vida intelectual y mejor ordenamiento económico, la Argentina y México fueron los elegidos.

Entre nosotros, por ejemplo, los hombres de Espasa-Calpe, fusionadas, como se sabe, el 1.º de enero de 1926, fundaron la «Espasa-Calpe Argentina» el 16 de febrero de 1937. Inmediatamente la famosa colección *Austral* (que, en parte, reemplazaba a la extinguida -170- *Colección Universal* de Morente, editada por Calpe) lanzó al mercado, en ediciones impecables, no sólo lo más selecto del pensamiento español antiguo y moderno sino todo el sistema vivo de la filosofía, la historia, la ciencia, la literatura universales. Todos sabemos lo que en nuestro medio -por el fácil acceso, la manualidad, la modestia económica- han significado en la educación popular de estos últimos quince años esos mil volúmenes de lustrosas sobrecubiertas azules, verdes, negras, naranjas, violetas, grises, amarillas, rojas o castañas que invaden las vidrieras de todas nuestras librerías y quioscos<sup>124</sup>.

Por las mismas fechas, la editorial Losada S. A. -formada por un grupo de profesores y hombres de letras hispanoargentinos, el 18 de agosto de 1938- iniciaba su actividad en Buenos Aires con no escasa fortuna y dignidad intelectual. Su *Biblioteca Contemporánea*, lanzada ese año, tenía el mismo principio divulgador de la *Austral*, aunque, quizás, no alcanzara su técnica ni su magnitud popular.

Igualmente *Aguilar* establecía -en 1946- una importante representación en nuestro país, incorporando no pocos escritores argentinos a sus preciosas colecciones.

Hubo en esto, muy pronto, algo de insensatez y bastante de aventura. El éxito de estas empresas serias y responsables avivó la codicia de mucho despreocupado pirata de la cultura. Hacia 1942, por ejemplo, las editoras pulularon con la más desahogada de las audacias, los autores liberados del canon oficial se vieron reproducidos, con fidelidad más o menos exacta, a veces en tres, cuatro o cinco ediciones simultáneas, y el mercado -171- llegó a saturarse en tal forma que la crisis de la postguerra de 1945 dio al traste en forma ruidosa con tan inusitada papelería. Sólo quedaron -españolas, argentinas, o hispanoargentinas- aquellas editoriales respaldadas por un capital, una experiencia, una verdadera tradición. Quizá no sirva de mucho -nadie escarmienta en cabeza ajena- pero era interesante, por la parte que en él le cupo a mucho español recién llegado con algo de pícaro y otro poco de necesitado, el haber expuesto ligeramente este curioso fenómeno de entreguerra.

Con este signo de audacia, quizás un fondo de irremediable amargura, llegó buena parte del inmigrante posterior a 1939. Cuando se produce una conmoción como la guerra civil española del 36, el desplazado por una u otra causa no suele ser hombre que

llegue a la tierra elegida con ánimo de trabajo, de nuevo horizonte, de esperanzada recuperación. Llega -y es muy justo que así sea- dolorido con sensación de fracaso, con ánimo y voluntad quebrados. No venía ya el viejo campesino, aquel muchacho dispuesto a la aventura que hemos tratado de retratar en el capítulo VII; ha llegado una población media, de tipo urbano, cultivada, hecha, cuyo desarraigo no ha sido dado por el envión de la voluntad -aunque ésta se acuciase por necesidades- sino por la fatalidad, lo externo, la política, en suma, por motivos ajenos a un deseo natural y propio de mejores horizontes, de ilusión y de conquista. De ahí que, aunque muchos de ellos concluyan por afincarse, siempre existirá en sus conciencias un fondo de inquietud, de zozobra, de situación transitoria no querida ni buscada. Nunca es lo mismo, psicológicamente, en el movimiento humano individual o colectivo, huir que partir.

De ahí que, frente a esta situación, las entidades -172- que un día se encargaron del inmigrante, como la *Asociación Patriótica Española*, se encontraron, después de 1939, con una merma considerable en su función específica. Esta continuó su labor de ayuda -muy absorbida, por otra parte, por los naturales organismos del Estado y disminuida, como apunta la *Memoria* de 1948, por el natural estado floreciente económico y social del país- pero bien pronto se dio cuenta que, aun superponiéndose a otras entidades de la colectividad, su tarea debía, necesariamente, ir sin demora al campo de la cultura<sup>125</sup>.

Dada la naturaleza de la *Patriótica*, entidad popular y nacional, su misión era la de divulgar, en forma directa y accesible, el sentido de esta cultura en su magnitud humanista y en su vinculación argentina.

Clausurados los cursos nocturnos a que hicimos referencia en el capítulo anterior ([nota 119](#)), la Junta Directiva resolvió, en 1943, volcar esa actividad hacia unas lecciones públicas sobre literatura, historia y arte españoles que se dictaron en la planta baja de su monumental edificio, y fueron inauguradas el 21 de julio de aquel año por Manuel de Góngora -poeta exquisito y orador brillante, incorporado a nuestra vida intelectual desde 1937, y que fue hasta su fallecimiento, agregado Cultural a la Embajada y Bibliotecario de la misma- con un éxito verdaderamente sorprendente.

La Junta manifestaba en su declaración de *Propósitos*: «La *Asociación Patriótica Española*, en gustoso y estricto cumplimiento de los fines para que fue creada, -173- ha organizado un Curso de Literatura, Historia y Arte españoles, que dará comienzo en su sede social el día 21 del corriente mes de julio. Persigue con ello nuestra Asociación contribuir, en la medida de sus fuerzas, al estudio y enaltecimiento de los valores más puros del espíritu hispánico, y al mismo tiempo ensayar una tarea de jugosa vulgarización, que si hoy la restringimos a diez y seis lecciones, acaso, mañana pudiera abarcar cursos regulares completos de las materias que hoy se abordan u otras de pareja importancia».

En este primer ciclo tomaron parte, a más de Góngora, el autor de estas líneas, Alberto Insúa -entonces entre nosotros-, Pilar de Lusarreta, Pedro Massa, Clara Campoamor, y Federico Fernández Castillejo, para citar en riguroso orden cronológico.

La resonancia que en la colectividad y en el ambiente intelectual argentino tuvo este curso -siempre colmado de un público atento y selectísimo: estudiantes, profesores, artistas- movió a repetirlo al año siguiente casi con el mismo claustro, menos Massa y

Pilar de Lusarreta, pero con la incorporación de Vicente Sierra, a efectos de equilibrar siempre el profesorado español y argentino.

Con las alternativas que imponían las circunstancias, han continuado hasta el año pasado, siendo especialmente dignos de mención los de 1947, con ocasión del cuarto centenario cervantino y los de 1948 celebrando los centenarios correspondientes de Tirso de Molina y el Infante Juan Manuel.

Venciendo obstáculos y superando inconvenientes de toda índole, la *Institución Cultural Española* siguió su noble ruta durante estos últimos diez años posteriores a la conclusión de la guerra. No podía, claro está, como otrora, traer profesores españoles con regularidad para cada año académico; dificultades internacionales, -174- de transporte, de cambio, ¿por qué negarlo?, de reservas políticas hacían casi imposible aquella conducta, tan benéfica, de sus primeros años de fundación.

A pesar de todo, aprovechó cualquier circunstancia favorable para exaltar y llevar a su tribuna los maestros españoles que de uno u otro modo vinieron a la Argentina una vez concluido el drama de 1936.

En noviembre de 1946, creó con la colaboración de un grupo de intelectuales argentinos la *Fundación Vitoria y Suárez* destinada a estudiar la formidable obra de teología realizada por España durante los siglos XVI y XVII; y por esa misma fundación vinieron, al año siguiente, el sabio y joven profesor de filosofía de la Universidad de Granada, Enrique Gómez Arboleya y el Director del «Instituto Francisco de Vitoria» y profesor de Derecho Internacional de la Universidad madrileña, don Antonio de Luna. Este mismo año -en octubre- invitó al eminente Salvador de Madariaga.

Hacia fines de 1947 -durante la imponente celebración del cuarto centenario cervantino- recibió al ilustre catedrático, hoy Director de la Biblioteca Nacional de Madrid, el sapiente don Luis Morales Oliver; por igual época, incorporó asimismo a nuestro claustro al que es ahora Rector de Salamanca, don Antonio Tovar quien, como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, permaneció en la misma hasta finalizar el curso de 1949. El erudito crítico Dámaso Alonso, el magnífico orador y poeta José María Pemán -quien ya nos había visitado en 1941 traído por Lola Membrives<sup>126</sup>-, el histólogo Fernando de Castro, el joven maestro -ahora Rector de la Central de Madrid- -175- Pedro Laín Entralgo y Alfonso García Gallo llegaron a su tribuna en 1948.

La Cultural entregó una medalla de oro a Jacinto Benavente durante su última visita, en 1945; señaló para el Instituto de Filología al catedrático de Salamanca, Alfonso Zamora Vicente, el último profesor español contratado para esa disciplina, el cual dictó su curso postrero en 1951; costó una parte de la *Revista de Filología* del mismo Instituto; organizó la brillante serie de conferencias sobre *Historia de la Cultura* del afamado y glorioso Eugenio D'Ors en septiembre-octubre de 1950, y, en 1951, cuando regresaban del «Congreso de peruanistas», cedió su cátedra a dos jóvenes maestros de la actual Universidad española: Guillermo Díaz Plaja<sup>127</sup> -quien ya nos había visitado en septiembre de 1946- y Manuel Ballesteros Gaibrois, quien ha sabido mantener con brío la ilustre fama de sus padres, los historiadores don Antonio Ballester Beretta y doña Mercedes Gaibrois<sup>128</sup>.

A pesar, pues, de las enormes dificultades la obra de acercamiento no ha cesado, y cuando no llegaba el maestro de España, era el argentino quien contribuía a exaltar el centenario glorioso o la fecha cumbre de la estirpe. Así, durante estos últimos diez años, pasaron -176- por la tribuna de la Cultural los nombres de: Ángel I. Battistessa, Carlos Obligado, Carmelo Bonet, Roberto Giusti, Arturo Marasso, Leopoldo Marechal, Francisco de Aparicio, Arturo Capdevila, el padre Sepich, etc., etcétera<sup>129</sup>.

Cumple ahora retomar como afirmación de esta conducta cultural una figura nobilísima ya nombrada en el capítulo anterior: la de Antonio Manzanera. A partir del 18 de abril de 1936, irradiaba a través de su *Voz de España* y desde el mismo Madrid una serie de conferencias a cargo de eminentes hombres de pensamiento y de acción. Hablaron, así, Marañón, Ramiro de Maetzu, Besteiro, Díez Canedo, Salaverría, Prieto, Martínez Barrio, Domingo; como se ve, sin hacer distinciones ideológicas ni religiosas. En muchos títulos se notaba ya la angustiada situación del momento. El trágico 18 de julio, estaba anunciado, don Juan Ventosa fue reemplazado a último momento, y sin previo aviso, por Gabriel Alomar. Las transmisiones desde España debieron suspenderse.

Manzanera sintió el drama de la guerra como pocos hombres de la colectividad. El desgarrón entre hermanos era como un desgarrón vivo y sin cura en su propia alma. Con don Luis Rufo, con don Leandro Anda -entonces Presidente de la *Patriótica*- con el periodismo metropolitano se movió como pocos para evitar, en gesto romántico e inútil, continuara la lucha, para mitigar tanto dolor: en noviembre de 1936, por ejemplo, creó el «Comité Femenino» de *La Voz de España* y consiguió -177- reunir siete toneladas de ropa y víveres que envió a Burgos y Marsella para ambos bandos contendientes.

Por entonces le conocí personalmente. Irradiaba una simpatía densa y cálida; una fuerza de convicción capaz de animar a cualquier empresa, por imposible que fuera. Hasta su muerte -el 24 de septiembre de 1945- fuimos amigos entrañables; y era que en él España adquiría su tono más ardiente y ejemplar: la fuerza de la fe.

Por eso dije que en un momento en que todo parecía resuelto y sin asomo de duda en las relaciones hispanoamericanas, Manzanera -que pudo y debió ser uno de los que mejor disfrutara ese triunfo, que era un poco el suyo- tuvo, por el contrario, la necesidad de luchar casi solo contra una circunstancia fortuita pero terriblemente adversa, capaz casi de echar por tierra toda una paciente labor de años.

Por eso clamaba por la unión de los hermanos -porque, como a Unamuno, *le dolía España*- y por eso se multiplicaba para que su idea, esa idea que a través del aire percutía en todos los hogares hispanoargentinos noche tras noche: «con la patria como con la madre: con razón o sin ella», para que esa idea, decía, fuese una realidad, se hiciera visible en obra de acción tolerante.

A tales efectos, uno de sus mejores aciertos, y quizá una de las últimas y más directas contribuciones eficaces del pensamiento hispano en nuestro país, fue la creación del *Liceo de España*, conferencias breves sobre temas culturales españoles que se irradiaron por su micrófono desde el 20 de julio de 1940. Durante el primer ciclo, comenzado el 19 de agosto, hablaron Vicente Sánchez Ocaña sobre *Las tierras de España*; Álvaro de Las Casas -el sabio profesor gallego que llevó varios años -178- entre nosotros desde 1938, para morir apenas vuelto, en 1950, a su lar materno- sobre *La Historia de España*; Pedro Massa abordó *La literatura de España*; Ramón Gómez de

la Serna y Clara Campoamor: *El arte en España y La Mujer de España*, respectivamente, y, por último, Federico Fernández Castillejo -cordobés, abogado y militar, hoy ya de regreso en su Andalucía nativa, escritor de fibra y pensamientos recios- estudió a *España en América*<sup>130</sup>.

Los lunes, llamados *Día de la Hispanidad* ocupaba la cátedra un profesor argentino.

Una revista de la actividad radiotelefónica dijo de este *Liceo* que representaba: «la más feliz y valiosa iniciativa de proyecciones culturales que se ha llevado a un micrófono».

Por dos veces más repitió el *Liceo de España*, entre enero y mayo de 1941, sendos ciclos sobre cultura española donde ya alternaban profesores españoles y argentinos. Por la seriedad de su claustro, por la importancia, variedad y coherencia de los temas desarrollados, por el medio popular de su difusión fue, sin disputa, esta creación de Manzanera uno de los agentes más enérgicos de la colectividad para inculcar la conciencia de los mutuos valores hispanoargentinos.

Esto llevó a que, en julio de 1942, se constituyera el *Liceo de España* como entidad social, bajo la presidencia de un argentino: José María Cantilo. En su *Estatuto Orgánico*, el Liceo declaraba con elocuente brevedad que su objeto era: *divulgar los valores de la cultura hispánica*. El primer acto público lo realizó en el Salón -179- de la *Asociación Patriótica Española*, la noche del 1.º de agosto de 1942, con un homenaje recordatorio en el centenario de Espronceda; el 18 del mismo mes inauguraba, en Witcomb, una Exposición de Pintura de Miguel del Pino y el 5 de septiembre, también en la *Patriótica*, Aurelio García Elorrio y Manuel de Góngora celebraban el año memorable de San Juan, de la Cruz<sup>131</sup>.

Suspendidas sus actividades hasta el año siguiente, el 19 de junio de 1943 José María Cantilo inauguraba un nuevo ciclo de conferencias por el micrófono de Manzanera, quien había sido designado Director-Gerente de la Institución, como correspondía a su fundador verdadero.

Fue su último episodio y, casi, uno de los últimos arrestos del gran Quijote: el 4 de junio de ese año estalló la revolución; Manzanera, poco después, debió abandonar el puesto de combate gravemente enfermo y no pudo reanudar la labor hasta octubre de 1944. Ya era tarde; sobrevivió un año gracias a un esfuerzo titánico y a un poder de ilusión formidable. Su voz, su voz castiza del micrófono y de España, una de las últimas voces que alentaron con vigor y talento la gran idea y la gran empresa, calló para siempre, como ya hemos dicho, el 24 de septiembre de 1945. Yo podría repetir ahora lo que dije a poco de su muerte: «habrá que repartir entre muchos lo que él hacía solo y para todos...»<sup>132</sup>.

-180-

Después de la revolución del 43 se produjo en la Argentina un recrudescimiento hispanófilo que ya venía insinuándose desde el triunfo nacional español de 1939. Esta hispanofilia exaltada, y quizá un poco más bullanguera de lo sensato, podía parecer como la conquista definitiva y casi *oficial* de todo el proceso que, con más o menos fortuna, hemos procurado bosquejar en las páginas anteriores. Nada, sin embargo, más

distante de la verdad. Aquella exaltación, alarmante por lo repentina, estaba mediatizada por una significación política y por una militancia ideológica, que incluso encontró para muchos de sus manifiestos y doctrinas hecho el estilo y el esquema en la *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maetzu.

No discuto ni juzgo -porque eso sólo cabe a la dimensión de la historia- la legitimidad de esta posición tan respetable y digna como cualquiera otra, pero la ponderación desmesurada de algunos valores hispánicos histórico-culturales en desmedro de otros hacía de este hispanismo, que, en algunos momentos incluso pretendió ser agresivo y beligerante, una aspiración parcial, cerrada, voluntariamente mutilada y, por lo mismo, banderiza, de todo un proceso natural y general de la vida americana; estaba, en consecuencia, comprometida con un sistema y, por lo tanto, destinada a fracasar.

Era, en cierta medida, tomar partido no por el ser España sino por la «circunstancia» política de España; exactamente todo lo contrario de lo que, según se entiende en nuestra reseña, ha sido el sentido trascendente de «lo español» en el ámbito americano: una adaptación «hacia el futuro» de aquellas esencias inmutables de nuestra cultura hispano-cristiana (lengua, fe, tolerancia, humanidad, jerarquía y dignidad) que permanecen indemnes, -181- insobornables y victoriosas sobre cualquier posición transitoria.

La misma violencia del brote lo hizo desaparecer en proporción directa a la velocidad con que desaparecían las «circunstancias» accidentales que lo originaran.

Lo que no ha desaparecido, en cambio, sobre borrascas y mutaciones, es el sentimiento de simpatía hacia lo *español* en una tierra donde España sigue teniendo el aliento vivo de muchos de sus descendientes, y el son eterno de su idioma y el canto eterno de su liturgia. Lo que no desaparece ni puede desaparecer es la cruz de los galeones...<sup>133</sup>

Sin embargo los grandes organismos de la colectividad -cuya historia sucinta queda esbozada- pasan, y no es en ellos lamento vano, por una hora de grave crisis económica e institucional. Los centenarios gloriosos del *Club* y la *Beneficencia* no llegan -y el buen cronista no debe callarlo por prurito de respeto- en días de esplendor y de opulencia. Es que en la vida de las personas, así físicas como ideales, se impone a veces, necesariamente, un compás de espera; así lo exige en las grandes ocasiones el inmenso concierto de la historia.

El Estado argentino absorbe hoy gran parte de la actividad privada siguiendo con ello, natural y necesariamente, -182- una conducta de la filosofía social en el mundo contemporáneo, pero lo hace conforme a un sistema propio y a una hermenéutica nacional. Dentro de ese sistema no pueden faltar, puesto que son esencia de nuestra estructura, las colectividades extranjeras de tan viejo arraigo en el país y, entre ellas, biológica y espiritualmente la primera: la española. Esto lo dispone la historia y es, por lo tanto, inexorable.

La actividad, pues, de esta colectividad queda intacta en lo que tiene de esencial y necesario; en lo que significa como aporte vivo de nociones espirituales, humanas y culturales inalienables. Lo que, quizá, sí deba cambiar esta colectividad y, si no

cambiar, por lo menos adecuar y modernizar son sus procedimientos, la técnica y organización de sus medios ejecutores.

Yo no sé si es correcto que un libro como éste, objetivo y directo, de pura exposición histórica, concluya con una expresión subjetiva y con un mensaje de esperanza. Entiendo que sí: los esquemas históricos, si para algo sirven, es para fundamentar en ellos cierta dirección en el porvenir. Equivocado o no el augurio siempre deja, al menos, una inquietud fecunda.

Hemos dicho repetidas veces -sobre todo en los capítulos finales- que la obra de la colectividad española en la Argentina como fenómeno de conjunto no puede ser ya -fuera de la acción filantrópica, que, por otra parte, se extiende hasta el no español- no puede ser ya sino la dirigida a sostener, alimentar y defender el patrimonio de cultura legado por España a sus jóvenes hijas americanas. Malo o bueno, suficiente o no, ese patrimonio es nuestra hechura, nuestro modo de ser, nuestra vida y nuestro ensueño. Conservarlo sin obcecado empecinamiento, esto es, con la debida elasticidad para amoldarlo a la conducta «argentina» -que es la fundamental, claro está- enseñarlo y dignificarlo en un noble -183- empeño de que sea respetado, pero nunca impuesto, es la obra fina, delicadísima y cordial a la que se deben hoy por hoy los organismos de la colectividad hispana.

¿Cómo están hoy estos organismos? Tengo a la vista sólo la nómina de las entidades españolas de la Capital Federal; son, cifra más cifra menos, ciento noventa sociedades, algunas de las cuales («Sociedad Ayuntamiento de Santa María de Oya» o «Sociedad Unión Comunal de Pol y Castro de Rey», por ejemplo) reúnen exclusivamente al pequeñísimo grupo de sus respectivos inmigrantes municipales.

Dado el carácter geográfico y humano de España, donde cada cincuenta kilómetros cambia por completo y radicalmente la fisonomía territorial, biológica e incluso lingüística y moral (moral en el sentido de costumbre) de sus habitantes, sería vana tarea pedir la completa y total fusión de todas las sociedades españolas en un único organismo de gran eficiencia y potente naturaleza. Hay aventuras condenadas inevitablemente al fracaso porque no cuentan con la naturaleza de las cosas; ésa, y no otra, fue la razón de la esterilidad del Congreso federativo de las Sociedades españolas que organizara Gomara en 1913. Gomara, ya lo sabemos, era un Alonso Quijano, y se empeñó vanamente y con su habitual nobleza en hacer válido un proyecto insensato.

Pero los tiempos cambian: la atomización, el individualismo, el trabajo aislado se pierden hoy sin eco alguno contra la indiferencia y la organización férrea de los fenómenos corporativos: la mutualidad, la agremiación, el sindicato, etc. No juzgo si esto es bueno o malo -quizá por el fondo de mi vieja educación romántica todo ello me desazone- pero *es*; está funcionando en la integración moderna de la cultura y ponerse de frente a la historia es una de las más peligrosas y arriesgadas aventuras que pueda correr el hombre.

-184-

Todas las naciones que tienen colectividades densas en otras partes de su territorio nacional difunden, a través de las mismas, una tenaz y bien organizada propaganda de su cultura. Francia, por ejemplo, es, en ese aspecto, un modelo de sutileza, de disciplina;

tal, entre otros casos, la *Maison de France* en Lima, edificio donde se ha reunido todo lo referente a lo que es «cultura francesa» como pura expresión espiritual, y en exclusivo beneficio de la comunidad franco-peruana; y si elijo este caso es para disipar la posible suspicacia -siempre hay quien ve más allá del horizonte- de una ingerencia nacional sobre otra, ya que resultaría un poco ridículo sospechar acerca de las ambiciones territoriales francesas sobre el Perú. Los que los franceses quieren, simplemente, es que Francia tenga en el mundo un eco y una significación.

España tiene derecho, más aún obligación de que su patrimonio espiritual -literatura, arte, historia, artesanía, etc.- tenga en el mundo americano un eco y una significación. Pero ese eco deben darlo los españoles de América.

De gobierno a gobierno no habría modo de hacerlo continuamente; las entidades estatales sólo podrían dar su apoyo y su dirección; su sentido político, social, económico; pero la realización viva de esa resonancia, el hacer un ámbito para ello es labor de los hombres que tengan en tal empresa, un ineludible compromiso cultural y sentimental.

Pero nada se hará con la división, el pequeño círculo, el rincón innominado. Lo que hoy no se realice por equipos carece de fuerza y trascendencia. Las sociedades individualmente cumplieron -lo hemos visto en estos nueve capítulos precedentes- una obra inapreciable, enorme, verdaderamente ciclópea. Hicieron lo necesario para su momento y su destino.

-185-

Tal etapa está cumplida y debe superarse. Si cada una de las entidades individualizadas que componen el total orgánico de la colectividad resignara parte de sus funciones, conservando autonomía, en beneficio de un gran organismo o casa común que fuera el centro de la actividad cultural de España en la Argentina, ese organismo, esa casa -incluso gobernada por argentinos y fiscalizada, naturalmente, por el Estado- sería un centro vivo, palpitante, poderoso de esa gran lección que España puede y debe dar en estos pueblos que se hicieron con su sangre, su sacrificio y su heroico sentido de la historia y de la fe.

Una casa, un organismo donde cupieran, por lo menos en espíritu, todas las entidades españolas en su acción de cultura; donde se dictaran los cursos y conferencias de investigación y divulgación hispánicas; donde se instalara la gran Biblioteca del saber hispano con todas sus actuales derivaciones técnicas (fotocopias, filmoteca, discoteca, etc.); con su sala de teatro para compañías de arte puro; su salón de conciertos; sala para exposiciones de arte y artesanía, e, inclusive, en ella ingeridas, oficinas de turismo, de viajes, de venta de libros, de objetos de arte. Todo ello sin olvidar la posibilidad de alojamientos para becarios, la redacción de una gran revista, etc., etc.

Se me argüirá que este libro concluye con un sueño. Es posible. Sueños fueron, también, a su hora: las naves del Almirante y, entre nosotros y mucho más modestamente, el *Club Español* y el *Hospital Español*, y ahí están ambos con cien victoriosos años de vida tras muchas borrascas, sinsabores y mal entendidos.

¿Que la realización de este sueño costaría mucho dinero, sacrificios, luchas, enconos? Todo eso es verdad, pero si no se intenta esa canalización conjunta, fuerte y orgánica del desarrollo de la cultura española en América -186- cada grupo social languidecerá en su marasmo de unos pocos, contemplando cómo otras culturas, otros modos de vida, otras ideas y otros signos ocupan subrepticamente -finos en la propaganda y seguros de su objeto- el campo aún virgen del gran acervo hispánico.

¡España en la Argentina! Felizmente lo podemos decir bien alto porque no hay detrás la amenaza de la zarpa imperialista ni el miedo a las ideas disolventes. Somos sus hijos y ella es la madre. No es ésta una vacua idea de discurso sonoro ni una frase retórica; es una verdad decisiva y fundamental. La madre nuestra nos enseñó a hablar, a rezar, a pensar. Eso nos enseñó España; ésa fue su gran lección. La aprendimos y con ella nos hicimos fuertes, valientes, independientes y dignos. Es lo que jamás deberemos perder.

Y para que ese modo de vida, de cultura, de ser no se pierda es que los hispanoargentinos de esta bendita tierra mía debemos forjar un instrumento, una herramienta de noble trabajo común y fecundo que mantenga sin desmayos aquellos principios inalienables.

Que si eso se realiza, estos cien años de colaboración, de aporte heroico de los españoles a la Argentina habrán tenido un destino y habrán cumplido con el signo que un día señalaron la cruz en Granada y las carabelas de Mendoza.

Terminado en Buenos Aires el «Día de la Raza» de 1952.

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

